

JUAN ANDRÉS BRESCIANO

LOS ORÁCULOS SIBILINOS



Y LA HISTORIOSOFÍA APOCALÍPTICA



LIBRERÍA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Dentro del contexto de la literatura apócrifa del Antiguo Testamento, los **Oráculos Sibilinos** ocupan un lugar especial: a lo largo de siete siglos, sus vaticinios, atribuidos falsamente a las Sibilas, fueron redactados en griego por los judíos alejandrinos, con el propósito de convertir a los gentiles.

En cuanto fuentes de la tradición apocalíptica heterodoxa, estas antiguas revelaciones recogidas por los hebreos (y ampliadas, luego, por los cristianos), adquieren un valor excepcional para los estudios historiosóficos; sus diversos autores combinan, en un mismo relato, el "Génesis" con la "Teogonía", los "Trabajos y los días" de Hesíodo con las "Historias" de Manetón, las profecías de Zarathustra con las visiones de Ezequiel, Daniel y Henoc.

La integración selectiva de tan diversos aportes, proporciona un renovado impulso a las viejas reflexiones acerca del origen, desarrollo y meta del devenir humano, al tiempo que consolida un esquema filosófico-histórico judeocristiano, enriquecido con los mitos y escatología de egipcios, babilonios, griegos y persas. Gracias a esa integración selectiva, los **Oráculos Sibilinos** llegarán a ejercer, con el transcurrir del tiempo, una influencia decisiva sobre los movimientos milenaristas del Medioevo.

Juan Andrés Bresciano (1971) es Licenciado en Ciencias Históricas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Universidad de la República), donde se desempeña como Ayudante de Teoría y Metodología de la Historia y ha tenido a su cargo el dictado del curso de Metodología y Técnicas del Trabajo Intelectual. Ha publicado recientemente *La Historia en Marcha*, *La Historia en Revistas* y *La Perestroika y el final de la Guerra Fría*. Una *cronología política comparada (1985-1991)*.

JUAN ANDRÉS BRESCIANO

**LOS ORÁCULOS
SIBILINOS
Y LA HISTORIOSOFÍA
APOCALÍPTICA**

**LIBRERIA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACION**

JUAN ANDRÉS BRISTANI

LOS GRACULOS
SIBILINOS
Y LA HISTORIOSOFÍA
APOCALÍPTICA

© LIBRERIA DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

DERECHOS RESERVADOS

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público por medios mecánicos, electrónicos, fotocopadoras, grabaciones o cualquier otro, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización del editor.

INDICE

INTRODUCCION

La visión pancrónica y la literatura apocalíptica

1. "Entre Casandra y Clío"	9
2. La Historia desde la Profecía	11
3. La contemplación de la totalidad del tiempo	13
4. El sistema historiosófico que emerge de los Oráculos	16

EL COMIENZO

Adán, Eva y la pérdida de la Divina Gracia

1. El Eón y el Tiempo	21
2. Los Siete Días de la Creación	22
3. El origen de todos los males y el principio de la historia	24

EL DESARROLLO:

Historia de diez generaciones

I. De la condena de los Adamitas al Diluvio Universal

I.1. La raza de Adán	33
I.2. La raza de los "despiertos voraces"	34
I.3. La raza de los hombres violentos	37
I.4. La raza criminal	38
I.5. La quinta raza	38

II. De la Raza celestial a la extinción de los Titanes

II.1. Un nuevo comienzo: el retorno a la Edad de Oro	43
II.2. Un nuevo fracaso: el triunfo de la Edad de Hierro	44

III. Los Imperios de la Tierra y la Justicia del Cielo

III.1. El motor de la historia	53
III.2. Las constantes direccionales del sistema	54
III.2.1. La corrupción progresivas de los gentiles	54
III.2.2. La santidad del pueblo hebreo a pesar de sus tribulaciones	55
III.3. Las constantes cíclicas: el flujo y reflujo de la soberanía terrenal a través de la historia	57
III.3.1. El auge de las grandes potencias y el anuncio de su decadencia	57
III.3.2. La caída de los Imperios: la conquista extanjera	58
III.3.3. La ruina de la ciudades réprobas: la destrucción cataclísmica	59
III.3.4. La némesis: la esclavitud de los opresores	61
III.4. La estructura del esquema de periodización	61

III.4.1.	Las versiones iniciales	61
III.4.2.	La adaptación de los esquemas primarios	62
III.5.	La realización de las tendencias estructural–direccionales: el fin de la historia y la clausura del sistema	66
IV. Del advenimiento del Mesías al triunfo de la Ciudad de Dios		
IV.1.	Las versiones judías	69
IV.1.1.	El fin del Imperio Mundial: la destrucción de Roma y Alejandría	70
IV.1.2.	El Mesías	72
IV.1.3.	El Reino de los Santos	73
IV.1.4.	La ofensiva de las huestes de Beliar	75
IV.1.5.	La degradación extrema y la destrucción del Mal	76
IV.2.	La versión cristiana	77
IV.2.1.	Los juegos de la salvación	77
IV.2.2.	El retorno de las diez tribus perdidas de Israel	78
IV.2.3.	El Anticristo y la ofensiva de Gog y Magog	79
V. El crepúsculo de la Humanidad y la destrucción del Mundo		
V.1.	El colapso de los cielos	84
V.2.	La llegada del Inmortal	85
V.3.	La Ekpyrósisis	86
V.4.	La reducción del Universo a los cuatro elementos	87

EL FINAL

Dios, el Hombre y la vida Eterna

1.	El Juicio Universal	91
2.	La hora de los condenados: la apertura del Hades y el Tártaro	93
3.	La prueba de los elegidos: el cruce del río ardiente	94
4.	La revocación del castigo: el fin del destierro de los hijos de Eva	97
4.1.	La esperanza de un gozo perdurable	97
4.2.	La promesa de un hogar perenne y de un Padre eterno	97
4.3.	El fin de las penurias: las fuentes inagotables de la saciedad	97
4.4.	La consagración de la paz: la amistad entre el lobo y el cordero	98
4.5.	El sueño de la igualdad	98
4.6.	El principio y el fin	99
	Fuentes y Bibliografía	101
	Índice de Ilustraciones	107

αριθμητική ανάλυση

I N T R O D U C C I O N

Η παρούσα εισαγωγή έχει ως σκοπό να παρουσιάσει συνοπτικά τα βασικά στοιχεία της αριθμητικής ανάλυσης, όπως αυτά αναφέρονται στα βιβλία που ακολουθούν. Η εισαγωγή αυτή είναι προαιρετική και δεν αποτελεί απαραίτητο μέρος της μελέτης. Ο αναγνώστης που θέλει να εμβαθύνει στην μελέτη των αριθμητικών μεθόδων, μπορεί να ανατρέξει στα βιβλία που αναφέρονται στην εισαγωγή.

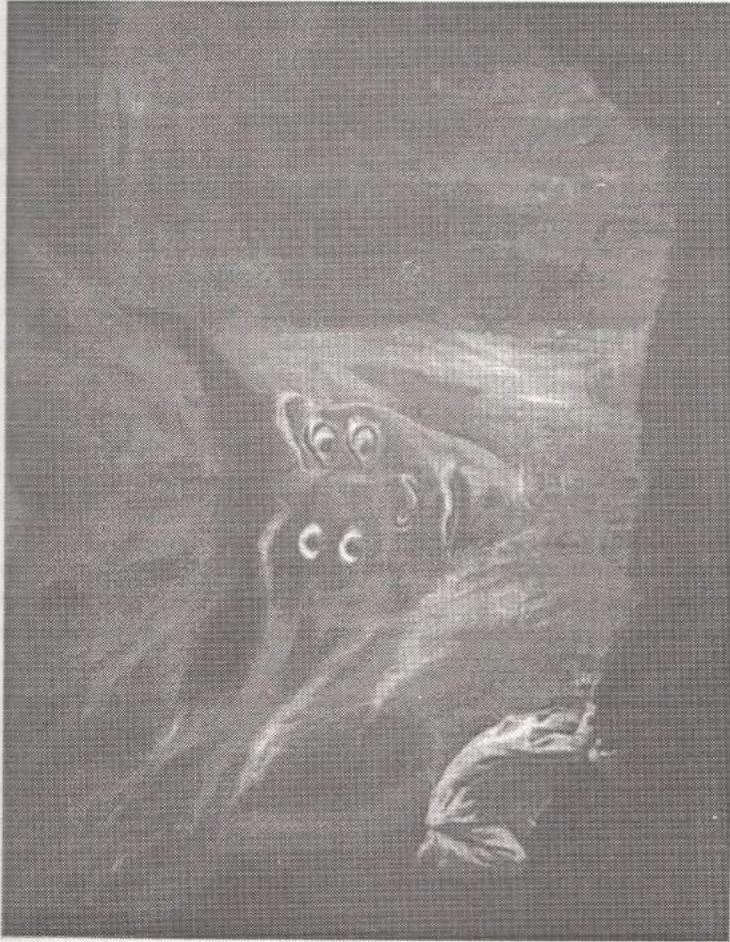
La visión pancrónica



"Escucha, pueblo de Asia altiva y Europa, por mi boca de variado sonido, todas las verdades que me dispongo a profetizar por mandato de nuestro gran Dios; no como reveladora de oráculos del falso Febo (a quien los necios hombres llamaron dios y le dieron el falso atributo de divino) sino de Dios poderoso, al que no plasmaron la mano de los mortales en forma de imágenes mudas de piedra pulida. [...] El hizo restallar su látigo dentro de mí, en mi corazón para que yo con precisión enumerara a los hombres cuanto ahora sucede y sucederá, desde la primera generación hasta llegar a la décima...

"Oráculos Sibílicos", Libro IV, vv. 1/20.

y la literatura apocalíptica



"Tras dejar los grandes muros babilónicos de Asiria, por aguijón enloquecida, he venido a revelar con mis profecías a todos los mortales los enigmas divinos. Y los mortales de la Hélade dirán que soy de otra patria. Estos dirán que soy la enloquecida y embustera Sibila, hija de Circe y de padre desconocido. Mas cuando todo suceda, entonces os acordaréis de mi y ya nadie me llamará loca, sino profetisa de Dios poderoso.

"Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 809-818.

1. "Entre Casandra y Clío" (1)

Como fruto de una compleja acumulación de experiencias civilizatorias, (1) surgieron en el mundo antiguo, cuatro modalidades distintas de registrar e interpretar el significado de los acontecimientos humanos en su dimensión temporal: la del autor de crónicas y anales, la del historiador, la del filósofo y la del profeta; cada uno de estas modalidades persiguió un objetivo independiente, pero la combinación de los aportes y esfuerzos de todas ellas, permitió iluminar el pasado, el presente y el futuro desde diferentes ángulos y perspectivas.

El cronista hizo su primera aparición en culturas tan diversas como las de Egipto, Mesopotamia, China, Persia e Israel. Su esfuerzo estuvo centrado en la tarea de captar los eventos históricos en su singularidad y preservar su recuerdo. El registro de tales hechos engendró una concepción del tiempo que no se puede denominar ni cíclica ni lineal, sino discontinua, puesto que en ella prima la mera sucesión "[...] de acontecimientos únicos, anormales, extraordinarios, buenos o malos, tristes o alegres, separados entre sí por vacíos de longitud variable." (2) Con el desarrollo de la conciencia histórica, la yuxtaposición de hechos irrepetibles que dio forma al esquema fragmentario del **cronógrafo**, fue reemplazada por un sistema lineal que otorga continuidad a la sucesión fáctica y le asigna un principio; a partir de entonces, es el **cronólogo** el que ordena y registra el suceder en función de un acontecimiento decisivo, capaz de abrir una línea cronométrica hacia el futuro, ilimitada y adireccional. "Arrastra, pues, un momento cualitativo y asimétrico, el que distingue al tiempo que precede a la era del que sigue a su comienzo". (3) Su aporte fundamental radica en la idea de continuidad del cambio, la cual no anula necesariamente el concepto de sucesión.

Con el tiempo, tanto en las culturas afroasiáticas como en el mundo helénico, las crónicas y los anales fueron sustituidos por una manifestación protohistoriográfica de gran valor: el relato de hechos verídicos. Esta forma de aprehensión del pasado, supera a la vieja secuencia de eventos inconexos, articulados en función de un orden cronológico y no causal, y les suma a las nociones de origen y de continuidad (típica de la cronología), los conceptos de desarrollo y dirección. (4) Sin embargo, los relatos de los cronistas egipcios y babilonios y de los logógrafos griegos, comenzaron a verse superados por los trabajos de un nuevo personaje; este nuevo personaje, que nace dentro el contexto cultural de la Hélade, es el historiador, y su tarea difiere notablemente de la composición de narraciones, aunque estas fueran verídicas; si bien es cierto que procura conservar la memoria de los hechos pasados, su misión consiste en la indagación de las razones o factores que explican esos acontecimientos. Por lo tanto, la investigación se convierte en su objetivo básico, y el relato ya no constituye una secuencia genética sino una trama causal. El historiador elige una temática para sus indagaciones (que por lo general se relacionan con algún proceso relativamente contemporáneo), recoge testimonios que puedan ser sometidos a crítica, "establece los hechos" en función de la observación directa o de testimonios, y los explica en términos de relaciones causales. El producto de su

(1) Título de una obra de Concha Roldán, aparecido a comienzos de 1997, que ofrece una interesante síntesis de la historia de la Filosofía de la historia.

(2) BENAVIDES LUCAS, Manuel, "Filosofía de la historia", Madrid, Editorial Síntesis, 1995, p. 683.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

labor resulta ser un relato explicativo de acontecimientos que han sido comprobados, y versan sobre un tema que se ha elegido previamente. (5)

La indagación sobre la mecánica y el sentido del devenir humano, no fue privativa del historiador; algunos filósofos griegos se ocuparon de proporcionar una visión omnicomprendensiva del suceder, a través del análisis racional del curso completo de la historia, (y no mediante investigaciones empíricas sobre acontecimientos relativamente contemporáneos). Es así que la civilización helénica logró desarrollar diferentes teorías relacionadas con tres grandes núcleos temáticos:

"1) Explicación del origen del universo por teogonías y cosmogonías filosóficas (de Hesíodo a Heráclito); 2) Indagaciones sobre el estado primitivo del hombre y los comienzos del desarrollo cultural [...] (Heródoto, Ovidio, Demócrito, Protágoras, Platón...); 3) Explicaciones acerca de las leyes que rigen la sucesión cíclica de las formas de gobierno, como si los Estados disfrutaran de una vida orgánica, consistente en nacer, crecer, florecer y morir (destaca Polibio)". (6)

A lo largo de los siglos, los cronistas, los historiadores y los filósofos, aportaron a la reflexión sobre el pasado conceptos tales como cambio, sucesión, permanencia, desarrollo y dirección; sin embargo, fue privilegio de los profetas la utilización del futuro para la comprensión de eventos ya acontecidos. La anticipación sobre el tiempo que vendrá, implica a veces una teología o una metafísica. Las mismas:

"Son, si se quiere, argucias morales o, más bien políticas —como ya señaló Kant—, que tienden a orientar la acción o paralizarla, a conformar el futuro prediciéndolo. [...] Pero al actuar así, estas 'visiones' pueden refrescar las mentes, y efectivamente lo hacen, para una renovada aprehensión del presente, al armarlas con ideas para las necesidades futuras del hombre." (7)

En este sentido, la visión del porvenir que otorga un nuevo sentido al pasado, configura uno de los aportes fundamentales de persas y hebreos a la reflexión historiosófica. Es más, se puede afirmar que tanto los iraníes zoroásticos como los profetas del antiguo Israel, sentaron las bases para una nueva percepción de lo histórico, merced a la revelación que la divinidad les había concedido. En el caso particular de los judíos:

"Esta gracia no nos remite a la esfera de la imagen (y por lo tanto del ídolo) sino que nos lleva a la imagen sagrada de la palabra. O más exactamente, si consideramos las visiones de Isaías y de Ezequiel, la visión es en ellos sólo la traducción en imágenes de un texto escrito por Dios, texto que hay que descifrar y del cual el profeta es de alguna manera el soporte o la materia, la mesa sobre la cual el cálamo del Altísimo escribe las letras de la metahistoria que de ordinario está velada. En definitiva, la visión es siempre visión del Libro." (8)

El profeta accede, supuestamente, a un plano superior de realidad, en el cual adquiere un conocimiento que está más allá de las pruebas empíricas del historiador y de las teorizaciones del filósofo; este conocimiento suprarracional le permite comprender el sentido del Plan de la Providencia, que da forma y estructura al devenir histórico. Dicho Plan supone:

(6) ROLDAN, Concha. "Entre Casandra y Clío". Madrid, Ediciones Akal, 1997, p. 30.

(7) BENAVIDES LUCAS, Manuel. op. cit., pp. 683-684.

(8) SICHRE, Bernard. "Historias del Mal". Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, p. 70.

"1) la presentación de la historia como un proceso que se despliega desde el comienzo; 2) la asociación de lo particular y lo universal en la historia, es decir, la asociación entre referencias a distintas historias nacionales, especialmente la de Israel, y la idea de una única historia de la humanidad; 3) la certidumbre de que los acontecimientos que se integran en el proceso llamado historia tienen sentido si se los considera con un criterio moral; la conciencia de que el desarrollo de la vida de la humanidad conduce a un futuro 'mejor'". (9)

2. La Historia desde la Profecía

La idea de un futuro promisorio suele ser la respuesta alentadora frente a un presente desgraciado; el mejor ejemplo que confirma este postulado, es la trayectoria misma de la nación israelita. En el año 586 a. C., el ejército neobabilónico puso fin al Reino de Judá; todos aquellos hebreos que creían que su Dios les había prometido un lugar especial en la historia, no podían aceptar la desaparición de su Estado. En consecuencia, interpretaron la caída de Jerusalén y la destrucción del Primer Templo, como un castigo divino por el incumplimiento de la normas que el Señor les había dado como ley. El Libro de los Jubileos, que pertenece a los apócrifos del Antiguo Testamento, reproduce la sentencia del Todopoderoso contra la ingratitud de sus hijos predilectos y el anuncio de la condena:

"A vuestra descendencia daré una tierra que mana leche y miel; comerán y se hartarán", y se volverán a dioses falsos, que no los salvarán de ninguna tribulación: óigase esta revelación como testimonio contra ellos. Olvidarán todos mis mandamientos, todo lo que les ordeno; se irán tras los gentiles, sus abominaciones e ignominias, darán culto a sus dioses, que les servirán de escándalo, tribulación, dolor y añagaza." (10)

El sometimiento de Israel a sus enemigos, es el castigo por tales actos, que se habrá de prolongar hasta que los judíos se arrepientan, se purifiquen moralmente y retornen al buen camino:

"Yo les ocultaré mi rostro, entregándoles a manos de los gentiles para ser esclavizados, presos y devorados, y les echaré de la tierra de Israel, dispersándolos entre las naciones. Olvidarán toda mi ley, mis mandamientos y mi legislación. Entonces se volverán a mí de entre las naciones con todo su corazón, todo su espíritu y toda su fuerza; los congregaré de entre ellas, y me rogarán que vaya a su encuentro. Cuando me busquen con todo su corazón y todo su espíritu, yo les mostraré una salvación plena en justicia. Los convertiré en vástago recto con todo mi corazón y todo mi espíritu, y vendrán a ser bendición y no maldición, cabeza y no cola. Construiré mi templo, y moraré entre ellos; seré su Dios, y ellos serán mi pueblo verdadera y justamente. No los abandonaré y repudiaré, pues yo soy el Señor, su Dios." (11)

Los Imperios que someten sucesivamente a los hebreos a partir de la destrucción del Reino de Judá, no son más que instrumentos que utiliza la Providencia para castigar al pueblo elegido; la sucesión de estas monarquías (da vida al relato tradicional de la historia antigua), reafirma y endurece el castigo a los infractores de la ley divina. Sin embargo, el Altísimo mantiene la promesa de salvación y garantiza la restauración del antiguo poder de los israelíes, para cuando

(9) ROLDAN, Concha. op. cit., p. 37.

(10) "Libro de los Jubileos", I. 7-10.

(11) Ibid., I. 13-18.

éstos se arrepientan sinceramente. En el momento en que tal cosa ocurra, surgirá un reino terrenal, en el que los judíos disfrutarán de una posición privilegiada, y en el que los muertos, luego de resucitar habrán de llevar una vida absolutamente dichosa.

El núcleo original de esta concepción, se alimenta de las visiones proféticas de Isaías, Ezequiel y Daniel; no obstante, dentro del marco de la literatura apócrifa vétero-testamentaria, existen otras obras que en su tiempo contribuyeron significativamente al desarrollo de visiones apocalípticas similares. Entre ellas, se encuentran los tres libros de Henoc (el etiópico, el hebreo y el eslavo), que fueron redactados por diversos autores a lo largo de un período de más de doscientos años (siglo III a siglo I a.C.), y el Libro de los Jubileos, escrito durante el siglo II a.C.

Aunque todas estas obras ejercieron una marcada influencia tanto en las ideas de los judíos como en las de los cristianos de los primeros siglos de nuestra era, ninguna gravitó de manera tan decisiva y contundente sobre las teorías milenaristas de la Antigüedad Tardía y de la Edad Media, como los Oráculos Sibilinos de la comunidad hebrea de Alejandría, los cuales constituyen un conjunto de escritos calificados como pseudoepigráficos, "... en el sentido en que lo son los escritos mágicos, los libros oráculos con el nombre de héroes míticos, profetas o patriarcas, etc., tan extendidos en toda la Antigüedad, desde el Oriente a Grecia." (12) En cuanto fuentes de la tradición apocalíptica heterodoxa, adquieren un valor excepcional para los estudios de Filosofía de la historia, puesto que conjugan, al mismo tiempo, la narrativa escatológica, típicamente judía (según se ve en Daniel y en el Henoc etiópico), y la profecía literaria helenística, representada por la "Alejandra" de Licofrón. Ambos componentes "... quedan unificados por el uso del vaticinio ex eventu..." que procede de la civilización egipcia. (13)

La integración de la profecía judaica con el oráculo greco-latino, parecería ser uno de los tantos frutos del sincretismo helenístico, es decir, una expresión de esa síntesis de elementos religiosos helénicos y orientales que se inicia con las conquistas de Alejandro Magno y finaliza con la cristianización del Mediterráneo Oriental. Sin embargo, esto no es así; de los Oráculos Sibilinos nace una rama exótica del sistema de pensamiento religioso hebreo, en el cual las influencias griegas son secundarias y tienen el propósito de hacer más comprensibles las creencias israelistas a los paganos y, al mismo tiempo, propiciar su conversión. Por ello, estas presuntas revelaciones fueron escritas en lengua griega, en el verso normal para la poesía oracular (el hexámetro) y se atribuyeron falsamente a las Sibilas (aunque es muy probable que haya existido una sibilia hebrea, de posible raigambre babilónica) (14)

El corpus documental que integra a los oráculos en una obra colectiva, ha sido editado tradicionalmente en doce libros; sin embargo, la numeración que se les da sólo es real del I al VIII: faltan el IX y el X y se añaden luego del XI al XIV.

La primera recopilación y sistematización de las profecías, se efectuó recién en el siglo IV d.C., pero los fragmentos más antiguos, que se encuentran en el Libro III, datan del 250 a.C., y constituyen

(12) SUAREZ DE LA TORRE, Emilio. "Introducción" a "Oráculos Sibilinos", en: DIEZ MACHO, Alejandro. (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento", Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo III, p. 253.

(13) Idem.

(14) Ibid., p. 241.

el núcleo primario de la tradición. En lo que respecta a la autoría de estas fuentes, no cabe duda que los cinco primeros libros fueron escritos por judíos, aunque presentan frecuentes extrapoliciones cristianas, como es el caso de los Libros XI, XII, XIII y XIV; no ocurre lo mismo con los Libros VI, VII, y VIII atribuidos, por lo general, a autores cristianos. (15)

3. La contemplación de la totalidad del tiempo

Como se dijo anteriormente, el sincretismo historiosófico de los sibilistas alejandrinos, se manifiesta a través de la integración, en un mismo esquema, del relato cosmogónico, de la profecía apocalíptica y de los vaticinios ambiguos del oráculo griego. La combinación de estos elementos genera una visión pancrónica del devenir humano y del tiempo cósmico ya que a la preocupación filosófica-histórica por los orígenes (típica del pensamiento griego), se suma la característica anticipación del fin del mundo elaborada por el judaísmo maduro, y juntas dan forma a esa narración omnisciente del acontecer universal, que se expresa en el canto misterioso y perturbador que enajena a la Sibila:

"En el momento en que Dios hizo cesar el omnisciente canto, después de mis numerosas súplicas, en ese instante depositó de nuevo en mi pecho la muy gozosa voz de divinas palabras: haré estas profecías mientras todo mi cuerpo está lleno de estupor, pues ni siquiera sé lo que digo, pero Dios me ordena que todo lo proclame." (16)

Este canto divino, que se apodera de la voz y de la cordura de la profetisa; no es el oráculo falso de un dios pagano, sino la palabra eterna del Altísimo, que revela a todas las naciones, (y no solamente a los judíos), el drama de la existencia humana pasada, presente y futura:

"Escucha, pueblo de Asia ativa y Europa, por mi boca de variado sonido, todas las verdades que me dispongo a profetizar por mandato de nuestro gran Dios; no como reveladora de oráculos del falso Febo, (a quien los necios hombres llamaron dios y le dieron el falso atributo de adivino) sino de Dios poderoso, al que no plasmaron las manos de los mortales en forma de imágenes mudas de piedra pulida." (17)

El descrédito en que se pretende hacer caer al oráculo griego (a través de lo que afirma su intérprete más representativa, la Sibila), y la adaptación de sus revelaciones a la profecía oriental, constituyen un medio para legitimar la Palabra del Dios de los judíos a través de una figura reconocida del mundo pagano. Por ello, la integración de los oráculos de la Sibilia dentro del marco de las creencias hebreas, debe culminar, necesariamente, con una referencia al parentesco entre dicha profetisa y Noé, a fin de garantizar que ella ha sido testigo de los antiguos hechos y de que se le ha permitido la contemplación de los eventos futuros:

"... cuando el mundo estaba inundado por las aguas, también quedó un solo hombre de probada bondad, navegando en casa de madera sobre las aguas junto con las fieras y las aves, para que de nuevo se poblara el mundo; de éste fui yo la nuera y de su sangre me hice, del hombre al que acontecieron los primeros hechos, y los últimos todos me fueron mostrados, de suerte que toda la verdad quede dicha por boca mía." (18)

La revelación no le llega a la Sibilia a través de palabras confusas de divinidades falsas

(15) *Ibid.*, pp. 241/252.

(16) "Oráculos Sibilinos". Libro II, vv. 1-5.

(17) "Oráculos Sibilinos". Libro IV, vv. 1-7.

como Febo, sino mediante la visión omnicomprendiva del cosmos y del tiempo, que le transmite el Dios único, Padre de todos los pueblos de la tierra:

"Dios mismo depositó en mi mente todas estas indicaciones y todo lo que ha quedado dicho a través de mi boca lo cumplirá. Yo conozco el número de granos de arena y las medidas del mar, conozco los recovecos de la tierra y el Tártaro sombrío, conozco el número de las estrellas, los árboles, y sé cuantas razas hay de cuadrúpedos, de animales nadadores, de aves aladas y de los mortales que existen, los que existirán y los muertos, pues yo mismo configuré las formas y la mente de los hombres, les di recto entendimiento y les inculqué sabiduría; yo, que formé sus ojos y oídos, yo que veo, oigo, capto todo pensamiento, y en el interior de todos comparto su saber, yo me callo y más adelante los pondré a prueba. Al sordomudo comprendo y escucho al mudo, y conozco la altura total desde la tierra al cielo, el principio y el fin, pues creé el cielo y la tierra (pues conoce todo lo que ha salido de él, lo que va desde el principio al final), pues sólo yo soy Dios y no hay otro dios." (19)

Esta visión suele atormentar a la profetisa, que implora un descanso momentáneo en su canto, en el remanso temporal del presente:

"Y ahora, soberano del mundo, rey de toda realeza, intacto inmortal, ya que tú en mi corazón depositaste voz inmortal, detén mis palabras, pues no sé lo que digo, ya que tú eres el que en mí todo proclamabas. Concédeme una pequeña pausa y contén el canto de mi corazón, pues ya está desfallecido dentro de mí por las divinas profecías, por predecir los reales poderíos." (20)

El canto divino que revela la trama del devenir en su completud, causa el terror de la intérprete elegida, que se halla al borde del delirio cuando lo entona compulsivamente ante sus descreídos escuchas.

La misma conmoción que experimenta la Sibila, fue la que padeció el patriarca Henoc, al contemplar el tiempo de los hombres en la totalidad de sus días. Las palabras del viejo profeta, ilustran maravillosamente la idea milenaria de la existencia de un plan providencial, concebido por el Eterno antes de que hubiera un comienzo. Afirma el profeta:

"Vi a Adán y su generación, sus obras y pensamientos; a Noé y su generación, sus obras y pensamientos; a la generación del diluvio, sus obras y pensamientos; a Sem y su generación, sus obras y pensamientos; a Nimrod y la generación de la torre Babel, sus obras y pensamientos; a Abrahán y su generación, sus obras y pensamientos; a Isaac y su generación, sus obras y sus pensamientos; a Jacob y su generación, sus obras y pensamientos; a José y su generación, sus obras y pensamientos; a las tribus y su generación, sus obras y pensamientos; a Moisés y su generación, sus obras y pensamientos. Vi a Aarón y a Miryam, sus obras y sus hechos; a los príncipes de los ancianos, sus obras y sus hechos; a Josué y su generación, sus obras y sus hechos; a Elí y su generación, sus obras y hechos; a Pinjás, sus obras y hechos; a Elcaná y su generación, sus obras y sus hechos; a Samuel y su generación, sus obras y sus hechos; a los reyes de Judá y sus generaciones, sus obras y sus hechos; a los reyes de Israel y sus generaciones, sus obras y sus hechos; a los reyes de las naciones del mundo, sus obras y sus hechos; a los príncipes de las naciones del mundo, sus obras y sus hechos; a los presidentes de las academias de Israel, sus obras y sus hechos; a los presidentes de (las academias) de las naciones del mundo, sus generacio-

(18) "Oráculos Sibilinos". Libro III. vv. 823-828.

(19) "Oráculos Sibilinos". Libro VIII. vv. 359-377.

nes, sus obras y sus hechos; a los gobernantes de Israel y su generación, sus obras y sus hechos; a los nobles de Israel y su generación, sus obras y sus hechos; a los hombres famosos de Israel, sus obras y sus hechos; a los jueces de Israel, su generación, sus obras y sus hechos; a los jueces de las naciones del mundo, su generación, sus obras y sus hechos; a los maestros de niños en Israel, su generación, sus obras y sus hechos; a los maestros de niños en las naciones del mundo, su generación, sus obras y sus hechos; a los defensores de Israel, su generación, sus obras y sus hechos; a los defensores de las naciones del mundo, su generación, sus obras y sus hechos; a todos los profetas de Israel, su generación, sus obras y sus hechos; a todos los profetas de las naciones del mundo, su generación, sus obras y sus hechos. (Vi también) todos los combates y guerras que llevaron a cabo las naciones del mundo contra el pueblo de Israel durante su reino. Vi al mesías, hijo de José, y su generación, sus obras y sus hechos, que ellos realizarán contra las naciones del mundo. Vi al mesías, hijo de David, y su generación y todos los combates y guerras, las obras y los hechos que realizarán con Israel, ya para bien, ya para mal. Vi todos los combates y guerras que Gog y Magog librarán en los días del mesías y todo lo que el Santo, bendito sea, hará con ellos en el tiempo venidero. Vi a todos los líderes restantes de las generaciones y todas las obras de todas las generaciones, tanto en Israel como en las naciones del mundo, tanto las que hicieron como las que harán en el futuro, hasta todas las generaciones, hasta el final del tiempo: todo esto lo que está grabado en la cortina (pargod) del Omnipresente."
(21)

La perturbación que produce semejante revelación, aturde la mente de cualquier ser finito; por ello, luego de haber experimentado una visión similar, la Sibila suplica al Altísimo un instante de paz:

"Mas ahora, señor, detén tu muy ansiada voz; aparta tu aguijón, la voz divina verdadera y la terrible locura, y concédeme un canto placentero." (22)

El torbellino atroz de la historia humana, horroriza siempre a quien lo contempla, porque su movimiento causa destrucción; esta destrucción se incrementa cuando el flujo del tiempo llega a su término, puesto que la sucesión vertiginosa de las generaciones conduce a un futuro apocalíptico, anunciado ya desde el principio:

"A partir de la primera generación de los mortales hasta las últimas emitiré, una por una, profecías de todo cuando antes existió, cuanto existe y cuanto existirá en el mundo por la impiedad de los hombres." (23)

La visión de los últimos días del hombre sobre la tierra y del juicio divino, no se aparta nunca de la mente de la profetisa, porque sabe que está condenada. La Sibilia del Libro II es una mala mujer, una prostituta indecente a la que Dios ha elegido para advertir a los mortales sobre lo que les habrá de acontecer si siguen el camino de la degradación moral:

"¡Ay mísera de mí! ¿Qué me ocurrirá este día, ya que, desdichada, por ocuparme de otros cometí el pecado de no ocuparme del matrimonio y no pensar en nada? Más aún: en mi aposento excluí a los que no daban la medida de un hombre opulento. Estas acciones contra la ley las cometí en otros tiempos a sabiendas. Pero tú, salvador, a pesar de mis impúdicas acciones,

(20) "Oráculos Sibilinos", Libro XII, vv. 293-299.

(21) "Libro Hebreo de Henoc", 45, 3-6.

(22) "Oráculos Sibilinos", Libro XI, vv. 322-324.

(23) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 1-4.

apártame a mí, perra indecente, de mis flageladores. Heme aquí para suplicarte que me concedas una breve pausa a mi canto, ¡Oh tú, santo, que no diste el maná, rey del gran reino!"
(24)

La Sibila del Libro VII, por otra parte, predice su propia muerte, como castigo de una acción perversa; y es así que el anticipo de las consecuencias futuras de los actos antinaturales de la humanidad, se ve reflejado en el trágico fin de la mujer a quien el Omnipotente le había otorgado el don de revelar esos vaticinios:

"Por ello el fuego me comerá, pues ni siquiera yo viviré, sino que me destruirá el tiempo de la desdicha en un lugar en que los hombres se acercarán a darme sepultura junto al mar, o me matarán con piedras, pues abandoné al hijo amado por hablar de mi padre. ¡Ojalá me lapidéis! ¡Sí, lapidadme todos! Pues así pagaré mis culpas y pondré mis ojos fijos en el cielo." (25)

4. El sistema historiosófico que emerge de los Oráculos

Las revelaciones que los judíos alejandrinos atribuían a las sibilas, ofrecen, en su conjunto, un esquema interpretativo del acontecer histórico universal relativamente coherente, si el investigador, en vez de analizar por separado los doce libros oraculares, estudia de manera unitaria el corpus documental. Si se sigue este criterio, resulta sencillo identificar un discurso profético que "devela" los misterios del origen del cosmos y de la vida, de las fases de desarrollo del devenir humano, de las fuerzas que lo rigen, y del sentido último de la existencia.

En base a la respuesta que las diferentes teorías proporcionan a cada uno de esos cuatro núcleos temáticos, los esquemas que definen la configuración del tiempo histórico, suelen clasificarse en cíclicos, direccional-progresivos, direccional-regresivos, dialécticos, o discontinuos (si los acontecimientos se suceden "sin sumarse ni enlazarse unos con otros"). (26) Ahora bien, el sistema que emerge de la interpretación de la fuente que se han escogido, no se puede reducir a ninguna de las opciones anteriores, ya que presenta una estructura realmente compleja. Lo más adecuado, en este caso, es detallar con precisión instancias fundamentales que se menciona y la configuración del tiempo que predominan en cada una de ellas. Dichas instancias se estructuran de la manera siguiente:

- (i) Eón, o eternidad que "precede" al mundo creado y al tiempo, en el cual existe un Dios, omnisciente, omnipotente y omnipresente.
- (ii) Comienzo del devenir cósmico: el Hacedor crea el universo a partir de la nada. El tiempo es direccional-progresivo: consta de siete días, en los cuales se suman los actos demiúrgicos, y finaliza, según los oráculos, con la creación del Hombre (y no con el descanso divino, como establece el relato del Génesis).
- (iv) Tiempo estacionario: la primera pareja humana lleva una vida plena, no regida por el cambio, en el Jardín del Edén.
- (v) Comienzo del devenir humano: tras el pecado original, los padres de todos los hombres son expulsados del Paraíso y condenados a una existencia mortal.
- (vi) Desarrollo de la historia:
 - (A) Primeras cinco generaciones: el tiempo es direccional-regresivo.

(24) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 339-347.

(25) "Oráculos Sibilinos", Libro VII, vv. 157-162.

(B) Diluvio Universal.

(C) Sexta generación, primera raza: tiempo estacionario.

A partir de la segunda raza, comienza, una vez más, el proceso de decadencia.

(C) Últimas cuatro generaciones: se suceden los grandes Imperios de las visiones proféticas. El tiempo es direccional-regresivo para los gentiles, estacionario para los hebreos antes de la destrucción del Reino de Judá, y direccional-progresivo desde entonces.

(D) Reino Mesianico.

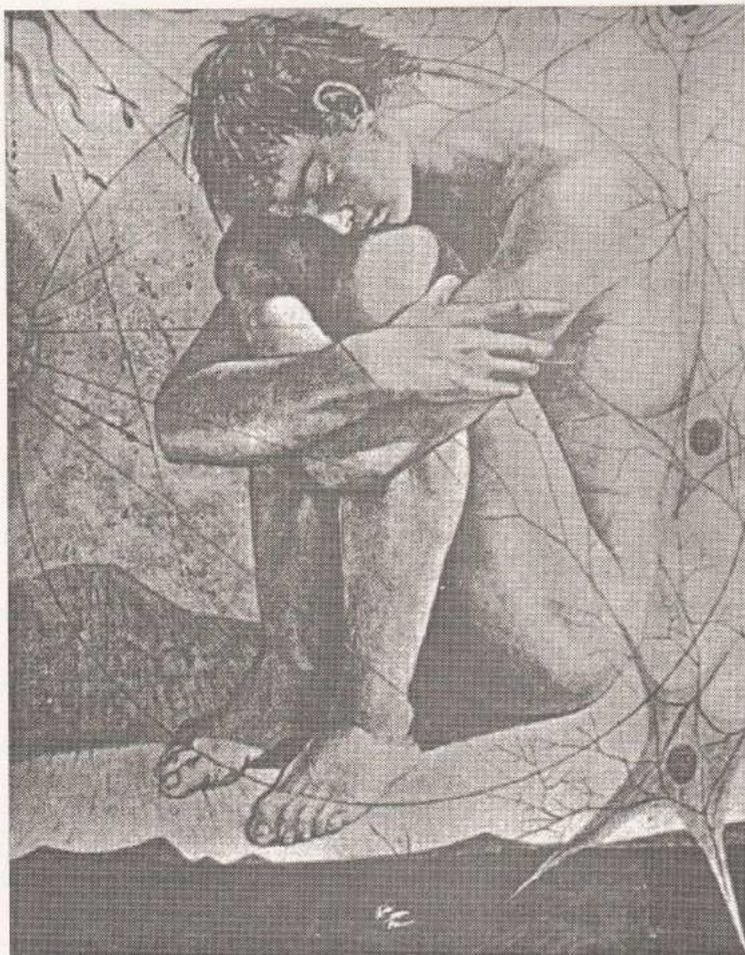
(vii) Destrucción del mundo: fin del tiempo humano y del tiempo cósmico.

(ix) Vida eterna de los bienaventurados en compañía de su Creador.

Tal es el esquema propuesto para comprender la visión historiosófica que emana de los Oráculos Sibilinos; la demostración de su consistencia, constituye el objetivo que justifica el presente trabajo.

(26) BENAVIDES LUCAS, Manuel. op. cit., p. 683.

Adán, Eva y la pérdida



"Un solo Dios es el monarca inefable que el éter habita. En sí mismo tiene su origen, ser invisible, el único que todo ve [...] El con sus palabras creó todo: el cielo, el mar, el sol infatigable, la luna llena, los astros resplandecientes, las fuentes y los ríos, el fuego inextinguible, los días, las noches. El mismo, Dios, fue quien formó a Adán, de cuatro letras, el primer hombre creado y cuyo nombre completaba con el

*Amanecer, el
Día en su mitad, el
Anochecer, y la
Nocturna osa."*

"Oráculos Sibílicos", Libro III, vv. 11/26)

de la Divina Gracia



"[Dios] al hombre le dijo: 'Porque has seguido la voz de tu mujer y porque has comido del árbol que te había prohibido comer, maldita sea la tierra por tu culpa. Con trabajo sacarás de ella tu alimento todo el tiempo de tu vida. Ella te dará espinas y cardos y comerás la hierbas de los campos. Con el sudor de tu frente comerás el pan pues de ella fuiste tomado, ya que polvo eres y en polvo te has de convertir.'"

"Génesis", 3, 17-19.

1. El Eón (1) y el Tiempo

Todas las historiosofías derivadas del Mundo Antiguo desarrollaron, de alguna manera, la idea de un comienzo del tiempo cósmico y de la vida de los hombres; pero la mayor parte de ellas no establecieron una relación de identidad entre el "principio del devenir" y el concepto de "creación divina"; es más, la idea misma de "creación" era por completo ajena a los sistemas de pensamiento hegemónicos en Egipto, Mesopotamia, la Hélade y el Mundo Indostánico. En este sentido, las cosmogonías de las civilizaciones afroasiáticas postulaban la existencia de una sustancia prístina, increada (por lo general un océano primordial), a partir del cual nació el demiurgo; este primer ser se fecundó a sí mismo, y generó a todas las divinidades restantes, sin que ello implicara un verdadero acto de creación. (2)

Ideas bastante similares fueron sustentadas por el pensamiento pre-filosófico de la Grecia Arcaica. Así por ejemplo, el relato teogónico tradicional sostenía que el proceso "creador" no era más que el despliegue del orden o "Cosmos" a partir de un Caos preexistente, denominado también Abismo bostezante; (3) siglos después, durante el período clásico, las diferentes teorías del tiempo cíclico identificaron el "comienzo", con el inicio de un nuevo Año Cósmico, en el cual el principio y el fin se confunden dentro del círculo de la eternidad. (4) La civilización hindú, por su parte, llevó a su máxima expresión la idea de una rueda del tiempo, en la que no existe ni creador ni creación: sus ciclos se extienden desde nuestro día y noche corrientes hasta un día y noche de Brahma, que dura 8640 millones de años; de acuerdo a esta concepción del mundo, el universo resulta ser el sueño de un dios que después de cien años de Brahma se disuelve en un sueño sin sueños; luego de un siglo de estos años, el durmiente inicia nuevamente su vida onírica, y renace el ciclo. Mientras tanto, en otras partes, hay un número infinito de universos, que están siendo soñados, en un proceso sin principio ni fin. (5)

En contraste con estas cuatro concepciones estáticas, los sistemas historiosóficos de iraníes y judíos, lograron articular, de manera ingeniosa, el "tiempo ilimitado" y el "tiempo de mezcla", o dicho de otra manera, el eón y el devenir. De acuerdo con los escritos teológicos del zoroastrismo, es necesario distinguir entre el tiempo sin límites, es decir, la eternidad, y el tiempo limitado o restringido, en otras palabras, la historia; en el "tiempo sin límites", existieron desde siempre dos divinidades gemelas y antagónicas: Ahura Mazda y Angra Mainyu. La primera se convirtió en el principio de bien, y la segunda, en el principio del mal. Para librar su batalla, tuvieron que crear a seres que fueran sus aliados y, por eso motivo, dieron inicio al tiempo limitado, en el cual se suceden las creaciones y las contracreaciones de una y otra parte, para obtener la supremacía. La historia se convierte, entonces, en el despliegue de esta contienda universal, que habrá de culminar con la derrota final de las fuerzas de la destrucción. Cuando esto ocurra, los hombres que vivieron según los principios de Ahura Mazda, resucitarán y

-
- (1) Este vocablo, que proviene del griego *aion*, tiene múltiples acepciones; entre ellas, las de "eternidad" y "tiempo sin límite".
 - (2) "Textes sacrés et textes profanes de l'ancienne Egypte", París, UNESCO, 1987, [Prefacio de Pierre Grimal y traducción y comentarios de Claire Lalouette], p. 41.
 - (3) Hesíodo, "Teogonía", v. 1 y ss.
 - (4) BENAVIDES LUCAS, Manuel, "Filosofía de la historia", Madrid, Editorial Síntesis, 1995, Capítulo 2.
 - (5) MEBREE, Ainslie T., WILHELM, Friedrich, "India" en: "Historia Universal Siglo XXI", Madrid, Siglo XXI Editores, 1974, Vol. 12, p. 108.

gozarán de una vida eterna. Entonces se habrá de reestablecer el tiempo “ilimitado”; pero este tiempo “ilimitado” no será idéntico a aquel que había precedido a la creación del mundo. Antes del comienzo de todas las cosas, existían dos divinidades; luego del final, existirá un sólo Dios, más no estará solo, sino que se hallará rodeado de sus criaturas. Por la eternidad, las miradas de seres que durante el tiempo histórico combatieron contra Angra Maynu, disfrutarán de una dicha sin límites, en compañía de su Hacedor. (6)

Los escritos teológicos judaicos proporcionan una versión totalmente distinta de la mazdeísta; según los hebreos, el eón no se disuelve para dar lugar al combate entre una deidad creativa y otra destructora, sino que se interrumpe para el desarrollo escalonado de seis actos creadores del único Dios; por este motivo, el primer “tiempo limitado” que “interrumpe” la “eternidad”, es direccional y ascendente: se inicia con la creación de la luz, y finaliza con el nacimiento del hombre; a partir de entonces, el tiempo pierde su carácter direccional (por lo menos hasta la tentación y caída de la primera pareja), y el devenir se torna estacionario. El “Libro de los Secretos de Henoc” o “Henoc eslavo”, expresa de manera clara esa relación entre tiempo y eternidad, e introduce el concepto de edad cósmica:

“El Señor disolvió el eón a causa del hombre e hizo todas las criaturas por causa del mismo y dividió el (eón) en edades; luego de las edades hizo los años, de los años hizo los meses y de los meses los días, y a los días los agrupó en número de siete, y en éstos fijó las horas, y las horas las subdividió en espacios menores, para que el hombre considere las edades y cuente los años, los meses, los días, las horas, los cambios, el principio y el fin, y pueda medir su vida desde el comienzo hasta la muerte, y (finalmente) para que considere sus pecados y consigne por escrito sus acciones, tanto las buenas como las malas. Pues ningún hecho queda oculto ante el Señor, para que todo hombre sea consciente de sus propias acciones y nadie conculque ninguno de sus mandamientos, (sino) que conserve firmemente el escrito de mi mano de generación en generación.” (7)

2. Los Siete Días de la Creación

Tanto para el “Génesis”, como para los Oráculos, el pasaje del eón al tiempo acumulativo, es fruto de la Palabra divina, que rompe el silencio de la eternidad, dando existencia al universo a partir de la nada, como lo demuestra el siguiente fragmento:

“Primero me ordena Dios proclamar con precisión como se originó el mundo. Y tú, taimado mortal atiende con sensatez, para que nunca descuides mis mandatos, al excelso rey que creó el mundo todo con sólo decir 'hágase' y fue hecho. [...] Y todo cuanto ahora se contempla, él lo hizo con su palabra y todo se originó con rapidez y vigor.” (8)

Bernard Sichère, en “Historias del Mal”, realiza un análisis interesante acerca del significado del origen del mundo; de acuerdo con este autor, el Dios de los hebreos, efectúa un acto inconcebible para la mayor parte de las culturas antiguas: la creación a partir de la nada mediante el mandato de la palabra. “No se trata de aquí de una nada que se oponga al ser, como en las sabias elaboraciones del pensamiento griego (de Parménides a Platón), sino que es una nada que revela hasta la evidencia que el nombre del dios Elohím no debe concebirse dentro

(6) COHN, Norman, “El cosmos, el caos y el mundo venidero”, Barcelona, Crítica, 1995, pp. 98 y ss.

(7) “Libro de los Secretos de Henoc”, 17, 2-3.

(8) “Oráculos Sibílicos”, Libro I, vv. 5/20.

del régimen del ser, puesto que es Aquel que lleva el ser al ser, mediante la fuerza de su Palabra (dabar) y en virtud de su Soplo (ruah).” (9) Según Sichère, “Dios es aquel que dijo ‘hágase la luz’ y la luz se hizo: aquí no hay ningún Kosmos que sea anterior a la relación de los hombres y de los dioses, sino que se trata tan sólo de la palabra imperativa y fecunda de Dios que hace surgir la creación de la nada y que puede asimismo a cada instante reducirla a la nada (amenaza evocada especialmente en el momento del diluvio)” (10)

Desde el instante en que el Verbo divino separa la luz de las tinieblas, comienza el “tiempo limitado”, y desde entonces se suceden de manera gradual los siete días de la semana cósmica, que completan y clausuran el devenir de la creación. Con respecto a este punto, Emilio Suárez de la Torre, desarrolla un análisis comparativo entre la secuencia que presenta el relato del Génesis y la narración de la Sibila, arribando al siguiente cuadro:

“Oráculos Sibilinos	Génesis
1º Tártaro, tierra, luz	Luz/tinieblas
2º Cielo-mar	Firmamento/aguas
3º Estelas y plantas	Aguas/continentes
4º Ríos, mar/vientos, nubes	Tierra germinal/frutos
5º Peces, aves	Animales acuáticos, aves
6º Fieras, reptiles	Animales de tierra, Hombre
7º ‘Joven divino’, Eva	‘Descansó’.” (11)

A pesar de las notorias diferencias que se pueden constatar entre las dos versiones de la cadena del proceso creador, afirma Suárez de la Torre que existe una clara semejanza en la secuencia “naturaleza inanimada-naturaleza animada-hombre”. Según el poema del Libro I:

“[Dios] puso los cimientos de la tierra sobre el Tártaro y él mismo le dio la dulce luz. Extendió el cielo por encima y el glauco mar desplegó; a la bóveda celeste dióle corona de brillantes astros y adornó la tierra con plantas. Con el caudal de los ríos llenó el mar y mezcló con aire los vientos y las nubes cargadas de rocío. También distribuyó otra raza, los peces en los mares, y entregó las aves a los vientos; para los bosques fueron las fieras de cuello vellosa, para la tierra las serpientes reptiles.” (OrSib., Libr. I, vv. 9-18)

El texto del oráculo, haciendo gala de sincretismo cultural, menciona al Tártaro como representación del mundo subterráneo; podría sobrentenderse, de acuerdo con la expresión de los versos 9-10 del Libro I, que el Tártaro preexiste a la creación, aunque dicha hipótesis resulta poco convincente. (12)

El tiempo direccional (que en la versión apócrifa se escalona en siete actos de creación y no en seis), llega a su plenitud y clausura cuando el Inmortal crea un reflejo de su imagen para que reine sobre el mundo. Dios es el origen del proceso creador, y el hombre, su imagen reflejada, es el final;

“El se había engendrado de sí mismo y desde el cielo observaba; y a la perfección iba

(9) SICHÈRE, Bernard, “Historias del Mal”, Barcelona, Editorial Gedisa, 1996, pp. 61-62.

(10) Idem.

(11) Cfr. nota de análisis de texto, “Oráculos Sibilinos”, en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) “Apócrifos del Antiguo Testamento”, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo III, p. 268.

(12) Idem.

quedando completado el mundo. E inmediatamente después creó de nuevo una obra animada, dando forma, a partir de su propia imagen, a un bello joven divino, al que ordenó habitar en el paraíso inmortal, para que se preocupara de sus hermosas creaciones.” (13)

En el texto bíblico, Adán es el nombre que recibe este reflejo finito de Dios; pero la Sibilia lo denomina “joven divino”. Según la versión del Génesis, el Hacedor, cual alfarero cósmico, fabrica a este ser maravilloso con arcilla, y le da vida soplando sobre sus narices. Por lo tanto el hombre no es ni alma ni cuerpo sino un cuerpo animado, a quien el Omnipotente le otorga una vida eterna en el Paraíso.

La existencia dichosa del “joven divino”, sólo puede verse plenamente satisfecha con un nuevo acto de creación; y es así que el Señor, que había hecho una copia material de sí mismo creando al hombre, decide hacer una copia del hombre, creando a la mujer:

“Este, al verla, gran admiración sintió de repente en su ánimo gozoso. ¡Qué imitación, copiada de sí mismo, contemplaba! Y respondía con sabias palabras que fluían por sí solas, pues Dios había dejado todo dispuesto, ya que ni la falta de dominio embotaba su mente ni sentía vergüenza, sino que sus corazones, estaban lejos del mal y como animalés salvajes caminaban con sus miembros restaurados.” (14)

La perfección de la primera pareja es inigualable; su existencia transcurre en un tiempo absoluto, acabado, que se reproduce constantemente a sí mismo, en una duración sin límites. Pero un acto decisivo habrá de quebrar la plenitud del tiempo edénico, e introducir el primer acontecimiento de un tiempo sometido a medida y a término; este primer acontecimiento, arquetipo de todo suceso, constituye el opuesto temporal de la “duración”, puesto que convierte al “joven divino” en un hombre, es decir, en un ser histórico y mortal, que habrá de ser padre e hijo de sus actos.

3. El origen de todos los males y el principio de la historia

De acuerdo con la interpretación historiosófica de Sichère:

“En el seno de la creación existe una fuerza del mal que no es un hecho bruto o una forma del ser, sino que resulta de una libre decisión del convocado, aun cuando sea cierto que esa fuerza es anterior a un mal primero, enigma anterior que, sin embargo tiene sentido. Ese mal primero es un enigma, en efecto, puesto que nos viene de tan lejos, puesto que se transmite, podríamos decir, de Satanás al hombre [...] sólo que este enigma, a pesar de todo está preñado de significaciones puesto que toda la carga de ellas está enteramente asignada al hombre: ‘no comerá el fruto’ y el hombre come.” (15)

En este sentido, el relato sibilino de la pérdida de la gracia por desobediencia del mandato divino, coincide esencialmente con la versión canónica del Génesis:

“Después Dios habló y les señaló un mandato: no tocar el árbol; pero a ellos la maldita serpiente les hizo creer con engaños que se apartarían del destino mortal y adquirirían el conocimiento del bien y del mal. Mas la mujer fue la primera que traicionó al hombre: ella le dio a probar y le persuadió, ignorante, a errar. Y él, convencido por las palabras de la mujer, olvidóse de su creación inmortal y descuidó los sabios preceptos. Por ello, a cambio del bien ganaron el mal, según obraron.” (16)

(13) “Oráculos Sibilinos”, Libro I, vv. 20-25.

(14) “Oráculos Sibilinos”, Libro I, vv. 32-37.

(15) SICHÈRE, Bernard. “Historias del Mal”, op. cit., pp. 65-66.

(16) “Oráculos Sibilinos”, Libro I, vv. 38-46.

Sin embargo, la idea que tal acto implicó la pérdida de la inmortalidad, se desarrolla con mucho más detalle en el Libro I de los Oráculos que en el Génesis:

"El inmortal dejó caer sobre ellos su rencor y los arrojó fuera del lugar de los inmortales, pues había quedado decidido que permanecerían en mortal lugar, ya que no guardaron el precepto que escucharon del gran Dios inmortal." (17)

Los versos que se acaban de citar, demuestran claramente que el castigo conlleva no solamente la expulsión del Paraíso, sino también la privación de la vida eterna. En este aspecto, la versión de la Sibila se halla más próxima a la explicación que ofrece la epopeya de Guilgamesh, la fuente de origen mesopotámico que probablemente inspiró algunos pasajes del relato bíblico de la tentación y caída del hombre. Según los fragmentos que se conservan de este antiguo poema, Guilgamesh peregrinó por el mundo, impulsado por la ansiedad y el afán de encontrar la inmortalidad. Su camino le condujo a través del mar hacia el sabio Utnapishtim, que sabía cómo atravesar las aguas de la muerte. Allí Guilgamesh tuvo que zambullirse para buscar en el fondo del océano la planta mágica capaz de devolverlo a la tierra de los hombres. De regreso en su patria, una serpiente le robó la planta mágica, haciendo inútil el viaje emprendido por el héroe.

Esta serpiente, al igual que la del Jardín Edénico, pone más allá del alcance del hombre la posibilidad de una existencia ilimitada; por culpa de dicho animal, el ser humano se transforma en un ser transitorio, condenado a perecer: en vez de la eternidad recibe el devenir, y se ve privado de una felicidad extática, ganando, a cambio, una historia dolorosa.

La idea de que el hombre está condenado a una vida mortal, se reitera varias veces en la Epopeya de Guilgamesh; en una de ellas, el héroe descubre lo que significa la muerte, cuando pierde a su compañero de aventuras:

"Mi amigo, mi joven hermano, quien conmigo, al pie de las montañas cazaba asnos salvajes y panteras de la llanura [...] ¿qué clase de sueño se apoderó de ti? Cada vez te ensombreces más y no puede oírte.' No abrió ya los ojos. Guilgamesh tocó su corazón, ya no palpitaba. Entonces cubrió a su amigo, como si se tratara de una novia. [...] 'Quién compartía conmigo todos los azares; ha sido herido por el destino del hombre. Lloré sobre él noche y día y no permití que lo sepultaran; tal vez se levantara al oír mi llanto; estuve siete días y siete noches, hasta que empezaron a salir gusanos de su nariz. Se ha ido, no puedo encontrar consuelo, vago como un cazador por la llanura.'" (18)

La existencia limitada del hombre, que "tiene sus días contados", se contrapone a la vida sin término que disfrutaban las divinidades:

"Amigo, quién se encumbrara y pudiera subir al cielo y morar para siempre con Shamash. El simple hombre tiene sus días contados; a pesar de todo lo que haga no es más que viento." (19)

El fracaso de Guilgamesh en su búsqueda de la planta mágica, lo devuelve a la triste realidad del devenir humano, estructurado inexorablemente en torno a un principio, un desarrollo y un final:

(17) "Oráculos Sibilinos". Libro I, vv. 50-53.

(18) "Cuentos, mitos y epopeyas. Selección de obras mesopotámicas y egipcias". Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, pp. 9-10.

(19) *Ibid.*, p. 9.

“Guilgamesh, ¿adónde te diriges? La vida que tanto anhelas nunca la podrás encontrar. Porque cuando los dioses crearon al hombre, le infundieron la muerte, reservando la vida para sí mismos. Guilgamesh, llena tu vientre, alégrate de día y de noche, que los días sean de completo regocijo, cantando y bailando de día y de noche. Vístete con ropas nuevas, lava tu cabeza y báñate. Contempla al niño que toma tu mano y deléitate con tu mujer, abrazándola. Porque esto es lo único que se encuentra al alcance de los mortales.” (20)

La condena a vivir una existencia finita, de “días contados”, se ve agravada, de acuerdo a la revelación de la Sibila, por el mismo castigo que, según el Génesis, la Providencia le impuso a los padres de la humanidad, luego de expulsarlos del Edén:

“Estos, nada más salir de allí, inundaron la fértil tierra con lágrimas y lamentos; después el Dios inmortal les dirigió las más nobles palabras: ‘Creced, multiplicaos y trabajad sobre la tierra con vuestros recursos para que, con sudor, consigáis alimento suficiente.’ (21)

Tal como afirma Sichère:

“A partir de entonces puede comenzar la historia humana, una historia que nunca el pensamiento griego pudo concebir, puesto que es la vez a la medida de la voluntad radical del hombre después de la primera falta [...] y a la medida que el designio que Dios, a pesar de todo, tiene respecto del hombre: el hombre no habrá de ser simplemente Su servidor, sino que al mismo tiempo será su interlocutor único y muy querido y aquel que responde a Su palabra. En adelante el mal habrá de manifestarse según una historia cuyo régimen es, no ese régimen intemporal de la tragedia, sino el régimen del suceso, del acontecimiento, de la epopeya.” (22)

(20) Ibid., p. 10.

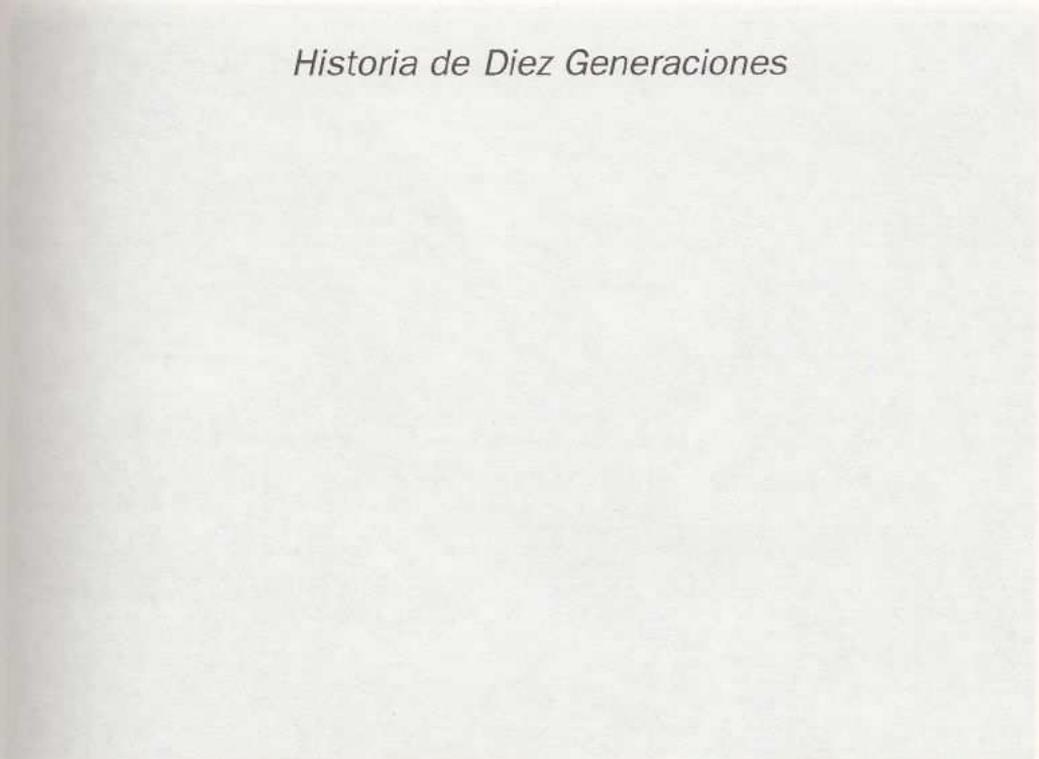
(21) “Oráculos Sibilinos”. Libro I. vv. 54-58.

(22) SICHRE. Bernard. op. cit., pp. 66-67.

I. De la condensa de los Adamas

E L D E S A R R O L L O

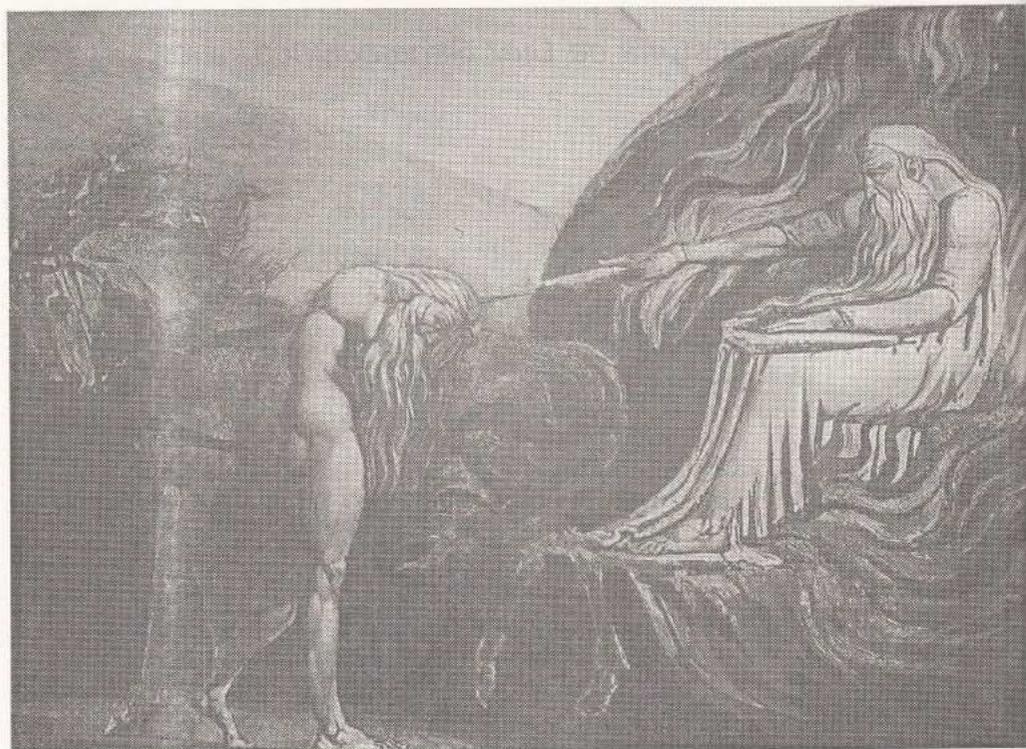
Historia de Diez Generaciones



Faded text at the bottom of the page, likely bleed-through from the reverse side or a very light print. It appears to contain several lines of text, possibly a list or a series of entries, but the characters are too faint to be transcribed accurately.

I. De la condena de los Adamitas

EL DESARROLLO



"Y entonces empezó a multiplicarse la raza humana según ordenó el propio Todopoderoso y crecía sin límites un pueblo sobre otro [...] Mas también ellos pecaron al caer en la insensatez, pues impudicamente se reían de sus padres y a sus madres ofendían, a sus parientes no reconocían y contra sus hermanos dirigían insidias. [...] Pero sobre ellos llegó, del cielo arrojado, el castigo final que arrancó de la vida a los malvados. Los acogió a su vez Ades; Ades puso sobre ellos por nombre, ya que Adán fue el primero en llegar, cuando hubo probado la muerte y la tierra lo ocultó."

"Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 65-82.

al Diluvio Universal



"Cuando de Ren la vil raza florecida en la tierra divina, eterna, de raíces sin sed, desaparezca por completo en una sola noche, el Dios que agita el suelo y conmueve la tierra hará desaparecer las ciudades, junto con sus habitantes, y las grutas y destruirá las murallas. Entonces, el mundo entero, de innumerables hombres habitado, morirá. Mas yo, ¿cuántos sufrimientos soportaré? ¿Cuánto lloraré en mi casa de madera? ¿Cuántas lágrimas mezclaré con las olas? Pues si sobreviene el diluvio ordenado por Dios, se inundará la tierra, se inundarán los montes, se inundará también el eter [...] Se pararán los vientos y habrá una segunda era."

"Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 184/195.

Luego de la expulsión del Paraíso, el hombre se ve obligado a llevar una existencia limitada, en la que el tiempo sustituye a la duración, y en la que las desgracias sucesivas desplazan a la dicha perenne de la vida edénica. Este tiempo se halla dividido en Diez Generaciones: de la primera a la quinta, se suceden las razas antiguas, la última de las cuales perece con el Diluvio Universal; con la sexta, que descende de Noé y su familia, la historia retoma su curso; finalmente, de la séptima a la décima, los grandes Imperios someten a las naciones de la Tierra, hasta que el advenimiento del Mesías y el Reino de los Santos pone término al sufrimiento de los hombres.

El primer ciclo de esa historia, es decir, la trayectoria de las primeras cinco generaciones, configura lo que se denomina, en términos historiosóficos, un tiempo direccional–descendente. Este concepto no es original de los Oráculos Sibílicos, sino que se inserta dentro de una larga tradición de pensamiento filosófico–histórico que se nutre de los aportes de egipcios, babilónicos, chinos, griegos y judíos.

La primera formulación de dicha teoría, se atribuye a la civilización del valle del Nilo: para los egipcios, la idea del devenir direccional–descendente se asocia siempre con un proceso de degradación de la monarquía. Manetón, en su "Historia de Egipto", hace del poder regio el verdadero sujeto de la historia; son sus avatares los que dan forma a un singular relato que atraviesa los milenios y que se articula en cuatro grandes fases, de acuerdo a la naturaleza de los seres que se han hecho cargo de la función monárquica. En una primera etapa, luego de la creación del Universo, la realeza conoció su primer época dorada cuando los dioses mismos hicieron ejercicio de ella. En una época posterior, el poder pasó a manos de seres de menor brillo y perfección: los héroes, o semidioses (también llamados vigilantes), que lo ejercieron por un tiempo menor. Cuando estos últimos abandonaron a los hombres, la monarquía fue otorgada a los espíritus de los muertos, que iniciaron una edad menos esplendorosa que las anteriores. Finalmente, los seres humanos recibieron el poder, y a partir de entonces se abre un período del tiempo sórdido, en el que reinan los seres mortales. (1)

Existen profundas similitudes entre esta concepción egipcia mítico–histórica del devenir universal, y las que elaboraron otras civilizaciones del Mundo Antiguo. Según Jacques Pirenne:

"Los pueblos orientales ... conservan la tradición de una historia que se perdía en la noche de los tiempos. Pero solamente Babilonia y China atribuían una duración determinada a aquellas épocas míticas lejanas." (2)

Concretamente, para el caso de Babilonia:

"Cuenta Berosio que, tras un período de anarquía de 1.680.000 años, aparecieron los primeros grupos sociales, los cuales fueron evolucionando lentamente durante 432.000 años, antes del diluvio sumerio, que marca ya el comienzo de una era histórica propiamente dicha." (3)

(1) MANETON, "Historia de Egipto", Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 41.

(2) PIRENNE, Jacques, "Historia Universal. Las Grandes Corrientes de la Historia", Barcelona, Ed. Exito, 1972, Vol I, p. 5.

(3) Idem.

Por otra parte, China desarrolla un concepto de la sucesión de estirpes divinas, heroicas y humanas en el poder, que se asemeja al de los egipcios:

"La tradición china es más interesante todavía en el sentido de que intenta seguir las grandes etapas del mundo y de la civilización: en el origen fue la creación, que hizo aparecer el cielo, la tierra y los seres; la vida comenzó bajo el reino de las 'familias augustas del cielo', para pasar en seguida al de las 'familias augustas de la tierra' antes de conocer, por último, el advenimiento de las 'familias augustas de los hombres'." (4)

En el ámbito de la civilización helénica, la idea de un devenir direccional-regresivo, escalonado en etapas descendentes (cada una de las cuales culmina abruptamente como consecuencia de una catástrofe), parece hallar su expresión más acabada en el mito de las edades metálicas, narrado por Hesíodo en "Los trabajos y los días". De acuerdo con el relato de este antiguo poema, las cuatro edades de los hombres están simbolizadas por metales, cada uno de los cuales alude a un conjunto distinto de generaciones sucesivas:

"Se trata de una antropogénesis mítica en línea descendente, que arranca en una edad de oro paradisiaca, rebajándose luego a una de plata y a otra de bronce, hasta decaer en una de hierro, que es la que al poeta le toca vivir, y que, por las guerras intestinas y la corrupción general, se halla hundida en una miseria irremediable. Este mito de la decadencia parece reflejar una experiencia común entre los pueblos primitivos: los hombres descienden desde una edad en que la muerte es dulce 'como ir a dormir', edad 'exenta de esfuerzos y de dureza', a una edad de violencia y angustia." (5)

Algunos pensadores griegos desarrollaron ideas diferentes sobre el fenómeno de la sucesión de las edades, y postularon la teoría de una discontinuidad del tiempo histórico, producto del fin violento de diferentes sociedades que evolucionan, de manera paralela, en épocas y lugares distintos. En el diálogo "Timeo" de Platón, un sacerdote egipcio le transmite a Solón conceptos similares:

"[...]Solón, Solón, vosotros los griegos sois como niños: ¡un griego nunca es viejo! A lo que replicó Solón: '¿Cómo dices esto?' Y el sacerdote: 'Vosotros sois todos jóvenes en lo que a vuestra alma respecta. Porque no guardáis en ella ninguna opinión antigua, procedente de una vieja tradición, ni tenéis ninguna ciencia encanecida con el tiempo. Y esta es la razón de ello. Los hombres han sido destruidos y los serán aún de muchas maneras. Por obra del fuego y del agua tuvieron lugar las más graves destrucciones. Pero también las ha habido menores, ocurridas por millares de formas diversas.'" (6)

Según el relato, como consecuencia de las desviaciones que se producen en los cuerpos que dan vueltas a la Tierra, cada cierto tiempo buena parte de la humanidad perece por abundancia de fuego. Cuando estas catástrofes ocurren, solamente se salvan los hombres que viven cerca del mar o de los ríos, mientras que los que habitan en las montañas mueren irremediabilmente. Otras veces, son los dioses quienes desean purificar la tierra y la inundan, causando la destrucción de las ciudades y la extinción de sus habitantes; en este caso, los que sobreviven son los boyeros y los pastores, que tienen su morada en las tierras altas. (7)

En consecuencia, la sucesión periódica de cataclismos limita las posibilidades de desarrollo

(4) Idem.

(5) BENAVIDES LUCAS, Manuel, "Filosofía de la historia", Madrid, Editorial Síntesis, 1995, p. 95.

(6) PLATÓN, "Timeo", 22c y ss.

(7) Idem.

continuo de las diferentes civilizaciones, a pesar de que estas renacen una y otra vez, luego de que la vida sobre la tierra vuelve a su anterior equilibrio. Solamente la cultura egipcia ha podido escapar de tal ciclo, en función de una ubicación geográfica privilegiada, que le permite salvarse del fuego devastador, gracias a los desbordes del Nilo; asimismo, está protegida de las inundaciones destructivas puesto que las aguas nunca descienden desde las alturas a las llanuras, sino que manan naturalmente debajo de la tierra. Por este motivo, los egipcios conservan las tradiciones más antiguas y el recuerdo de los pueblos extinguidos, (8) y por este motivo el sacerdote del relato, afirma lo siguiente con respecto a los griegos:

"Y vosotros volvéis a ser eternamente jóvenes, sin conocer nada de lo que ha ocurrido aquí, ni entre vosotros, ni en los tiempos antiguos. [...] En principio, vosotros no recordáis más que un diluvio terrestre, siendo que anteriormente ha habido ya muchos de esos. [...] Lo ignoráis porque, durante numerosas generaciones, han muerto los descendientes sin haber sido capaces de expresarse por escrito." (9)

En síntesis, la noción de la destrucción completa de un pueblo, o de la aniquilación parcial de la humanidad, resulta ser un factor esencial en el diseño de una estructura del devenir, en la que un elemento exógeno, suprahistórico (como una catástrofe cósmica o natural, o la voluntad de los dioses de purificar la tierra), determina la culminación de la historia, de manera momentánea o definitiva. La teoría de la destrucción mediante el agua o mediante el fuego, desempeñará un papel fundamental en la trama historiosófica que proponen los Oráculos Sibílicos: las primeras razas habrán de ser arrojadas al abismo, mientras que la quinta estirpe perecerá como consecuencia del Diluvio Universal; al final de los tiempos, cuando la humanidad llegue a la décima generación, el mundo entero será destruido por el fuego, para que luego comience el Juicio Final.

Dentro del sistema filosófico-histórico que deriva de la tradición hebrea ortodoxa, también existen algunas débiles alusiones a las estirpes que se sucedieron sobre el planeta. Obviamente, no se constata la presencia de un esquema cuatripartito de edades, como en Hesíodo, pero sí algunas menciones a las razas de los gigantes y de los héroes, las cuales evocan, de alguna manera, la vieja periodización egipcia, recogida por Manetón:

"Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron entre ellas las que bien quisieron. Y dijo Yavé: 'No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte serán sus días. Había entonces gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron con la hijas de los hombres y les engendraron hijos; éstos son los héroes famosos muy de antiguo." (10)

Esta breve referencia del Génesis sobre la existencia de razas pretéritas diferentes de la humana, fue ampliada por la literatura apócrifa, en particular por el Libro I de Henoc:

"En aquellos días, cuando se multiplicaron los hijos de los hombres, sucedió que les nacieron hijas bellas y hermosas. Las vieron los ángeles, los hijos de los cielos, las desearon y les dijeron: —Ea, escojámos de entre los humanos y engendremos hijos." (11)

(8) Idem.

(9) Idem.

(10) "Génesis", 6, 1-4.

(11) "Libro I de Henoc", II, 6, vv. 1-2.

De acuerdo con el relato, doscientos ángeles bajaron a Ardis, que es la cima del monte Hermón; los nombres de sus jefes eran: Semyaza (el líder supremo), Urakiva, Rameel, Kokabiel, Tamiel, Ramiel, Daniel, Ezequiel, Baraquiel, Asael, Batriel, Armaros, Batriel, Ananel, Zaquiel, Samsiel, Sartael, Turiel, Yomiel y Araziel. (12) En el año 1170 del Mundo, estos seres celestiales tomaron como mujeres a las hijas de los hombres, las cuales alumbraron tres razas: la de los gigantes, la de los nefilim, y la de los eliud. (13) Los gigantes tenían un talla de tres mil codos, y en virtud de su tamaño resultaba imposible satisfacer su apetito voraz; a partir de entonces, se volvieron contra los hombres y los devoraron, al igual que a las aves, los reptiles y los peces. (14) La tierra se quejó de las atrocidades cometidas por los gigantes, y Dios envió a sus ángeles para que acabaran con éstos. Según el Libro de los Jubileos, el Señor:

"... envió entre ellos su espada para que se matasen unos a otros. Este comenzó a matar a aquél, hasta que cayeron todos por la espada y desaparecieron de la tierra a la vista de sus padres, quienes fueron encarcelados luego en los abismos de la tierra hasta el gran día del juicio, para que sea firme la sentencia contra todos los que corrompieron su conducta y sus acciones ante el Señor." (15)

Además de la masacre de los gigantes, Dios ordenó a uno de sus ángeles someter a los vigilantes y encarcelarlos hasta el día del juicio:

"—Encadena a Azazel de manos y pies y arrójalo a la tiniebla; hiende el desierto que hay en Dudael y arrójalo allí. Echa sobre él piedras ásperas y agudas y cúbrelo de tiniebla; permanezca allí eternamente; cubre su rostro, que no vea la luz, y en el gran día del juicio sea enviado al fuego." (16)

La degradación que se produce de ahí en más en el género humano, se manifiesta tanto en la reducción del período vital de cada generación como en su decadencia física y moral:

"Todas la generaciones que surjan desde este momento hasta el día del gran juicio envejecerán rápidamente, antes de cumplir dos jubileos, y ocurrirá que el discernimiento abandonará sus espíritus y se disipará todo saber." (17)

Asimismo, la decadencia que experimentará la humanidad hacia el término de sus días, presenta un parecido asombroso con el relato de Hesíodo sobre la vida de los hombres de la Edad de Hierro:

"En esos días gritarán, clamarán y orarán para salvarse de manos de los pecadores gentiles, pero no habrá salvador. Las cabezas de los niños se blanquearán de canas, el niño de tres semanas perecerá anciano de cien años y se arruinará su constitución con tribulación y dolor." (18)

Como se ha podido apreciar a través de esta breve presentación de las teorías del tiempo direccional-descendente, existe una compleja tradición de reflexión sobre la pérdida del

(12) "Libro I de Henoc", 6, vv. 6-8.

(13) "Libro I de Henoc", 7, Gr.

(14) "Libro I de Henoc", 7, Et. 2-6.

(15) "Libros de los Jubileos", 5, 9-10.

(16) "Libro I de Henoc", 10, 4-6.

(17) "Libro de los Jubileos", 23, 11.

(18) "Libro de los Jubileos", 23, 23-25.

Paraíso y la decadencia de las generaciones que siguieron a los primeros padres. De todas ellas se nutren la literatura apocalíptica apócrifa para explicar la trayectoria de las cinco estirpes antiguas, que se inicia con los primeros hombres y finaliza con Noé.

1.1. La raza de Adán

El Libro I de los Oráculos Sibilinos propone un sistema de periodización de la historia prediluviana, que evidencia una asombrosa capacidad para lograr la integración de tradiciones diversas y otorgarles un nuevo significado; esa capacidad ya se constata en la presentación misma de la generación adámica, la cual es concebida, hasta cierto punto, como la Raza Áurea de Hesíodo:

"Y entonces empezó a multiplicarse la raza humana, según ordenó el Todopoderoso, y crecía sin límites un pueblo sobre otro; construyeron casas de todo tipo y hacían igualmente ciudades y murallas bien y a conciencia; concedióles larga sucesión de días para alcanzar grata vida, pues no morían agobiados por la cuitas, sino como domeñados por el sueño: felices los mortales de gran corazón a los que amó el rey salvador inmortal, Dios." (19)

La naturaleza esencialmente bíblica del relato, se manifiesta en la forma en que el autor enfatiza dos conceptos: el crecimiento y la multiplicación de la raza, y el trabajo creativo. Este último resulta ser el recurso indispensable del hombre que ha perdido el Paraíso y debe ganarse el pan con el sudor de su frente; lo cual permite afirmar que los versos proféticos permanecen fieles a la tradición judía y toman distancia de las concepciones griegas; es más, si se compara el relato del Libro I con el de "Los trabajos y los días", resulta ser que los adamitas no fueron tan dichosos como los hijos de la Raza de Oro, quienes:

"Tenían a su alrededor todos los bienes: el fecundo suelo producía espontáneamente abundantes y generosas cosechas, y era así como vivían de sus campos, con alegría y paz, en medio de toda suerte de bienandanzas." (20)

En este sentido, la profecía de la Sibila describe una vida placentera pero no perfecta (como la que había disfrutado en el Jardín del Edén la primera pareja), y por ello se aleja de las ideas de Hesíodo, según el cual, los hombres:

"Vivían entonces ... igual que los dioses, libre su corazón de inquietudes, y al amparo de los dolores y de las miserias. Sobre ellos no pesaba la cruel y sórdida vejez, sino que siempre se mantenían jóvenes sus brazos y piernas, entregados continuamente a los festines, lejos de todo mal." (21)

De todas maneras, resulta innegable una cierta influencia del poeta griego, que se percibe en varios versos del oráculo; a modo de ejemplo, cabe mencionar el final apacible de los integrantes de la primera estirpe, quienes "Cuando morían, se les figuraba entregarse al sueño." Hesíodo y el sibilista también coinciden en lo relativo a la vida longeva de los hombres de los primeros tiempos; ello no supone necesariamente la influencia de un autor sobre el otro, ya que, sobre este punto, las teorías tanto de griegos como de judíos se desarrollaron de manera paralela a partir de una matriz cultural egipcia.

Las diferencias entre los relatos del Libro I por una parte, y el Libro del Génesis y "Los

(19) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 65-73.

(20) HESÍODO, "Los trabajos y los días", vv. 105 y ss..

(21) Idem.

trabajos y los días”, por la otra, se vuelven significativas cuando se pasa a considerar las causas que provocan la culminación abrupta de esta primera época de la historia humana. En este sentido, la literatura vétero-testamentaria canónica no reconoce ningún fin catastrófico de la descendencia de Adán, por lo menos hasta el Diluvio Universal y la salvación de Noé y su familia. Y si bien es cierto que en la obra de Hesíodo se menciona la extinción de la Raza Áurea, los motivos que explican tal suceso son muy distintos de los que refiere la Sibila. Sobre los hombres de la raza más antigua, la profetisa sostiene lo siguiente:

“Más también ellos pecaron al caer en la insensatez, pues impudicamente se reían de sus padres y a sus madres ofendían, a sus parientes no reconocían y contra sus hermanos dirigían insidias. Eran malditos, que obtenían satisfacción con la sangre de los mortales y se dedicaban a las guerras.” (22)

La discordia se presenta, entonces, como el factor esencial que arruina la felicidad cuasi paradisíaca de la generación de Adán: la lucha del hombre contra el hombre constituye la verdadera causa de la decadencia e involución de la estirpe. Por ello, lo que provoca el fin de la época primigenia y la primera discontinuidad o fractura en el devenir, es la génesis del conflicto como fenómeno arquetípico, y a la vez como hecho histórico; este acontecimiento provoca como respuesta la intervención de una entidad metatemporal suprema que pone término a la existencia terrenal de los mortales. Sobre estos seres:

“... llegó, del cielo arrojado, el castigo final que arrancó de la vida a los malvados. Los acogió a su vez Ades; Ades puso nombre, ya que Adán fue el primero en llegar, cuando hubo probado la muerte y la tierra lo ocultó. Por eso todos los hombres nacidos sobre la tierra es conocido que van a la casa de Ades. Sin embargo, todos éstos, aunque a la morada de Ades marcharon, han alcanzado honra, pues fueron la primera raza.” (23)

Esta última cita comprueba una influencia relativa de la obra de Hesíodo en algunos puntos: en primer término, en la referencia al Hades, y no al Sheol, como el mundo subterráneo en el que descansan los muertos; en segundo lugar, en la consideración de la que gozan los adamitas, que es equiparable a la que disfrutaban los miembros de la estirpe áurea de “Los trabajos y los días”:

“Luego, cuando la tierra ocultó para siempre esta raza de hombres, convirtiéronse por voluntad del poderoso Zeus, en genios buenos del suelo y guardianes de los mortales, dispensadores de toda riqueza: es el real galardón que les fue otorgado.” (24)

Sin embargo, la extinción de la Raza Dorada y el fin que sufre la generación de Adán, difieren en un aspecto sustancial: la primera desaparece por completo, mientras que la segunda sobrevive a través de un grupo muy reducido de elegidos, que darán origen a una nueva época.

1.2. La raza de los “despiertos voraces”

La segunda estirpe que menciona el oráculo en nada se asemeja a la Raza de Plata del mito helénico; por el contrario, evidencia un lejano parentesco con la de los vigilantes o semidioses de la tradición egipcia, así como un vínculo mucho más estrecho con los ángeles o hijos de los Cielos del Henoc etiópico. Incluso, las características que Hesíodo le atribuye a los hijos de la

(22) “Oráculos Sibílinos”, Libro I, vv. 74-78.

(23) “Oráculos Sibílinos”, Libro I, vv. 79-86.

(24) HESÍODO, “Los trabajos y los días”, vv. 115-124.

generación de plata, resultan ser las opuestas a las que la Sibila le otorga a estos "despiertos voraces". Según el poeta griego, los dioses del Olimpo crearon una raza inferior, que no se parecía ni en estatura ni en espíritu a la de oro; sus niños eran criados durante cien años, sin que adquirieran durante ese lapso inteligencia alguna, y cuando traspasaban el umbral de la adolescencia, vivían poco tiempo, sufriendo grandes penalidades. (25) De acuerdo al oráculo, el Dios de los hebreos fue mucho más exitoso que Zeus, puesto que:

"[...] de entre los hombres más que habían quedado, creó otra raza vairiopinta, ocupados en gratas obras y bellos afanes, dotados de un altísimo respeto y de una densa sabiduría; ejercieron toda clase de oficios, pues hallaron soluciones para la falta de recursos." (26)

Estos hombres:

"[...] eran los despiertos voraces, que tenían esa denominación porque sus mentes gozaban de una inteligencia insomne y un cuerpo insaciable." (27)

La caracterización que hace la Sibila de los mortales de la segunda generación, los relaciona, por una parte, con los ángeles caídos, y por la otra, con las razas de gigantes que éstos engendraron: por su inteligencia insomne se asemejan a los hijos del Cielo, a pesar de que no son criaturas supraterrénas; por su cuerpo insaciable, resultan semejantes a los nefilim, pero carecen de su ferocidad. Curiosamente, a cada uno de ellos el oráculo le atribuye el origen de algún arte u oficio:

"Uno descubrió la forma de trabajar la tierra con los arados, otro la carpintería, otro se ocupó de la navegación, otro de la astronomía y la adivinación por auspicios, otro de las pócimas medicinales, otro a su vez de la magia." (28)

Este hecho es curioso porque el Henoc etíopico le otorgaba a los ángeles caídos la invención de los bienes de cultura, que luego, por su intermediación, les fueron transmitidos a los hombres:

"Azazel, el décimo de los jefes, fue el primero en enseñarles a fabricar espadas, escudos y toda clase de instrumentos bélicos; también los metales de la tierra y el oro —cómo trabajarlos y hacer con ellos adornos para las mujeres— y la plata. Les enseñó también a hacer brillantes (los ojos), a embellecerse, las piedras preciosas y los tintes. Los hombres hicieron tales cosas para sí y para sus hijas; pecaron e hicieron errar a los santos. [...] Luego, el gran jefe Semyaza les enseñó los encantamientos de la mente, y las raíces de las plantas de la tierra. Famarós les enseñó hechicerías, encantos, trucos y antídotos contra los encantos. El noveno les enseñó la observación de los astros. El cuarto la astrología; el octavo, la observación del aire; el tercero, les enseñó los signos de la tierra; el séptimo, los del sol; el vigésimo, los de la luna. Todos ellos comenzaron a descubrir los misterios a sus mujeres e hijos." (29)

A diferencia de Henoc, la Sibila reconoce que la creación de las artes y oficios es el producto de la acción humana y no un obsequio de seres sobrenaturales. Incluso, el autor del Libro I valora positivamente a estos "despiertos voraces" que alcanzaron tales conocimientos; las

(25) HESÍODO, "Los trabajos y los días", vv. 125-134.

(26) "Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 87-92.

(27) "Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 97-100.

(28) "Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 93-96.

(29) "Libro I de Henoc", 8. Gr 1/3.

invenciones de la segunda raza no son consideradas como fuente de perversión, sino de perfeccionamiento, puesto que constituyen una manifestación del potencial creador latente en el hombre. Por este motivo, la versión que ofrece las profecías de la Sibila, demuestra ser una rama independiente de la tradición hebrea heterodoxa, ya que contrasta de manera notoria con el Henoc etiópico. Este último libro muestra la génesis de las expresiones básicas de "cultura" como un acto antinatural, producto de la revelación que los ángeles caídos hacen a los hombres sobre los misterios del universo y sobre los principios que permiten someterlos a la voluntad humana; la razón de ello, es que ese saber revelado y "robado", más no adquirido, pervierte a los mortales, ya que los aparta de su estado de pureza e inocencia, y los inicia en un mundo artificial, es decir, en un mundo "cultural", que es una copia imperfecta y perecedera de la Naturaleza.

Ninguna de estas connotaciones se encuentran en el relato del Libro I; por el contrario, las referencias son siempre positivas. De todas maneras, la segunda raza no se libra de un final catastrófico: los despiertos voraces "[...] fueron a parar a la terrible morada del Tártaro, prisioneros de ataduras irrompibles, para pagar su pena, en la gehenna de violento y devastador fuego incansable." (30) El exterminio cruel de estos seres, recuerda el final de los hombres de la Raza de Plata, quienes:

"Negábanse, en efecto, a rendir culto a los Inmortales, y a sacrificar en los sagrados altares de los Bienaventurados, según les está prescrito a los hombres de morada fija. Indignado entonces Zeus, el Crónida, los absorbió por así oponerse a los designios de la divinidades olímpicas. Y cuando, a su vez, les cubrió también a ellos la tierra, convirtiéronse en los que los mortales llaman dioses de los infiernos, es decir, genios inferiores, a los que sin embargo, todavía acompaña algún honor." (31)

Cabe señalar que la semejanza que se plantea resulta, hasta cierto punto, superficial: el texto de la Sibila, haciendo gala una vez más de sincretismo, destina a los despiertos voraces al Tártaro y a la Gehena, es decir, al Infierno de griegos y judíos, respectivamente. Pero a diferencia de la suerte que corren los miembros de la Raza de Plata, los integrantes de la segunda generación no se convierten en "genios inferiores" sino que permanecen encarcelados, y presumiblemente sometidos al tormento del "fuego devastador". En este sentido, su destino es diferente al de la raza adámica: el Hades (o, para los hebreos, el Sheol) no constituye ni una cárcel ni una cámara de tortura; no se puede decir lo mismo de la Gehena (mencionada por primera vez en este oráculo), que introduce la instancia escatológica del juicio y del castigo metahistóricos.

La prisión de los "despiertos voraces" en el Tártaro, se asemeja bastante al destino de los ángeles caídos. Según el Libro de Henoc:

"... a Miguel dijo el Señor: 'Ve, informa a Semyaza y a los otros que están con él, los que se unieron a las mujeres para corromperse con ellas en todas sus torpezas. Y cuando todos sus hijos hayan sido aniquilados y hayan visto la perdición de sus predilectos, átalos por setenta generaciones bajo los callados de la tierra hasta el día de su juicio definitivo, hasta que se cumpla el juicio eterno.'" (31)

Lo mismo ocurre con la condena al fuego, a la tortura, y la anticipación de un Juicio Final

(30) "Oráculos Sibilinos". Libro I, vv. 101-103.

(31) HESÍODO, op. cit., vv. 135-143.

de aquellas razas impías que permanecen en reclusión, esperando la sentencia definitiva que tendrá lugar cuando la historia llegue a su término:

"A todos los barrió de su lugar, y no quedó uno de ellos a quien no condenara por su maldad. Hizo para toda su obra una nueva y justa creación, para que no prevaricaran nunca y fueran justos, cada uno en su especie, por siempre. El juicio de todos quedó establecido y escrito en las tablas celestiales, sin injusticia: a cuantos transgredieran la conducta que les había sido asignado seguir les quedó escrita la sentencia, a cada naturaleza y cada especie. Nada hay en los cielos y en la tierra, en la luz y en la tiniebla, en el seol, el abismo y lo oscuro, cuyo juicio no esté establecido, escrito y grabado." (32)

1.3. La raza de los hombres violentos

Tras el castigo divino a la generación de los "despiertos voraces" y el término abrupto de la segunda época, el devenir retoma su curso. A partir de este momento, la involución espiritual de la humanidad se acelera; la pendiente de su descenso a la más pura degradación, se hace cada vez más pronunciada, con el surgimiento de "[...] una tercera raza ... de hombres desmedidos y terribles, que entre ellos provocaron numerosas desgracias." Tal es el grado en que la discordia prevalece durante esta época, que la aniquilación de la tercera generación no sobreviene como consecuencia de una intervención de la Providencia, sino como resultado de la autodestrucción colectiva de estos seres que no respetan a los demás hombres (que fueron hechos a imagen y semejanza del Creador), y derraman la sangre de sus congéneres, en la que circula el soplo divino. Por ello:

"Las luchas, las matanzas y las batallas continuamente iban acabando con estos hombres de soberbio corazón." (34)

Esta estirpe perversa, signada por la violencia y el orgullo, recuerda a la Raza de Bronce de "Los trabajos y los días":

"Zeus entonces, padre de los dioses, creó una tercera raza de hombres percederos, raza de bronce, harto distinta de la raza de plata. Estos hombres, a la manera de los fresnos, violentos y robustos, no se preocupaban más que de las injurias y de los lamentables trabajos de Ares. No comían trigo, tenían el corazón como de rígido acero y causaban horror." (35)

En lo que a la extinción de la tercera generación se refiere, la semejanza entre el oráculo sibilino y el relato de Hesíodo no se puede calificar de superficial; en ambas obras, la continuidad histórica sufre nuevamente un corte abrupto, como resultado del aniquilamiento recíproco de los mortales. Según el poeta griego, estos últimos:

"[...] sucumbieron bajo sus propios brazos, descendiendo a la morada anchurosa y fría de Hades, sin dejar nombre alguno sobre la tierra. La negra noche los absorbió, sin que de nada sirviera su ferocidad, y es así como abandonaron la luz esplendorosa del sol." (36)

La estirpe de los "hombres violentos" no solamente presenta notables coincidencias con la Raza de Bronce, sino también con los Gigantes del Libro del Henoc etiópico. Si bien es cierto

(32) "Libro I de Henoc", 10, 11-12.

(33) "Libro de los Jubileos", 5, 11-14.

(34) "Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 104-108.

(35) HESÍODO. op. cit., vv. 144-147.

(36) HESÍODO. op. cit., vv. 152-154.

que la Sibila en ningún momento alude a los ángeles caídos y su descendencia, el fin que sufren los seres sanguinarios de estos tiempos se asemeja al de los nefilim:

"Y a Gabriel dijo el Señor: — Ve a ellos, a esos bastardos, réprobos y nacidos de la fornicación, y aniquila de entre los hombres a éstos y a los hijos de los vigilantes. Sácalos, azúzalos unos contra otros, que ellos mismos se destruyan luchando, pues no han de ser largos sus días. Y todos te rogarán por sus hijos, mas nada se concederá a sus padres, pues esperaron vivir casi eternamente; que habría de vivir cada uno de ellos quinientos años." (37)

La destrucción mutua se convierte en el factor común de los tres relatos: el de Hesíodo, el de la Sibila y el de Henoc; sin embargo, el último texto apócrifo que se acaba de citar, introduce un nuevo elemento que explica el final trágico: mientras que en los oráculos del Libro I y en "Los trabajos y los días", la masacre fue provocada por la degradación moral de la raza, en el Libro de Henoc, es la consecuencia de un influjo angélico, el cual responde a la voluntad divina de exterminar a los gigantes.

1.4. La raza criminal

El nuevo comienzo de la historia, tras la autodestrucción de la generación precedente, abre una cuarta fase en la constante degradación del ser humano, que a pesar de constituir la máxima creación divina, desata, por su misma naturaleza, incontenibles fuerzas destructivas, y agota las posibilidades de regeneración que le concede la Providencia.

En esta época:

"[...] llegó otra raza posterior, más joven, criminal, de corto entendimiento, de hombres de la cuarta generación, que hicieron verter mucha sangre sin temor de Dios ni respeto a los hombres, pues con vehemencia sobre ellos ha caído el rencor, que enloquece con su aguijón, y la impiedad dolorosa." (38)

La oportunidad de regeneración y de un nuevo comienzo, no fue aprovechada por la cuarta raza; de acuerdo a los versos del Libro I, su destino resultó ser una combinación de inmólación recíproca y castigo del Cielo:

"A unos las guerras, matanzas y batallas arrojaron al Erebo, por ser merecedores de lamento, hombres impíos. A otros después, en su cólera, Dios celestial los desplazó de su mundo y los arrojó al Tártaro, en el fondo de la tierra." (39)

Una vez más, la mención al Erebo y al Tártaro, pone en evidencia el carácter sincrético del oráculo; asimismo, la existencia de múltiples espacios escatológicos tomados de diversas tradiciones culturales, permite una compleja gama de matices en el tratamiento de las generaciones malditas; estas últimas, verdaderos fracasos del plan creador de la Providencia, son albergadas, encarceladas o atormentadas en recintos diferentes, de acuerdo a la forma de vida que llevaron cuando habitaban la Tierra.

1.5. La quinta raza

Las posibilidades de regeneración de la humanidad se agotan, y el proceso de degradación llega a su término:

(37) "Libro I de Henoc", 10. 9-10.

(38) "Oráculos Sibilinos", Libro I, 109-114.

(39) "Oráculos Sibilinos", Libro I, 115-118.

"... de nuevo una raza mucho peor hizo después, hombres para los que luego nada bueno Dios inmortal creó, pues cometían muchas maldades, ya que su soberbia era mucho mayor que la de aquellos retorcidos gigantes, dedicados a expandir despreciablemente injurias." (40)

La quinta estirpe constituye un nuevo fracaso que alienta la decisión divina de acabar definitivamente con el hombre. Dentro del ámbito cultural de la civilización helénica, dicha etapa se identifica con el nacimiento y el anuncio de la muerte de la Raza de Hierro:

"Plugo al cielo que no perteneciera yo a esa quinta raza, y que muriera antes o naciera después. Porque la raza de ahora es la de hierro. [...] Mas también llegará la hora en que Zeus destruya, a su vez, esta raza de hombres perecederos; será el momento en que nazcan con las sienes blancas. El padre, entonces, no se parecerá a los hijos, ni los hijos al padre; el huésped no será grato al huésped, ni el amigo al amigo, ni el hermano al hermano, como sucedía en los pasados tiempos. Cuando los padres envejeczan, no recibirán de los hijos mas que menosprecio, y los impíos sólo tendrán rudas palabras para quejarse de ellos, no demostrando temor ninguno al Cielo. Y acabarán por negar el alimento a los ancianos, de quienes ellos recibieron su alimento." (41)

En el ámbito cultural de la tradición hebrea, esta etapa se corresponde con los últimos tiempos, posiblemente, la décima generación, que es la que precede a la destrucción del mundo. Sin embargo, por alguna de sus características, también se puede relacionar con la quinta raza, la cual termina siendo aniquilada casi en su totalidad por las aguas caídas del cielo.

La destrucción de esta generación no significa la muerte definitiva de la humanidad: Dios decide salvar a Noé, un hombre que "... entre todos ellos fue justísimo y verdadero, ... lleno de fe y dedicado a las buenas obras." (42) En medio de la más absoluta degradación, solamente este hombre permaneció incorrupto; él será el que dé comienzo a un tiempo distinto.

Con su salvación y la de su familia, se introduce un nuevo concepto: el de **pueblo elegido**, es decir, el de una minoría integrada por hombres santos, que por su vida pura realizan el ideal creador divino, presente ya desde el nacimiento del primer hombre. Estos seres viven una existencia tan plena, que se asemeja, de alguna forma, a la que gozaron los primeros padres antes de ser expulsados del Edén.

La abrumadora mayoría de los mortales se encuentran muy lejos de esa condición, y más que la culminación de la historia, parecen ser su fracaso; por eso habrán de ser destruidos sin piedad, por las aguas del Diluvio. Sin embargo, el elegido y su familia sobrevivirán para reiniciar nuevamente la experiencia humana, tal como lo anuncia el canto que entona Noé contra los pecadores que se mofan de sus vaticinios:

"¡Ay de vosotros, cobardes, hombres de mal corazón e inestables, que abandonáis la vergüenza, ansiáis la desvergüenza, tiranos rapaces, pecadores violentos, embusteros, incrédulos, malhechores sin verdad, adúlteros, charlatanes que vertéis injurias y no teméis la furia del Dios excelso! Estáis condenados a pagar la pena en la quinta generación. No lloráis, ora el uno ora el otro, crueles, más reís: sardónica será vuestra risa, afirmo, cuando llegue el agua terrible y arrolladora de Dios. Cuando de Rea la vil raza florecida en la tierra divina, eterna, sobre raíces sin sed, desaparezca por completo en una sola noche, el Dios que agita el suelo y conmueve la tierra hará desaparecer las ciudades, junto con sus

(40) "Oráculos Sibílinos". Libro I. vv. 120-124.

(41) HESÍODO. "Los trabajos y los días". vv. 174/189.

(42) "Oráculos Sibílinos". Libro I. vv. 125-126.

habitantes, y las grutas y destruirá las murallas. Entonces el mundo entero, de innumerables hombres habitado, morirá. Mas yo, ¿cuántos sufrimientos soportaré? ¿Cuánto lloraré en mi casa de madera? ¿Cuántas lágrimas mezclaré con las olas?" (43)

La idea de la aniquilación de la humanidad por intervención divina (desarrollada tanto por el Génesis como por la literatura apócrifa), no nació con el pensamiento religioso judaico. Esa idea ya se encontraba presente en la epopeya babilónica de Izdubar, y de manera más concreta, en el mito de Atrahasis. De acuerdo con el relato de esta versión, después de que los dioses crearon a los seres humanos para que les relevaran de sus tareas, los mortales se multiplicaron con tal celeridad que en el espacio de mil doscientos años su clamor se había tornado insoportable. Enlil, dios del viento, convenció a las restantes divinidades para que enviaran pestes, las cuales diezmaron a la población sin esfuerzo. Sin embargo, el exterminio de los hombres no fue totalmente exitoso debido a la intervención del dios Ea. Furioso, Enlil decidió aniquilar por completo a la humanidad mediante un diluvio. Pero Ea participó una vez más, y alertó a uno de sus sirvientes humanos, un sabio llamado Atrahasis, quien construyó una enorme barca para albergar en ella a su familia y a toda clase de animales. De esto modo lograron sobrevivir durante los siete días y las siete noches que duró el diluvio. Finalmente, Enlil consistió en la supervivencia de los hombres con la condición de que se nantuviera restringido su número. (44)

Más allá de la influencia que ejerció este mito en el texto bíblico o en los libros apócrifos, el significado que adquiere dentro de la historiosofía apocalíptica es totalmente distinto del que tenía en sus orígenes. El motivo es el siguiente: según los hebreos, mediante un acto singular de omnipotencia, el Inmortal creó al Universo a partir de la nada, y también, mediante un acto semejante, puede devolverlo a esa misma nada de la cual surgió. Tal concepto es incompatible con los relatos cosmogónicos y teológicos de las culturas mesopotámicas, para quienes la idea de Creación carece de sentido, y, en consecuencia, la aniquilación no constituye su proceso inverso, sino hecho un menor en la vida de los dioses.

Existe una segunda divergencia entre ambos sistemas de pensamiento, que se refiere al sentido mismo del acto de destrucción: según el mito babilónico, el Diluvio resulta ser un recurso de Enlil para acabar con los hombres, meros sirvientes de los dioses, porque al multiplicarse se tornaron sumamente molestos. Para el pensamiento judaico, el Diluvio supone un acto de destrucción que reduce al ser humano (máxima creación del único Dios) a la Nada. Y lo que lo motiva, no es la proliferación de criaturas serviles, sino la corrupción del rey de todos los seres creados, hecho a imagen y semejanza de su Hacedor. Es más, la multiplicación de este ser, nunca puede ser una molestia, sino que constituye la expresión de la voluntad divina; a través de la reproducción del hombre, se expande hasta el infinito la imagen de Señor en el mundo creado. Y por este motivo, el relato sibilino de las primeras cinco generaciones se cierra, luego que finaliza el Diluvio, con el siguiente mandato del Inmortal:

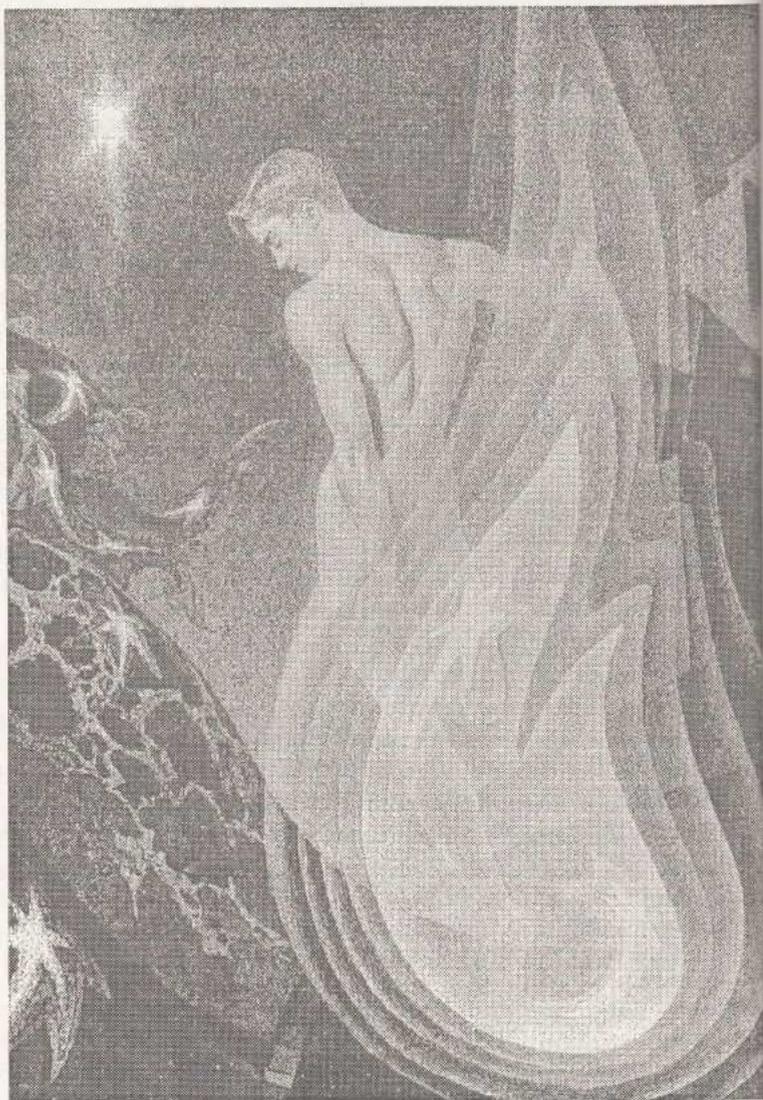
"¡Noé, precavido, fiel, justo! Sal sin temor con tus hijos, tu esposa y las de ellos y llenad la tierra entera. Creced, multiplicaros, comportaos con justicia, unos con otros, de generación en generación, hasta que el juicio llegue..." (45)

(43) "Oráculos Sibilinos". Libro I. vv. 174-191.

(44) COHN, Norman, op. cit., pp. 65-66.

(45) "Oráculos Sibilinos". Libro I. vv. 269-273.

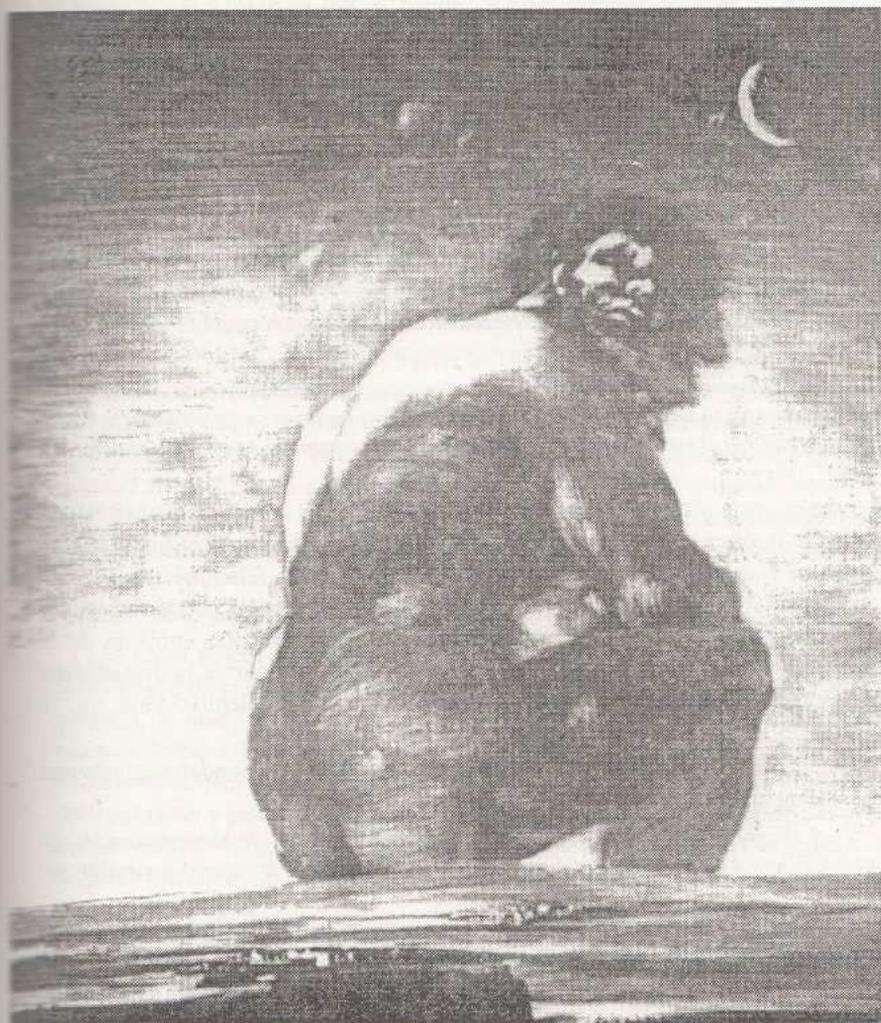
II. De la raza celestial



"Entonces otra vez surgió una nueva raza de seres vivos, la primera dorada, que era la sexta, la mejor desde que apareció el primer hombre creado; su nombre es Celestial, porque Dios le otorgará toda clase de cuidados"

"Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 283-286.

a la extinción de los Titanes



"De nuevo vendrá otra segunda raza fuerte de terrenales hombres, los Titanes. Igual tendrán la contextura, la figura, la talla y el natural de cada uno, y una será su voz, según había dispuesto antes Dios en su corazón desde la primera generación. Pero también éstos, con soberbio corazón, llegarán a la extrema decisión, apresurándose a su destrucción: combatir hostilmente contra el cielo estrellado."

"Oráculos Sibílicos", Libro I, vv. 307-314.

II.1. Un nuevo comienzo: el retorno a la edad de oro

Con el exterminio de la vieja humanidad mediante el Diluvio, culmina el ciclo del devenir regresivo: la degradación, que había alcanzado su máxima expresión con la quinta raza, finalizó abruptamente con la intervención suprahistórica del Inmortal, que puso fin a la existencia de todos los seres vivos. Sin embargo, la destrucción de una creación totalmente pervertida por la acción humana, constituye el origen de una nueva fase del tiempo universal: Noé y los restantes sobrevivientes del Arca, representan la esencia incorruptible del hombre verdadero, y constituyen la semilla de la regeneración del mundo:

"Entonces otra vez surgió una nueva raza de seres vivos, la primera dorada, que era la sexta, la mejor desde que apareció el primer hombre creado; su nombre es Celestial, porque Dios le otorgará toda clase de cuidados." (1)

Esta nueva estirpe es similar a la primera raza por su pureza espiritual y por la vida idílica de la que goza. El advenimiento de una edad feliz se manifiesta a través de toda una serie de bendiciones que acompaña al reino de justicia y concordia que se instaure sobre el planeta:

"[...] De nuevo la tierra se jactará al crecer en ella numerosos frutos de forma espontánea, rebosante de espigas para la raza humana. Los hombres vivirán, nutridos, sin envejecer, durante todos los días de su vida; lejos de las espantosas enfermedades devastadoras, morirán por el sueño dominados y emprenderán el camino al Aqueronte, a la morada de Ades." (2)

Todos estos fenómenos a los que alude el Oráculo (el fin del trabajo para obtener la subsistencia, el fin de la vejez y de la decrepitud, el fin de las enfermedades, y el fin de la vida terrenal mediante una muerte dulce), expresan un ideal de perfección y felicidad, que nace de la reintegración del mundo natural a su pureza prístina, libre de la decadencia y de la corrupción introducidas por el pecado; dichas referencias suponen una desvaloración implícita de la cultura y los bienes de civilización, que son considerados como síntomas de la degradación misma, ya que los creó el hombre para luchar contra la pérdida de su plenitud vital, tras la expulsión del Paraíso.

Según la Sibila, los descendientes de Noé corren la misma suerte que los adamitas; tras una muerte plácida, se dirigen al Hades:

"[...] allí encontrarán su premio, puesto que fueron una raza de bienaventurados, de hombres felices a quienes Sebaot concedió una mente noble y les ayudó a meditar sus decisiones." (3)

Esta cita parece indicar que la historia ha comenzado nuevamente, y que la humanidad tiene una segunda oportunidad de florecer: en todos y cada uno de los aspectos, la estirpe de Noé repite la vida afortunada de la primera raza. Sin embargo, la sexta generación en nada se asemeja a la de la Edad de Oro de Hesíodo, aunque tenga algunos elementos en común con ella; y esto se debe a que el concepto de Edad Oro carece de sentido fuera del esquema direccional-descendente del devenir de "Los trabajos y los días", según el cual la Edad de

(1) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 283-286.

(2) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 296-302.

(3) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 303-307.

Hierro habría de culminar con el futuro aniquilamiento de los hombres; por esta razón, la experiencia de los tiempos áureos es irrepitable: sólo existió una Edad de Oro, que se perdió para siempre con la muerte de la primera raza.

Sin embargo, el oráculo del Libro I, que al comienzo presenta un esquema direccional descendente, modifica la configuración del devenir a partir del Diluvio: luego de la aniquilación de la quinta generación, la historia retoma su curso con Noé, el hombre santo, y sus descendientes, que regeneran a la humanidad (concepto que no tiene cabida dentro del sistema de Hesíodo). Esta regeneración no consiste en un simple retorno al comienzo, y por lo tanto, no tiene relación alguna con los esquemas historiosóficos del devenir cíclico, desarrollados en el Mundo Indostánico:

"Para los budistas existen innumerables mundos paralelos que son eternos. Periódicamente se suceden creación y destrucción. Un período se divide en cuatro épocas imposibles de calcular temporalmente. En la última época comienza la decadencia, la vida del hombre se reduce progresivamente de muchos miles de años a diez años. El derecho y la moral degeneran cada vez más. La miseria y el hambre se extienden. Finalmente la mayoría de los seres humanos acaban exterminándose en una gran guerra. Después vuelve a mejorar todo poco a poco, y la próxima época finaliza bien desde el punto de vista moral." (4)

Por el contrario, para el oráculo, el nacimiento de la sexta generación no supone el "retorno al comienzo", que se produce cuando el tiempo cíclico se cierra, sino que implica el inicio del segundo período de un tiempo histórico direccional e irrepitable. En esta nueva época, la santidad de la Edad Áurea tiene su refugio en un pueblo virtuoso, nacido de los lejanos descendientes de Noé: los hebreos. Ellos mantendrán la pureza original durante las cuatro últimas generaciones, cuando la corrupción renazca y las estirpes comiencen a degenerar.

II.2. Un nuevo fracaso: el triunfo de la Edad de Hierro

Las ideas acerca de un renacimiento de la decadencia moral luego de la purificación del Diluvio, son un patrimonio común tanto del relato canónico del Génesis como de la literatura apócrifa. A modo de ejemplo, se puede mencionar la historia que recoge el Libro de los Jubileos. Según esta obra, la paz que disfrutaba la generación de Noé, se vio perturbada cuando los demonios decidieron seducir a los nietos del patriarca, de manera tal que muchos de ellos enloquecieron y perdieron el juicio. (5) Entonces, Dios ordenó, apresar a esos seres perversos que provocaban la locura y la muerte de los hombres; pero Mastema, el príncipe de los espíritus impuros (identificado posteriormente con Satanás), le solicitó lo siguiente:

"— Señor Creador, déjame algunos de ellos que me obedezcan y hagan cuanto les mande, pues si no me quedan algunos de ellos no podré ejercer la autoridad que quiera en los hijos de los hombres, pues dignos son de destrucción y ruina, a mi arbitrio, ya que es grande su maldad." (6)

Luego de escuchar la petición, el Inmortal resolvió que permanecieran con Mastema una décima parte de los demonios, y que las otras nueve descendieran al lugar del suplicio. Esta

(4) MEBREE, Ainslie T., WILHELM, Friedrich. "India" en: "Historia Universal Siglo XXI". Madrid, Siglo XXI Editores, 1974, Vol. 12, p. 108.

(5) "Libro de los Jubileos". 10. 1-2.

(6) "Libro de los Jubileos". 10. 7-8.

décima parte es la que sirve a Satanás en la tierra. (7) A partir de entonces, los hijos de Noé comenzaron a combatirse y matarse entre ellos, derramando y bebiendo la sangre de sus hermanos; y al igual que antes del Diluvio, se construyeron ciudades fortificadas y torres, y se colocó a un hombre al frente de la nación:

"Instituyeron así la primera monarquía y promovieron la guerra de una nación contra otra, de pueblos contra pueblos y de ciudad contra ciudad. Todos hacían el mal, poseían armas y enseñaban a sus hijos la guerra, comenzaron a someter ciudades y comerciar con esclavos." (8)

Pero la causa de este nuevo proceso de decadencia, obedece a un factor suprahistórico:

"El príncipe Mastema se esforzaba en hacer todo esto y enviaba a los otros espíritus que habían sido puesto bajo su mano para cometer toda clase de extravío, pecado e iniquidad: destruir, arruinar y derramar sangre sobre la tierra." (9)

Muy diferente es la versión que proporciona el Libro I de los Oráculos Sibilinos, que aunque pertenece a la literatura apócrifa, no atribuye el origen de la degradación de esta humanidad que ha renacido, a la acción de entidades invisibles que combaten en luchas escatológicas; por el contrario, sugiere que la causa de esa decadencia radica simplemente en la voluntad de los hombres:

"... de nuevo vendrá ... otra segunda raza fuerte de terrenales hombres, los Titanes. Igual tendrán la contextura, la figura, la talla y el natural de cada uno, y una será su voz, según había dispuesto antes Dios en su corazón desde la primera generación. Pero también éstos, con soberbio corazón, llegarán a la extrema decisión, apresurándose a su destrucción: combatir hostilmente contra el cielo estrellado." (10)

El oráculo no identifica de manera directa a la nueva estirpe corrupta con los descendientes de Noé, sino que, bajo la influencia de la "Teogonía", asimila a estos hombres con los Titanes, efectuando una síntesis entre el mito de Hesíodo sobre el origen de los dioses, y el relato del Génesis sobre la Torre de Babel. De acuerdo a la versión que proporciona el Libro I, los Titanes no son seres divinos, hijos de Urano (el Cielo), sino hombres soberbios, que por su talla y comportamiento, resultan similares a los Gigantes del Libro de Henoc o del mito griego. Según este último, la Madre Tierra había dado a luz a veinticuatro gigantes, que se rebelaron contra Zeus y los demás dioses olímpicos. Construyeron una colosal pirámide de rocas, amontonando el monte Pelión sobre la cima del monte Osa, con el fin de llegar a los cielos. Entonces, los dioses se vieron en peligro de muerte, hasta el momento en que Heracles acudió en su ayuda. Los gigantes regresaron al nivel del suelo y los olímpicos los atacaron con terribles proyectiles, sembrando la destrucción en Grecia y en Italia.

Al igual que los Gigantes del mito griego, los hijos de esta segunda raza de los nuevos tiempos, construyen una Torre para alcanzar el Cielo; y al igual que el Lucifer de los judíos, creen ser más que Dios. Pero la respuesta divina no será la aniquilación de los rebeldes, ya que nunca más sobrevendrá un Diluvio como el que hizo desaparecer a la antigua humanidad:

"Entonces se producirá entre ellos [los Titanes] el desbordamiento de las aguas enloqueci-

(7) "Libro de los Jubileos". 10. 9-11.

(8) "Libro de los Jubileos". 11. 2.

(9) "Libro de los Jubileos". 11. 5.

(10) "Oráculos Sibilinos". Libro I. vv. 307-314.

das del gran océano. Pero el gran Sebaot, encolerizado, lo impedirá y las contendrá, porque prometió que no volvería a provocar una inundación sobre los hombres de mal corazón." (11)

Según el Libro III (que con respecto a este particular es bastante más explícito), en vez de destruir a los constructores Babel:

"[...] el Inmortal les envió gran calamidad con sus soplos y a su vez luego los vientos derribaron la gran torre y entre sí los mortales levantaron mutua disputa [...]" (12)

El oráculo reconoce, en este hecho, el origen de la división de la humanidad en diferentes naciones, tal como lo hace el Génesis:

"[...] la torre cayó y las lenguas de los hombres con toda clase de sonidos se distorsionaron y a su vez toda la tierra se pobló de mortales que se repartían los reinos, entonces es cuando existió la décima generación de seres humanos, desde que el diluvio cayó sobre los primeros hombres." (13)

Sin embargo, las diferencias entre las visiones de la Sibila y la versión vétero-testamentaria no son despreciables; a modo de ejemplo, el Libro I establece el desarrollo de los reinos más antiguos a partir de la Raza Dorada que emerge luego del Diluvio; estos reinos prosperan en la época de armonía y concordia que precede a los Titanes y a la división del género humano en naciones:

"Mi profecía será ajustada: habrá una flor multicolor en la higuera; se interpondrá Crono y se hará con el poder real y el cetro que lo acompaña, pero luego tres reyes valerosos, los hombres más justos, se repartirán sus lotes por sorteo." (14)

La flor multicolor en la higuera, representa a los tres monarcas valerosos que algunos autores suelen identificar con los hijos de Noé; su poderío simboliza, sin lugar a dudas, la majestad del reino de justicia de los hombres puros, que se disolverá con la Raza de los Titanes. A partir de estos últimos, y hasta el final de los tiempos, la monarquía será una institución oprobiosa, nacida por la violencia y alimentada por la codicia, para la explotación de los débiles; así se mantendrá hasta que perezca el último de los Imperios y advenga el reinado del Mesías. Por este motivo, el relato de la génesis del poder real, constituye uno de los temas más desarrollados por el Libro III, que se nutre de los mitos de la "Teogonía" y los adapta al contexto religioso hebreo:

"[...] se hicieron con el poder Crono, Titán y Jápeto, hijos excelentes de tierra y cielo (a los que los hombres habían llamado tierra y cielo, al ponerles nombre, porque ellos fueron los más destacados de los seres humanos). A suertes habían echado para cada uno la tercera parte de la tierra, y cada uno estuvo reinando en su porción y no combatían entre sí, pues juramento habían dado a su padre y el reparto era justo. Entonces llegó el tiempo del final de la vejez y, naturalmente, murió; y los hijos, cometiendo terrible transgresión de sus juramentos, se lanzaron a mutua discordia, por ver quién habría de mandar sobre todos los mortales con real honra [...]" (15)

La síntesis alcanzada en el fragmento anterior es notable: transforma a los dioses del poema

(11) "Oráculos Sibilinos", Libro I, vv. 315-318.

(12) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 99-103.

(13) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 105-109.

(14) "Oráculos Sibilinos", Libro I, 291-294.

(15) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 110-120.

de Hesíodo en los reyes de la sexta generación de la historia hebrea; y hasta tal punto absorbe el oráculo el mito teogónico griego, que los vocablos Tierra y Cielo no aluden ya a la pareja divina primordial, sino que resultan ser títulos honoríficos otorgados a seres mortales. Según esta curiosa versión, los hijos de dicha pareja combatieron entre sí; pero Rea, Gea, Afrodita, Deméter, Hestia, y Dione lograron la paz entre ellos, tras reunir a todos los reyes y hermanos, los cuales:

"... decidieron que, como rey, Crono sobre todos reinara, ya que era el mayor y el más agraciado en su apariencia. A su vez Titán impuso a Crono grandes juramentos: que no habría de criar descendencia alguna de hijos varones, para así reinar él cuando la vejez y la Moira a Crono alcanzara." (16)

Estos tres príncipes del relato, presentan características antitéticas respecto a los tres reyes justos de la Raza Celestial; en este sentido, mediante la adaptación del viejo mito de Hesíodo, el Libro III ilustra adecuadamente la perversión que desata la ambición por el poder, y la degradación que experimenta la institución monárquica. Según la Sibila:

"Cada vez que Rea paría, junto a ella se sentaban los Titanes y despedaban a todos los hijos varones, mientras permitían que las hembras se criaran vivas con su madre." (17)

El relato original de la Teogonía, modificado ingeniosamente en el texto que se acaba de citar, es significativamente distinto:

"Rea sufrió el yugo amoroso de Cronos, y le dio hijos ilustres: Hestia, Deméter, Hera, la de las áureas sandalias... El vigoroso Hades, que ahora mora en subterráneo palacio y es duro de corazón; Poseidón el estruendoso que agita la tierra, y el pródigo Zeus, padre de los dioses y los hombres, cuyo trueno hace retremblar los espacios. Pero el gran Cronos fue devorándolos a todos, a medida que descendían a sus rodillas desde el vientre sagrado de la madre, con el propósito de que ninguno de los descendientes del Cielo obtuviese la dignidad real entre los inmortales." (18)

Sin embargo, ambos mitos hacen alusión a un hecho fundamental: la primacía del deseo de poder sobre los lazos de la sangre, al punto de llegar a cometer actos abominables. En este contexto, la degradación que sigue al fin de la segunda época de felicidad, es un nuevo efecto de la discordia, que se hallaba en estado latente desde la regeneración de la humana; ahora, la vieja causa de todos los males, reitera el arquetípico primer crimen, por el cual el hombre derrama la sangre de sus semejantes, sangre en la que habita el Ruah, el sopro divino. Según el Libro III, el acto impío de los Titanes dio origen a la primera guerra entre los hombres, con la que se cierra definitivamente el ciclo provisorio de paz y armonía inaugurado por los hijos de Noé. Cuando Rea, la soberana, parió por tercera vez, de su vientre salió primero Hera; al ver los Titanes que era una niña se marcharon. Pero, a continuación:

"[...] [Rea] parió un hijo varón, al que en seguida, ocultamente y por su cuenta, a Frigia envió para ser criado, tras escoger bajo juramento a tres varones cretenses; por eso Dia (Zeus) pusoéle por nombre, porque por mediación de otros fue enviado. Y del mismo modo envió a Posidón ocultamente. En tercer lugar, a Plutón parió Rea, divina entre las mujeres [...]" (19)

(16) "Oráculos Sibílinos". Libro. III. vv. 127-131.

(17) "Oráculos Sibílinos". Libro III. vv. 132-134.

(18) HESÍODO. "Teogonía". vv. 454-464.

(19) "Oráculos Sibílinos". Libro III. vv. 135-143.

Las diferencias entre este relato y el mito original son notorias:

"Más llegó el día en que Rea iba a alumbrar a Zeus, padre de los dioses y de los hombres, y suplicó a sus progenitores, la Tierra y el Cielo Estrellado, que la ayudaran, para poder parir a su hijo ocultamente, y castigar las furias de su padre, vengando a todos los infantes devorados por el proterbo Cronos. [...] En la noche rápida y oscura, Rea llegó primero a Lictos, llevando a su hijo y ocultándolo así con sus propias manos en las entrañas de la divina tierra; en una gruta del monte Egeo, recubierto del bosque frondoso. Después envolvió en pañales una piedra enorme, y se la dio al poderoso señor Uránida, hijo del cielo y primer rey de los dioses. Este la cogió en sus manos y se la tragó, alojándola el desgraciado en su vientre, sin pensar que gracias a aquella piedra, conservaba la vida su último hijo, ya segura e invencible, que acabaría sometiéndole con la fuerza de su brazo, triunfando de él, expulsándole de su trono y reinando, a su vez, sobre los inmortales" (20)

La diferencia sustancial que ofrece la versión del oráculo, radica en el propósito que persigue su historia. Según la Sibila, el fin de los tiempos de plenitud que siguieron al Diluvio, constituye el fruto del renacimiento del pecado, cuya máxima expresión es el asesinato. El primer crimen de los viejos tiempos fue el fratricidio, y el primer crimen de los nuevos, es su versión magnificada: la guerra. Con ella, nace una etapa decisiva, ya que a partir de este momento (y por libre decisión humana y no como consecuencia del influjo de seres demoníacos, como sostiene el Libro de los Jubileos), la historia tendrá vencidos y vencedores:

"Mas cuando se enteraron los Titanes de la existencia oculta de estos hijos, siembra de Crono y Rea, su esposa, a sus sesenta hijos reunió Titán, hizo prisioneros a Crono y Rea, su esposa, ocultóles dentro de la tierra y en un recinto manteníalos custodiados. Y entonces fue cuando los hijos del poderoso Crono le escucharon y por él promovieron gran guerra y refriega; éste fue el comienzo de la guerra para todos los mortales, pues ése fue el primer inicio de guerra para los mortales." (21)

Si bien es cierto que, a partir de este momento, la historia tiene vencidos y vencedores, también es cierto que tiene justicia: la de Dios, que tarda pero llega: "Y entonces a los Titanes concedió Dios un mal don: toda la descendencia de los Titanes y de Crono se extinguió." (22)

Este acto de justicia contra la impiedad de los hombres, preanuncia el juicio supremo al que comparecerán, cuando la historia llegue a su término, los que creyeron haber sido sus vencedores:

"Hombres, ¿por qué en vano, como si fuerais inmortales, a pesar de la brevedad de vuestro poderío, tenéis sentimientos en exceso altivos y todos queréis reinar sobre los mortales, sin comprender que Dios mismo aborrece el afán de dominio y sobre todo a los reyes insaciables, terribles, impíos y levanta sobre ellos la oscuridad, porque en vez de las buenas obras y los justos pensamientos prefirieron todos los mantos de púrpuro tejido y no ansían más que las guerras, lamentos y matanzas? Breve destino les dará el Dios inmortal que en el éter habita: los aniquilará y en distintos lugares a cada uno matará." (23)

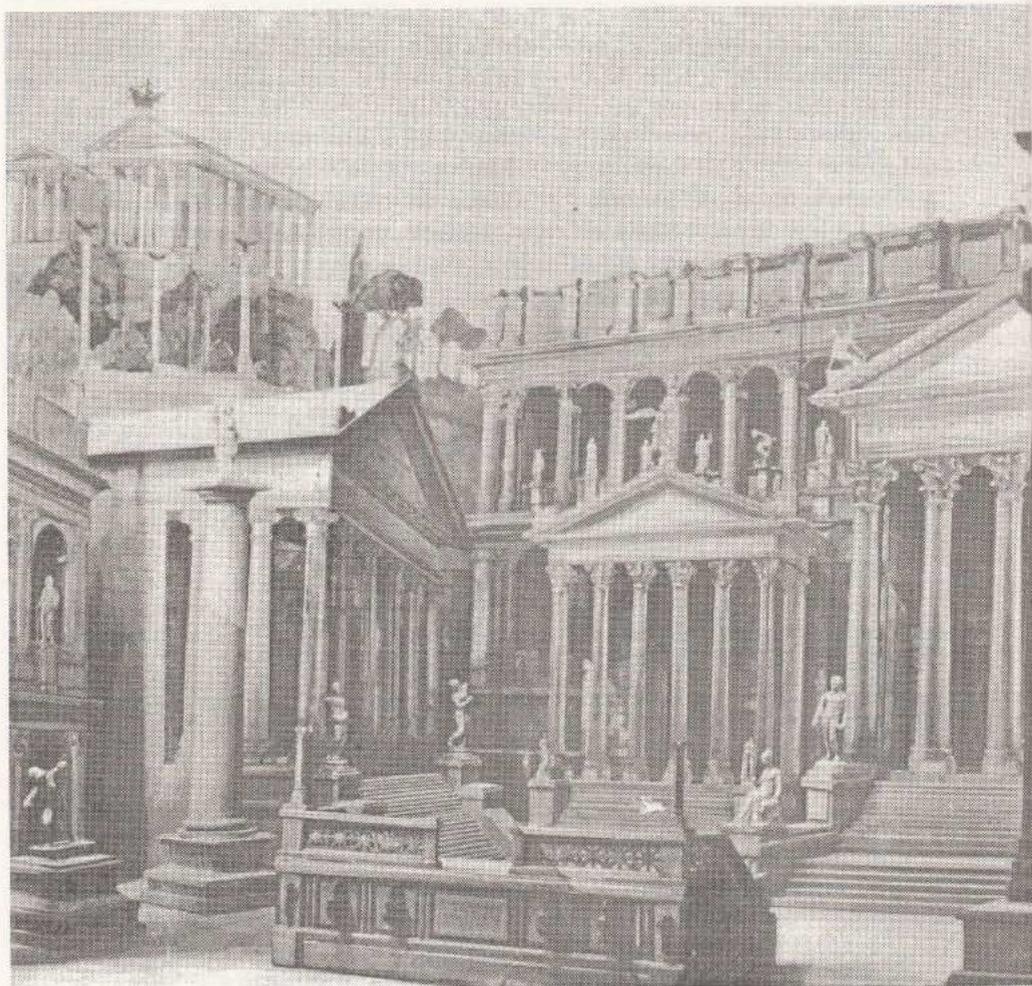
(20) HESÍODO, op. cit., vv. 470/489)

(21) "Oráculos Sibílinos", Libro III., vv. 147-155.

(22) "Oráculos Sibílinos", Libro. III., vv. 156-158.

(23) "Oráculos Sibílinos", Libro XIV, vv. 1-11.

III. Los imperios de la Tierra



"Desde que la torre cayó y las lenguas de los hombres mortales se dividieron en muchos dialectos, primero dominó la dinastía de Egipto, la de los persas, medos, etíopes y la de Babilonia, Asiria, luego la de la Macedonia, con humos de desmedido orgullo; en quinto lugar, la ilustre dinastía de los italos, inicua, mostrará por última vez males numerosos a todos los mortales y agotará los sufrimientos de los hombres de toda la tierra."

"Oráculos Sibílinos", Libro VIII., vv. 4-14.

y la justicia del Cielo



"¡Ay de ti, ciudad de todo impura de la región del Lacio! Ménade que con víboras te gozas, así te asentarás viuda a la orilla donde el río Tíber te llorará como a su esposa, tú que tienes el corazón de sangre criminal manchado y el ánimo impío, ¿no te has dado cuenta de qué poder tiene Dios y qué te depara? Dios, que existe siempre, te destruirá a ti y a todos los tuyos y ya no quedará ningún rastro tuyo en aquella tierra, como cuando antaño el gran Dios te procuró sus honras. Quédate, ilícita, sola y unida al fuego ardiente, ve a habitar al predio tartáreo de Hades, donde la ley no rige"

"Oráculos Sibílinos", Libro V, 168-178.

- III -

La extinción de los Titanes abre un nuevo período en la historia de los hombres, que abarca las cuatro últimas generaciones y culmina con la destrucción del mundo. En este tiempo turbulento, se acentúa la polaridad que ya había comenzado a manifestarse desde la sexta raza. Por una parte, los hebreos, antiguos descendientes de la stirpe beatífica de Noé y Abraham, viven en armonía natural con la ley divina y mantienen intacto el espíritu de la Edad de Oro:

"La santa raza de los hombres piadosos seguirá existiendo, postrados ante la voluntad y el pensamiento del Altísimo; ellos colmarán de honores al templo del gran Dios [...]" (1)

Pero, por otra, la inmensa mayoría de los pueblos se ven seducidos por los frutos antinaturales del arte y por la corrupción que engendra el poder mundano: "Mas existirá una raza de hombres impíos, hasta el momento en que el día predestinado inicie ese final [...]" (2) Estos últimos habrán de librar incesantes guerras de conquista, que alimentarán la vida cíclica de los Imperios; siguiendo un círculo fatídico, alguna nación emergente devorará al Imperio de turno, multiplicará los sufrimientos de los mortales, y perecerá, de manera inexorable a manos de una nueva potencia; y el ciclo se habrá de reiterar una y otra vez, hasta que todos los horrores de la Edad de Hierro alcancen su plenitud.

Mientras tanto, el reducido grupo de hombres puros que viven al margen de los cambios y que integran el pueblo de Israel, pierden paulatinamente ese estado de gracia en el que se hallaban sumidos, y caen en la tentación: la mayor parte de sus miembros olvidan su antigua Alianza con el Inmortal y se apartan de la ley divina. Como castigo por estos actos, el Omnipotente permite que sean sometidos por los diferentes reinos que corrompen el mundo; sin embargo, tal como se mencionó en la introducción, este castigo no tiene como propósito la destrucción del pueblo elegido, sino su regeneración mediante el sufrimiento:

"[...] el mal les llegará y no escapan de las epidemias. También tú dejarás el bellissimo recinto sagrado y sin duda irás al desierto, pues tu destino es abandonar tierra santa. Serás llevado al país de los asirios, y verás a niños inocentes esclavos de los enemigos, y también a las mujeres; y todos tus medios de vida y tus riquezas serán destruidos; toda la tierra de ti estará llena y todo el mar, pero todo el mundo dirigirá su odio contra tus costumbres. Todo tu país vació de ti estará, y el altar fortificado, el templo del gran Dios y los muros grandes, todo por tierra caerá, porque no creíste con toda tu voluntad en la santa ley del Dios inmortal, sino que caíste en el error y adoraste a ídolos indignos [...]" (3)

Cuando la regeneración se complete, la nación hebrea recuperará su lugar entre los restantes pueblos, derrotará al último de todos los Imperio que han mancillado la Tierra, y fundará un Reino imperecedero. Mientras tanto, los judíos deberán sufrir la suerte de los vencidos, y soportar la tiranía sucesiva de diversos reinos, cada uno más poderoso y perverso que la anterior.

Este esquema filosófico-histórico se encuentra presente en varias obras del Antiguo Testamento, pero la primera referencia canónica a una sucesión de cuatro monarquías (desde la Cautividad hasta el Reino Mesíasico), aparece por primera vez en el Libro de Daniel. Este

(1) "Oráculos Sibilinos". Libro III, vv. 573-575.

(2) "Oráculos Sibilinos". Libro III, vv. 568-569.

(3) "Oráculos Sibilinos". Libro III, vv. 265-277.

profeta interpreta el sueño que tuvo Nabucodonosor II, el monarca fundador del Segundo Imperio Babilónico. De acuerdo con el texto bíblico, el rey contempló en su sueño una estatua cuya cabeza era de oro puro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y la espalda de bronce, las piernas de hierro, y los pies, parte de hierro y parte de arcilla. De pronto una piedra se desprendió de un monte, alcanzó a la estatua en los pies de hierro y de arcilla y los pulverizó; la estatura entera se hizo pedazos, pero la piedra que la había herido se convirtió en un gran monte, que llenó la tierra entera. (4)

La mención a los cuatro metales que componen la estatura, recuerda, de alguna manera, a cuatro de las cinco razas del poema de Hesíodo; a pesar de ello, la interpretación tradicional que se hace de este sueño, difiere bastante del viejo mito de "Los trabajos y los días". Es así que la calidad decreciente de los materiales que componen la estatua, representa la degradación progresiva del poder temporal, que termina siendo destruido y pulverizado por una piedra, símbolo de la soberanía divina; esta piedra se convierte en un monte que abarca toda la Tierra, es decir, el reino de Dios entre los hombres.

La segunda referencia también se encuentra en el Libro mencionado, y constituye una de las profecías más conocidas, ya inicia la tradición del apocalipsis de simbolismo animal:

"Veía yo en visiones durante la noche que los cuatro vientos del cielo agitaban el mar Grande. Y que cuatro bestias enormes, diversas las unas de las otras, salían del mar. La primera era como un león, con alas de águila. Yo estaba mirando y vi que le arrancaron las alas, la levantaron de la tierra y la incorporaron como un hombre y le dieron un corazón humano. Después de esta apareció otra bestia, la segunda, semejante a un oso; iba levantada de un lado y tenía tres costillas en las fauces entre sus dientes; y se le decía: ¡Ea, devora mucha carne! Después —yo seguía contemplando— vi otra bestia, como un leopardo con cuatro alas de ave en su dorso; tenía también cuatro cabezas y le fue dado el poder. A continuación y siempre en mi visión nocturna, vi una cuarta terrible bestia, espantosa extraordinariamente fuerte. Tenía enormes dientes de hierro, comía y trituraba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas; era diferente de todas las bestias que la habían precedido y tenía diez cuernos. Yo miraba los cuernos y observé que en medio de ellos despuntaba otro cuerno y que tres de los diez precedentes le eran arrancados para dar cabida aquél." (5)

De acuerdo con las interpretaciones más clásicas, el león de la visión representa al Imperio Neobabilónico (tal como lo hacía la cabeza de oro en el sueño de la estatua); el oso (que se corresponde con los brazos de plata), simboliza al Imperio Medo-Persa, el leopardo, al Imperio de Alejandro (vientre y espalda de bronce de la estatua), y la cuarta bestia a los Reinos de los Diádocos. El undécimo cuerno no es otro que el monarca Antíoco IV, que como se verá más adelante, constituye el arquetipo de la encarnación del mal.

Esta profecía de Daniel contiene en sí el esquema de la historia universal que se convertirá en uno de los pilares fundamentales de las teorías historiosóficas de los sibilistas; sin embargo, las variaciones que el esquema básico experimenta, resultan bastante curiosas. Por este motivo, conviene efectuar un análisis detallado del contenido de los oráculos, en función de cinco aspectos: (i) la fuerza primaria que genera los cambios y la sucesión de las edades; (ii) las tendencias constantes que orientan esos cambios en una única dirección; (iii) las tendencias

(4) "Daniel". 2, 31-36.

(5) "Daniel". 7, 2-8.

cíclicas que se pueden identificar aún dentro de un devenir histórico claramente direccional; (iv) el despliegue progresivo de las edades del tiempo universal, como fruto de la acción de las tendencias lineales y las cíclicas; (v) la última edad y la consumación del tiempo.

III.1.El motor de la historia

De acuerdo con el oráculo del Libro VIII, el renacimiento de las tribulaciones que se produce luego de la purificación del Diluvio, responde a la tendencia innata y maléfica de los hombres de las últimas generaciones, de hacer prevalecer sus apetitos mundanos por encima del afecto que le inspiran sus semejantes. En este sentido la época que se abre con la extinción de los Titanes, está signada, por la misma corrupción que esos seres soberbios hicieron florecer; el afán de riqueza y poder destruye aquellos vínculos trascendentes de armonía y concordia que los antiguos hombres establecieron entre sí, con las demás criaturas del planeta, y con su Creador:

"El comienzo de todos los males es la codicia y la insensatez; pues sobrevendrá el deseo del oro engañoso y de la plata, porque los mortales no tuvieron nada en mayor estima que estas cosas, ni la luz del sol, ni el cielo, ni el mar, ni la tierra de ancha espalda, de la que todo brota, ni a Dios, que todo lo concede, creador de todas las cosas, ni tampoco tuvieron en mayor estima su fe y piedad." (6)

Nuevamente, todo el rigor de la Edad de Hierro de Hesíodo, se hace sentir entre los mortales: el amor desmedido que los éstos sienten por sí mismos, disuelven todos los lazos espirituales que contribuyeron a la felicidad de la Raza Áurea, y entroniza a la codicia, "... fuente de impiedad y precursora de desorden, urdidora de guerras, aflicción, enemiga de la paz, que hace que los padres odien a sus hijos y los hijos a sus padres." (7) Una codicia irrefrenable se convierte, entonces, en el motor de la historia; ella motiva las guerras de conquistas que hacen nacer a los Imperios, y da aliento para que estos se extiendan, se despedacen unos a otros, y envuelvan en sus luchas a todas las naciones del mundo.

Pero la degradación absoluta habrá de llegar en los últimos siglos de la décima generación, cuando la mayor parte de los pueblos sean esclavizados por la última potencia que obtenga la soberanía terrena. Roma será, entonces, la cuarta monarquía, la más perversa y diabólica de las que han reinado sobre los hombres. En esos días:

"La tierra tendrá sus límites y todo mar sus vigías, repartida con engaño entre todos los que poseen oro. En su afán de poseer eternamente la tierra que a muchos nutre, los poderosos aniquilarán a los pobres para, una vez conseguidas más tierras, someterlos a la esclavitud de su vanidad. Y si la tierra ingente no poseyera durante mucho tiempo la dignidad recibida del cielo estrellado, no sería luz igual para todos los hombres, sino que comprada con oro, estaría a disposición de los ricos y Dios prepararía para los pobres otra vida." (8)

III.2.Las constantes direccionales del sistema

De acuerdo a las tendencias vistas hasta el momento, se puede afirmar, a modo de síntesis, que el sistema historiosófico de los oráculos postula una marcha direccional-descente en lo que respecta al devenir de mayoría de las naciones; al mismo tiempo, demuestra cómo se

(6) "Oráculos Sibílicos". Libro VIII. vv. 17-23.

(7) "Oráculos Sibílicos". Libro VIII. vv. 24-26

(8) "Oráculos Sibílicos". Libro VIII. vv. 28-36.

conserva en toda su plenitud la pureza de la generación dorada, a través de los hombres santos del pueblo de Israel. Pero cuando la corrupción alcanza finalmente a los judíos, el devenir humano se bifurca: por una parte, la historia de las naciones paganas prosigue su descenso, que se escalona en cuatro etapas (cada una de ellas inaugurada por una monarquía distinta); por otra parte, la historia de los hebreos inicia una trayectoria ascendente: habiendo sido derrotados y sometidos, mediante el sufrimiento de la conquista y la explotación, los Hijos de Israel experimentan, de manera progresiva, una regeneración espiritual. Ambos caminos del tiempo terminan uniéndose, cuando la Providencia instaura el reino mesiánico, y los hombres vuelven a disfrutar de las dichas del Paraíso, esta vez para siempre. De todas maneras, estos dos caminos se deben analizar por separado.

III.2.1. La corrupción progresiva de los gentiles

Tal como surge de los textos citados anteriormente, el signo de las últimas generaciones es la guerra, que en algunos casos se convierte en la madre de la monarquía, y en otros en su hija. Más allá de las variaciones que se constatan en los diferentes relatos, un hecho es cierto: las profecías vaticinan el mismo fin para las naciones que siguen esta tendencia nefasta que nació con los Titanes:

"Primero Dios enviará su castigo a los Titanes, pues pagarán su pena a los hijos del fuerte Crono, porque en prisión encerraron a Crono y a la ilustre madre de aquéllos. En segundo lugar, a los griegos dominarán las tiranías y los insolentes reyes, orgullosos e impíos, adúlteros y en todo perversos, y los mortales ya no tendrán descanso en la guerra. Los terribles frigios perecerán todos y a Troya el mal alcanzará en ese día. Luego a los persas y asirios el mal llegará y a todo Egipto, a Libia y también sobre los etiopes, carios y pánfilos el mal vendrá con rumbo cambiante y sobre todos los mortales." (9)

Este y otros versos del oráculo, ponen en evidencia que el incremento de la degradación se reconoce a través de diferentes fenómenos; el primero de ellos, es el de la generalización de la violencia colectiva con el transcurrir de las épocas: cada nuevo Imperio que emerge devora al anterior y conquista a nuevas naciones, llevando la destrucción a regiones que antes se hallaban a salvo de la ambición y la codiciosa de los poderosos. Según la Sibila, la tendencia a la universalización de los conflictos, habrá de culminar con el advenimiento de un Imperio que conquiste la Tierra, someta a todas las formas previas de dominación y subyugue a los pueblos que habitan el mundo conocido:

"Primero los asirios dominará a todos los mortales y tendrán al mundo bajo su poder durante seis generaciones en un principio, contando desde el momento en que, movido por la cólera de Dios celestial, el mar ocultó la tierra con sus ciudades y todos los hombres, al irrumpir desbordado. Los medos los vencerán y se envanecerán de sus tronos; sólo conocerán dos generaciones [...] Mas cuando el gran Eufrates esté rebosante de sangre, entonces se levantarán entre medos y persas terrible hostilidad en una guerra; caídos los medos bajo las lanzas de los persas, emprenderán la huida sobre las caudalosas aguas del Tigris. El poder de los persas será el mayor del mundo entero, pero sólo una generación conocerá el dominio próspero." (10)

(9) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 199-210.

(10) "Oráculos Sibilinos", Libro IV, vv. 49/66.

El segundo fenómeno no se relaciona directamente con la expansión horizontal de la violencia, sino con la intensidad con que esa violencia se manifiesta: de acuerdo con las profecías, los sistemas opresivos modifican su naturaleza a través de la sucesión de monarcas y estirpes, de manera tal que al término del proceso, la tiranía desplaza a cualquier intento de gobierno basado en la concordia, y se muestra en toda su maligna pureza:

"Mas cuando la raza de los mortales llegue a la décima generación, entonces sobre los persas caerán los yugos de la esclavitud y el miedo; luego los macedonios se jactarán de sus cetros; a Tebas alcanzará a continuación la funesta conquista, los carios habitarán Tiro y los tirios perecerán. La arena ocultará a Samos entera bajo las orillas. Delos ya no será visible e invisible será todo lo de Delos. Y Babilonia grande en apariencia, pero pequeña en el combate, quedará en pie, fortificada sobre inútiles esperanzas. Los macedonios ocupará Bactra, pero ellos, empujados por los de Bactra y Susa, huirán todos a la tierra de la Hélade." (11)

El tercer y último fenómeno que se desprende del análisis del oráculo, es el de una disminución acelerada de la vida de los Imperios; por su causa, el poder se torna cada vez más efímero y las conquistas resultan percederas; lo cual recuerda el viejo esquema de tiempo direccional-descendente de Manetón: a medida que el devenir histórico transcurre, se reduce la duración de los reinos y de las dinastías. Es ese carácter transitorio del poder terrenal, el que se refleja en los versos que el sibilista del Libro VIII dirige contra los sucesores de Alejandro:

"Ni siquiera el poder de Macedonia perdurará, sino que desde el Occidente florecerá la gran guerra del Italo, bajo el cual el mundo se verá a su servicio, sometido al yugo de la esclavitud de los itálicas. También tú, desdichada Corinto, contemplarás alguna vez tu captura. Cartago, igualmente todas tus torres caerán por tierra." (12)

O en estos otros, que vaticinan la ruina del último Imperio que someterá la Tierra:

"Roma, la de fuerte ánimo, después de la lanza de Macedonia, refulgirás hasta el Olimpo; pero Dios te hará por completo ignorada, cuando tú creas poder permanecer firme ante una mirada más poderosa; entonces te gritaré así: 'Al morir hablarás, entre brillantes resplandores; por segunda vez, Roma, me dispongo a llamarte de nuevo, sí, por segunda vez.'" (13)

III.2.2. La santidad del pueblo hebreo a pesar de sus tribulaciones

Una minoría de seres elegidos por su rectitud, mantienen la esencia inmaculada de los bienaventurados de la primera generación y de la Estirpe Celestial:

"Hay una ciudad... en la tierra de Ur de los Caldeos, de la que procede la raza de los hombres más justos, de recto pensar y ocupados siempre en buenas obras. No les preocupan, en efecto, ni el curso circular del sol y de la luna, ni las ingentes hazañas sobre la tierra, ni la profundidad del mar océano, de azulado brillo. Tampoco les ocupa la interpretación de los estornudos o los auspicios de los augures, ni los adivinos, brujos o encantadores, ni los engaños que hay en las palabras necias de los ventrílocuos." (14)

Con ellos, el devenir se mantiene en su plenitud prístina. La sencillez de su vida, que se

(11) "Oráculos Sibílicos". Libro IV, vv. 86-96.

(12) "Oráculos Sibílicos". Libro IV, vv. 102-106.

(13) "Oráculos Sibílicos". Libro VII, vv. 108-113.

(14) "Oráculos Sibílicos". Libro III, vv. 218-226.

guía por la ley divina, los lleva a permanecer en la armonía natural del hombre perfecto, y contrasta vivamente con la brillantez de los mil pueblos que los rodean, degenerados por la civilización. Si los integrantes de esa nación resultan ser una minoría dentro del conjunto de las que pueblan el mundo, se debe esencialmente a que la virtud resulta un bien escaso, tan escaso que de la vieja humanidad tan sólo Noé pudo mantenerse en estado de gracia. En consecuencia, la salvación final estará destinada para el reducido grupo de los hombres que permanezcan fieles a los mandatos de Dios, de la misma forma en que la salvación del Diluvio le fue concedida solamente a un hombre y su familia, por haber respetado la ley divina.

Por ello, este pueblo santo inculca a sus hijos el desprecio por los bienes mundanos, ya que siempre "... practican la justicia y la virtud y no el afán de lucro, que innumerables males engendra para los hombres mortales, guerra y hambre infinitas." (15) Su comportamiento ético los lleva a preferir el hombre a las cosas, y a reprimir cualquier deseo de prosperar en detrimento de los otros; asimismo, su preocupación por el bienestar del prójimo los impulsa a sacrificar sus riquezas para socorrer a los necesitados:

"Entre ellos se da justa medida en campos y ciudades y no se roban mutuamente por las noches, ni se llevan los rebaños de vacas, ovejas y cabras, ni arranca al vecino los límites de la tierra del vecino, ni el hombre sobremanera rico al más pobre perjudica, ni a las viudas oprime, mas al contrario, las socorre y proporciona siempre pan, vino y aceite; siempre el rico a los que nada tienen y están empobrecidos, de su cosecha les envía parte, pues cumplen la palabra del gran Dios, justo himno: el Padre celestial, para todos común, hizo la tierra."
(16)

En síntesis, su vida se orienta de acuerdo a los siguientes principios: (i) el rechazo al afán de lucro y de enriquecimiento; (ii) el desprecio por los bienes de cultura; (iii) la desaprobación de la desigualdad; (iv) la valoración positiva de la caridad en todas sus formas. Estos principios hacen que los elegidos constituyan una comunidad de pobres dignos, en la que todos intentan vivir de acuerdo al estado de naturaleza y sienten un orgulloso desprecio por toda civilización cimentada sobre la desigualdad y la opresión.

Sin embargo, luego de haber abandonado el cumplimiento de la ley divina reiteradas veces, los elegidos deben padecer el dominio sucesivo de los Imperios de naciones perversas. Esta situación se mantendrá hasta el fin de la historia, cuando la pureza original se restaure, y el reducto de santidad que se mantuvo inconquistado ante el asedio de la depravación de los pueblos vecinos, triunfe sobre el mundo, para regenerarlo por última vez:

"Mas cuando la tierra de Persia se vea lejos de la guerra, la peste y la lamentación, entonces, en ese día, surgirá la divina y celestial raza de los judíos bienaventurados, que habitan alrededor de la ciudad de Dios tierra adentro, hasta que, tras circundar a Jope con un gran muro, se eleven a las alturas hasta las sombrías nubes. Ya no emitirá la trompeta su sonido de fragor guerrero, ni tampoco perecerán entre las enloquecidas manos enemigas, sino que quedará en pie para la eternidad los trofeos de la victoria sobre los malvados."
(17)

En este sentido, el vaticinio de la Sibila llena de esperanza al pueblo hebreo:

(15) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 234-236.

(16) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 237-247.

(17) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 247-255.

"No atormentes más tu ánimo en tu pecho, bienaventurada, de linaje divino, llena de riqueza, única flor anhelada, luz bondadosa, venerable fin, anhelada pureza, Judea llena de gracia, hermosa ciudad, cuyos himnos inspira Dios." (18)

La misión redentora que le aguarda a los israelíes con la consumación de la historia, implica que su santidad se hará extensible a algunos de los hijos de otras naciones; quizás éstos recuperen la beatitud del hombre primordial (la cual siempre se halla latente en todo ser humano), y se sumen al pueblo de los santos:

"Ya no danzará como bacante alrededor de tu tierra el pie impuro de los helenos, que tienen en su corazón conciencia de una misma ley divina, sino que sus ilustres hijos te colmarán de honores y con la ayuda de la musa santa levantarán la mesa de las ofrendas con toda clase de sacrificios y entre oraciones que merezcan la honra divina; cuantos por la agobiante estrechez soportaron padecimientos, disfrutarán de mayores y más gozosos bienes con toda justicia." (19)

Pero todo esto acontecerá al fin de los tiempos.

III.3. Las constantes cíclicas: el flujo y reflujo de la soberanía terrenal a través de la historia

En base al análisis de las revelaciones sibilinas, es posible afirmar que el devenir del poder terreno sigue una trayectoria direccional—descendente que lo conducirá, de manera inexorable, a su autodisolución; pero en cada una de las etapas que jalonan ese proceso, ese poder describe una trayectoria circular: la de la vida de alguna Imperio, que al igual que los seres vivos, nace, se desarrolla, madura, agoniza y muere.

III.3.1. El auge de las grandes potencias y el anuncio de su decadencia

El progreso de las instituciones humanas constituye, entonces, el signo de la decadencia irreversible de la humanidad; el auge de los Imperios no es más que el apogeo de la ignominia, y el avance de la civilización es el retroceso de la concordia, la armonía y la pureza original de la Edad Áurea. Por ende, todo el esplendor que una potencia terrena logra alcanzar, es una perversa ilusión; lo que construye el hombre resulta ser una réplica artificial y degradada de la creación divina, y la soberanía humana es tan perecedera como las obras de los mortales. Las maldiciones de la Sibila reflejan cabalmente esa concepción, ya que anticipan la destrucción futura de lo que hoy parece eterno:

"Sardo, ahora tú, grávida, te transformarás en ceniza. Y ya no existirá la isla cuando llegue el décimo período. Navegarás en tu busca por las aguas cuando ya no existas y los alciones emitirán por ti doloroso lamento." (20)

Cada nación tiene su hora de gloria dentro de la trama del plan providencial; pero es ilusoria, tan ilusoria como la búsqueda de permanencia y estabilidad que añoran los pueblos de la última generación; y lo es por una razón sencilla: todo lo que los hombres pérfidamente construyen, lo logran destruyéndose a sí mismos. Como bien demuestran los versos siguientes, en los planes

(18) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 260-263.

(19) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 264-270.

(20) "Oráculos Sibilinos", Libro VII, vv. 96-99.

del Inmortal la decadencia resulta ser la consecuencia inevitable de la búsqueda antinatural de doblegar a la creación de Dios:

"Abrupta Migdonia, inhóspita antorcha del mar, te enorgullecerás durante una era, pero durante la eternidad toda tú te verás aniquilada por una brisa caliente y enloquecerás entre numerosos dolores." (21)

La Sibila ilustra la caducidad de las conquistas de la humanidad corrupta, mediante el contraste entre la magnificencia de las ciudades que hoy deslumbran al mundo, y la aridez del terreno que cubrirán sus ruinas mañana; y entre la perennidad aparente del poder de las naciones, y la eternidad del olvido de su existencia, cuando no sobreviva ni el recuerdo de sus nombres:

"Tierra celta, en tu monte, junto al inaccesible Alpis, la arena formará un montón profundo sobre ti entera; ya no darás ningún tributo, ni espigas, ni pasto; estarás siempre toda desierta de pueblos y, con una gruesa capa de cristales de hielo sobre ti, pagarás la afrenta que no mediaste, tú, impura." (22)

III.3.2. La caída de los Imperios: la conquista extranjera

El destino de todos los reinos, desde los Titanes hasta Roma, es perecer, ya que por la guerra nacen y por la guerra deben morir. Los conquistadores del presente, terminan siendo, de manera inexorable, los conquistados del futuro:

"¡Tebas! ¿Dónde está tu gran vigor? Un hombre salvaje aniquilará a tu pueblo; y tú tomarás tus pardas vestiduras y te lamentarás desdichada, sola, y pagarás todas las malas acciones que antes cometiste con desvergonzado ánimo. Y verán su lamentación por causa de sus ilícitas obras." (23)

Egipcios, asirios, babilonios o griegos, todos sufrirán el mismo castigo: experimentar la suerte de aquellas naciones a las que antiguamente habían sometido:

"Cuando sobre los helenos venga un numeroso pueblo bárbaro, acabará con muchas cabezas de hombres escogidos; muchas lustrosas ovejas de los mortales serán aniquiladas y rebaños de caballos... casas bien construidas en el fuego arderán sin ley; conducirán por la fuerza a muchos seres esclavizados a otra tierra, y también a los niños y a las mujeres de hondo talle, delicadas, expulsadas de los aposentos, que caerán por causa de sus pies antes hechos de molicie; se les verá entre cadenas, sometidos a los enemigos de lengua extraña, víctimas de toda clase de terribles afrentas; no tendrán quien les dé una leve protección de la guerra ni un defensor de su vida. Verán al enemigo disfrutar de sus propiedad y de todas su riqueza, y sentirán el temblor en las rodillas." (24)

La conquista de los conquistadores resulta ser un acto igual de perverso e inhumano que la existencia misma de los Imperios; pero la violencia de la guerra, el sometimiento y la esclavitud, constituyen instrumentos que utiliza la divinidad para castigar al poder impío que hoy se derrumba; y no importa que este Imperio que ahora cae lo haga en manos de otro peor, puesto que la iniquidad de todos los poderosos, tanto los que fundan reinos como los que los destruyen, habrá de ser penada eternamente, luego de que el devenir llegue a su fin. En este

(21) "Oráculos Sibilinos", Libro VII, vv. 100-102.

(22) "Oráculos Sibilinos", Libro VII, vv. 103-107.

(23) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 189-193.

(24) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 520-532.

sentido, la ponderación y el equilibrio con que el Omnipotente adjudica los diferentes roles y funciones que cada pueblo desempeña en el drama de la historia universal, se refleja de una manera curiosa en algunos versos del Libro V; la cita siguiente proporciona un ejemplo de sincretismo, en el cual se combinan la noción hebrea de Providencia con el concepto helénico de Destino:

"Llora también tú, Corinto, la triste destrucción que en ti habrá; pues cuando las tres hermanas Moiras, que tejen con trenzados hilos, se lleven sobre la tierra al que huye con engaño por la orilla del istmo, hasta que te contemplen todos, él que antaño partió la piedra con muy dúctil bronce, te destruirá y conmoverá tu tierra, según esta preestablecido." (25)

En consecuencia, la trama que tejen las Moiras determina que, en función de un sentido de justicia superior, a todas las potencias les llegue su hora y cosechen lo que sembraron; mientras tanto, el pueblo de Dios, purificado por el castigo de la dominación de los ídólatras, continúa con su paulatina regeneración espiritual, aguardando el día en que recupere su antigua gloria.

III.3.3. La ruina de la ciudades réprobos: la destrucción cataclísmica

El Libro V introduce un elemento de sumo interés en el esquema historiosófico que se viene desarrollando: la aniquilación parcial de los hombres por la intervención suprahistórica del Todopoderoso. Este tipo de acción sobrenatural que pone fin a la historia de una ciudad o una región, y da término abrupto a algunas de las líneas colaterales del devenir de las grandes civilizaciones, no solamente recuerda el acto arquetípico de destrucción de las urbes perversas del Génesis, es decir, la destrucción de Sodoma y Gomorra, sino también a las catástrofes que causan los fines parciales de la historia, tal como las expone Platón en el "Timeo". Y es así que todas las modalidades de aniquilación que el sacerdote egipcio le refiere a Solón en la obra mencionada, son incluidas en el oráculo, con la única diferencia que tras de ellas se encuentra la voluntad suprema del Señor de castigar de manera definitiva a alguna ciudad depravada, y no a la humanidad toda o a un gran Imperio. Los elementos de la naturaleza, obedeciendo, entonces, a los designios del Altísimo, se vuelven contra los humanos y sus percederas conquistas civilizatorias.

De todas las formas de destrucción que el Inmortal para acabar con sus perversas criaturas, la primera que padecen los hombres es la muerte colectiva por el agua, es decir, el kataklysmós:

"Cime, la necia, junto con sus arroyos por Dios inspirados, arrojada entre las manos de hombres ateos, inicuos e impíos, ya no lanzará tales palabras contra el éter, sino que permanecerá cadáver entre arroyos agitados. Y entonces gemirán al unísono a la espera del desastre. Será visto con una marca, fruto de sus esfuerzos, el pueblo rebelde de los cimeos y su tribu desvergonzada. Después, cuando se lamenten por su tierra maldita reducida a cenizas, conocerá Lesbos la eterna destrucción..." (26)

Este tipo de castigo responde no tanto a la perversión de estas ciudades por el poder que se obtiene de las conquistas (como es el caso de los Imperios), sino a su impiedad y a su amor desmedido por los placeres sensuales:

"¡Ay de ti, Carura, hermosa ciudad; concluye tu festejo! Y tú también, Hierápolis, única

(25) "Oráculos Sibílinos". Libro V, vv. 214-219.

(26) "Oráculos Sibílinos". Libro V, vv. 308-316.

tierra a la que Plutón se unió, tendrás según tu deseo, un lugar lleno de lágrimas, cuando por tierra te derrumbes junto a las corrientes del Termodonte. Pétreo Tripolis, junto a las aguas del Meandro, a quien la suerte asignó a las olas nocturnas, junto a la orilla del mar; por completo te destruirán el deseo y la providencia de Dios." (27)

La segunda forma de destrucción, le corresponde al fuego; al igual que en las dos citas anteriores, el motivo de la cólera divina es la idolatría y la perversa sensualidad de los habitantes de la ciudad condenada:

"A Mileto refinada la destruirá el fuego que vendrá de lo alto, porque prefirió el doloso canto de Febo y porque, tierra vecina de Febo, no quiso elegir lo que es ocupación de hombres sabios y prudente decisión." (28)

Pero no siempre el juicio de Dios cae sobre alguna urbe corrupta; existen algunos vaticinios apocalípticos contra pueblos exóticos en los que la muerte por el fuego es la consecuencia de ese encuentro de astros en los cielos, que mencionaba el sacerdote egipcio citado por Platón en "Timeo". En este sentido, una profecía del Libro V que está dirigida contra los indios y etíopes, alude a movimientos cósmicos que provocan incendios aniquiladores:

"¡Indios, no confiéis; ni vosotros, etíopes animosos! Pues cuando la rueda del Eje, Capricornio y Tauro en Géminis, envuelvan el centro del cielo, al subir Virgo; y cuando el sol, tras ajustar en su frente el ceñidor, guíe todo en derredor de la bóveda celeste, habrá un gran incendio etéreo sobre la tierra, y será nueva la naturaleza de las estrellas en contienda, de suerte que perezca entre fuego y lamentos toda la tierra de los etíopes." (29)

Es de destacar que algunos de estos supuestos vaticinios de la Sibila, se corresponden con hechos verídicos, **pero acontecidos previamente**, los cuales fueron reinterpretados y explicados en función de una visión teológica de la historia. A modo de ejemplo se puede mencionar la destrucción del Artemision, incendiado en el 356 a.C., reconstruido tiempo después, y destruido finalmente por un terremoto. En este caso, se conjuga la destrucción por el fuego y la destrucción por la tierra:

"El templo de Artemis en Efeso, se precipitará un día entre abismos y seísmos al mar divino derribado, igual que las naves se hundan con las tempestades. Tendida en el suelo se lamentará un día Efeso llorando junto a la orilla y buscando el templo ya no habitado. Y entonces, irritado, Dios imperecedero que el éter habita, desde el cielo lanzará una tormenta de fuego contra la cabeza impura y en vez de invierno habrá verano ese día." (30)

Muy lejos de estos finales desoladores, se halla la suerte del pueblo elegido; en contraste con las catástrofes que aguardan a la mayoría perversa de los seres humanos, la tierra de los hombres santos es un remanso de paz, equilibrio y armonía; la Sibila ruega al Omnipotente para que lo siga siendo, a pesar de todo:

"Muéstrate propicio, tú que todo lo que creaste, con la muelle tierra de fruto abundante, Judea la grande, para que tus pensamientos conozcamos. Pues ésta es la primera tierra que

(27) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 317-323.

(28) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 325-327.

(29) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 206-213.

(30) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 293-300.

tú, Dios, reconociste entre las muestras de tu gracia, como destinada a que pareciera a todos los mortales que era la primera de esas gracias [...]" (31)

III.3.4. La némesis: la esclavitud de los opresores

El reflujo del poder alcanza su máxima expresión con el sometimiento de los antiguos vencedores, la tortura de los viejos verdugos, el expolio de los que se enriquecieron mediante el saqueo y la servidumbre de los esclavizadores. Este resultó ser el final oprobioso de los amos de todos los Imperios que existieron antes de la cuarta monarquía, y ese también habrá de ser el de la potencia más infame y criminal de las que han humillado al hombre desde el tiempo de los Titanes. Aunque parezca eterna su tiranía, aunque resulte fantasioso concebir su derrumbe, a ella le tiene destinada la Providencia el mismo sufrimiento que le causó a los vencidos:

"De nuevo Asia habrá de recibir de Roma el triple de todas las riquezas que Roma recibió de Asia, su tributaria, y le hará pagar la perniciosa soberbia que mostró con ella. Veinte veces más de cuantos, procedentes de Asia, sirvieron como criados en la morada de los ítalos serán los que de éstos trabajen como tales en Asia, inmersos en la pobreza, innumerables pagarán su deuda." (32)

El clamor de justicia, provocado por la indignación más visceral que causa la iniquidad impune, se expresa de manera atroz en esta maldición, que es a su vez un vaticinio:

"¡Ay de ti, ciudad de todo impura de la región del Lacio! Ménade que con víboras te gozas, así te asentarás viuda a la orilla donde el río Tíber te llorará como a su esposa, tú que tienes el corazón de sangre criminal manchado y el ánimo impío, ¿no te has dado cuenta de qué poder tiene Dios y qué te depara? Por el contrario, decías: 'Sola estoy y nadie me arrasará'. Pero la verdad es que Dios, que existe siempre, te destruirá a ti y a todos los tuyos y ya no quedará ningún rastro tuyo en aquella tierra, como cuando antaño el gran Dios te procuró sus honras. Quédate, ilícita, sola y unida al fuego ardiente, ve a habitar al predio tartáreo de Hades, donde la ley no rige." (33)

III.4. La estructura del esquema de periodización

De la interacción entre las constantes direccionales y las tendencias cíclicas que se acaban de analizar, emerge un tiempo histórico escalonado en diferentes fases, en el cual cada etapa es un ciclo y cada nuevo ciclo acentúa la tendencia lineal predominante. La identificación de esos ciclos y de su sucesión dentro de la trama de la historia humana, varía de manera diversa en función de la profecía que se considere. Por este motivo, conviene desarrollar en orden cronológico, los distintos esquemas que coexisten en el conjunto de los vaticinios apocalípticos.

III.4.1. Las versiones iniciales

La versión original se encuentra en el Libro III, y proporciona un sistema de periodización clásico, articulado en torno a las diferentes monarquías que se han sucedido en el ejercicio de la soberanía terrena; sin embargo, dicho sistema no es demasiado consistente; en primera

(31) "Oráculos Sibílicos". Libro V, vv. 328-332.

(32) "Oráculos Sibílicos". Libro III, vv. 350-355.

(33) "Oráculos Sibílicos". Libro V, 168-178.

instancia, ofrece una división de la historia de las últimas generaciones que incluye una referencia detallada a seis épocas:

"Después, con el transcurso del tiempo, [Dios] hizo surgir el reino de Egipto, luego el de los persas, medos y etíopes y el de Babilonia y Asiria, luego el de los macedonios, de nuevo el de Egipto, por fin el de Roma." (34)

Pero a continuación introduce otra modalidad de división de la historia universal en cuatro edades, que en nada se asemeja a la anterior:

"La casa de Salomón reinará la primero de todas sobre los dueños de Fenicia, de Asia y de otras islas, sobre la raza de los pánfilos, persas, frigios, carios y misios, y sobre la raza de los lidios, de oro dueños. Mas luego vendrá el turno de los helenos orgullosos e impíos; luego el gran pueblo diverso de Macedonia reinará, quienes llegarán cual temible nube de guerra para los mortales. [...] Mas luego vendrá el comienzo de otro reinado, blanco y con muchas cabezas, procedente del mar occidental, que extenderá su dominio sobre gran parte de la tierra [...]" (35)

El Libro VIII, por su parte, expone una segunda versión del sistema; de acuerdo con las revelaciones que contiene esta obra, el devenir humano se desarrolla en cinco épocas, cada una de ellas pautaada por el predominio de una gran potencia; la primera se corresponde con la supremacía de los egipcios; la segunda, con la de los persas, medos, etíopes; la tercera, (siguiendo un criterio anacrónico) con la de Babilonia y Asiria; la cuarta con la de Macedonia, y finalmente, la quinta con la de la ilustre nación de los itálos, la cual "[...] mostrará por última vez males numerosos a todos los mortales y agotará los sufrimientos de los hombres de toda la tierra".

La tercera y última versión la aporta el Libro XI, pero no se ajusta demasiado a los hechos históricos. Según los vaticinios sibilinos que recoge esta colección, existirían seis épocas: en la primera, Egipto disfruta de una hegemonía indiscutida; en la segunda, lo hace Persia; en la tercera, el turno le corresponde a Media, en la cuarta a Macedonia, en la quinta a Egipto (ahora bajo la dinastía de los Ptolomeos); por último, la sexta época coincide con el apogeo del Imperio romano.

III.4.2. *La adaptación de los esquemas primarios*

A partir de los sistemas de periodización anteriores, los sucesivos oráculos establecieron toda una serie de variantes en lo que se refiere a la monarquía de los últimos tiempos. Esas variantes constituyen el fiel reflejo de una adecuación de los vaticinios al presente histórico de diferentes autores; para ello, algunos componentes de las profecías deben sufrir modificaciones parciales a fin de que el núcleo fundamental permanezca estable. El mejor ejemplo de la variación de uno de esos componentes secundarios, es la evolución de la figura del tirano demoníaco que surge al fin de la historia.

De acuerdo con las versiones judías de los oráculos, este monarca suele ser la encarnación de Beliar o Mastema, mientras que para los cristianos no es más que la figura apocalíptica del Anticristo. La primera mención a este ser escatológico, data del siglo II a.C. y se encuentra en los versos de autor hebreo del Libro III:

(34) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 158-161.

(35) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 167-177.

"Llegará una vez al próspero suelo de Asia un hombre totalmente desconocido, cubiertos los hombros con purpúreo manto, salvaje, ajeno a la justicia, lleno de fuego, pues en tiempos, su despertar como hombre, estuvo marcado por el rayo; Asia entera tendrá funesto yugo, y la tierra beberá abundante lluvia de sangre. Mas aun así, tras desaparecer por completo, Hades le dedicará toda clase de cuidados." (36)

El monarca mencionado es, sin lugar a dudas, Antíoco IV Epifanes, el prototipo de la encarnación del Príncipe de las Tinieblas:

"De aquellos cuya raza él mismo quiere aniquilar, de su linaje, surgirá la perdición de su propia raza, habiendo dado una sola raíz que podará el que arruina a los mortales de entre diez cuernos; junto a ella plantará otro brote; podará al progenitor guerrero de la raza purpúrea y él mismo perecerá por obra de sus hijos (en fatal perdición bélica por ellos concertada). Y entonces el cuerno de la rama colateral reinará." (37)

Antíoco IV es el undécimo cuerno de la cuarta bestia de las visiones de Daniel, y como tal lo presenta la Sibila; durante su reinado tiene lugar la rebelión de los Macabeos, la cual inspira la concepción de una lucha definitiva entre las fuerzas del bien y del mal, que llega a su término con el triunfo del Mesías y la instauración de un Reino de la paz.

La segunda adaptación de este mismo tema, la proporciona el Libro XI, y se corresponde con un contexto histórico completamente distinto; la nueva versión se centra fundamentalmente en la "anticipación" de los tiempos turbulentos que se avecinan para la tierra de Egipto, ya que "vaticina" la ruina de los Ptolomeos y el sometimiento a Roma. Por ello, la figura nefasta que provoca la catástrofe, no es un monarca demoníaco, sino el responsable de la derrota:

"Has de saber, Egipto, que entonces irá contra ti un rey; llegará con certeza temible Ares de casco empenachado, y entonces te alcanzará a ti la posterior conquista, pues terribles y feroces por su violencia serán las maléficas guerras alrededor de las murallas del país. Tú misma, tras soportar luctuosos sufrimientos en las guerras, superiores a los de los recién heridos, huirás desdichada; y después llegarás al lecho del hombre temible: tu final es el matrimonio compartiendo el lecho. ¡Ay de ti, mal casada doncella! Entregarás tu poder real al rey romano y pagarás todos los actos que antes cometiste en atrevidas guerras; entregarás todas tus tierras como dote al poderoso hombre, incluso hasta las de Libia y sus hombres de piel oscura." (38)

Resulta evidente que el oráculo se refiere a Marco Antonio, el "Ares de casco empenachado" y que la "mal casada doncella" es la personificación de Egipto a través de Cleopatra, su última reina.

La tercera versión del monarca criminal del fin de los tiempos, se ambienta en el contexto histórico del siglo I d.C. El Emperador que encarna a las fuerzas maléficas, es el último de la dinastía Julio-Claudia:

"El será quien, al querer lograr con voz musical aplausos para sus dulces himnos, matará a muchos, junto con su madre desdichada." (39)

Nerón presenta dos de las características del Beliar judío y del Anticristo: la seducción que ejerce en un comienzo entre las masas, y los actos antinaturales de "perversión extrema" que

(36) "Oráculos Sibílicos", Libro III, vv. 388-393.

(37) "Oráculos Sibílicos", Libro III, vv. 394-400.

(38) "Oráculos Sibílicos", Libro XI, vv. 277-289.

(39) "Oráculos Sibílicos", Libro V, vv. 139-141.

finalmente cierran su reinado. Sin embargo, lo más interesante desde una perspectiva apocalíptica, es el desarrollo de la figura arquetípica del soberano maligno de los días de la gran tribulación, a partir de un nuevo elemento: el anuncio de su regreso tras su "falsa muerte", hecho que se inspira en la aparición del Pseudo-Nerón:

"Huirá desde Babilonia, caudillo terrible e impúdico, al que odian todos los mortales y los mejores varones, pues mató a muchos y en el vientre materno puso las manos, contra sus esposas cometió pecado y de seres despreciables había sido creado." (40)

Muy probablemente el autor de este tramo de las profecías del Libro V, haya elaborado los versos anteriores en tiempos de Domiciano, cuando un presunto Nerón recibió el respaldo del Imperio Parto (la potencia rival de Roma), para reconquistar el poder. Este ser fantasmal, que fracasó finalmente en su empresa, había recibido, en un comienzo, cierto apoyo de algunas provincias; por este motivo, su presencia reavivó el temor de un triunfo inevitable del hijo del Mal:

"Llegará hasta los medos y a los reyes de los persas, a quienes primero añoró y a los que la fama legó, escondido con estos malvados al acecho de una nación verdadera. El fue el que derribó el templo por Dios construido y abrasó a los ciudadanos y a las gentes que en él entraban, a cuantos yo con justicia dediqué himnos; pues al aparecer éste toda la creación se conmovió, los reyes perecieron y aquellos entre los que subsistió el poder aniquilaron a la gran ciudad y a su justo pueblo." (41)

Por su parte, el Libro VIII (que fue escrito al fin de la dinastía de los Antoninos), elabora una versión mucho más refinada del tirano demoníaco que intentará destruir al pueblo de Dios. En este caso, tal función recae en Adriano, el monarca que derrotó a la más brutal de las revoluciones pseudo-mesiánicas, helenizó Jerusalén, y fue el responsable de la Gran Diáspora del siglo II. Y así como el oráculo anterior presentaba a Nerón como el matricida, las profecías de este Libro caracterizan a Aelius Adrianus (Elino) como el ser depravado e impío que convirtió en dios, a su hijo adoptivo y amante:

"Más cuando se sucedan en ti, acostumbrada a la molicie, tres veces cinco reyes que hayan esclavizado al mundo de Oriente a Occidente, existirá un caudillo de cabeza cana, de nombre cercano al del mar, que visitará el mundo con pie veloz, proporcionará dones, tendrá oro abundantísimo, reunirá aún más plata de sus enemigos y, tras despojarlos, emprenderá el regreso. Participará en todos los misterios de los mágicos recintos impenetrables, designará a su hijo dios, suprimirá todos los cultos, abrirá a todos desde el principio los misterios que conducen al error, entonces será ocasión de gritar élino con dolor, cuando el propio Elino perezca, y entonces el pueblo dirá: 'Tu gran poder, oh ciudad, caerá', porque conocerá al punto la inminencia del funesto día cuando se avecine." (42)

La Sibila menciona también a los últimos monarcas de la dinastía Antonina, particularmente, a la figura nefasta de Cómodo, que recuerda a la del "rubio matricida", el Nerón que no ha muerto porque lleva una vida prolongada y sobrenatural en los confines de la Tierra, para regresar cuando la historia culmine:

"Después de este [Adriano] reinarán tres, que alcanzarán el día extremo, tras dar

(40) "Oráculos Sibilinos". Libro V. vv. 143-146.

(41) "Oráculos Sibilinos". Libro V. vv. 147-154.

(42) "Oráculos Sibilinos". Libro VIII. vv. 50-62.

plenitud al nombre de Dios celestial, cuyo poder es de ahora y de todos los siglos. Uno sólo, que será un venerable anciano, tendrá durante mucho tiempo el cetro, un rey muy lamentable que encerrará bajo vigilancia en su palacio todas las riquezas del mundo, para cuando regrese de los confines de la tierra el fugitivo matricida rubio, que después de darlas a todos, proporcionará a Asia gran riqueza." (43)

El Libro XII tiene como trasfondo histórico la crisis del III, que para los judíos y cristianos contemporáneos debió ser el signo inequívoco de que la consumación del devenir estaba próxima. Por este motivo, el oráculo presenta a Septimio Severo con todos los atributos de Beliar o del Anticristo:

"Y entonces un hombre conocedor de engañosos recursos para lograr el poder, hombre de taimados proyectos, vendrá atraído desde Occidente y tendrá un nombre con la inicial del número doscientos; con mucho ardor entablará una guerra para lograr el poder real, tras reunir a todos los ejércitos contra los hombres asirios, y todo lo someterá. Su gran poder dominará sobre los romanos; en su mente habrá abundantes recursos y la cólera del destructivo Ares. Terrible serpiente y en la guerra aplastante: él matará a todos los hombres que habitan sobre la tierra, de altivo linaje, y tras matar a los nobles por su riqueza, igual que un astro, y de arrasar la tierra entera de los hombres muertos..., los depositará en Oriente." (44)

Cuando se extingue la dinastía fundada por Septimio Severo, el Alto Imperio llega a su fin, y comienzan las décadas del caos, las invasiones y las catástrofes. El Imperio mundial parece estar al borde de la desintegración y en los hechos se fragmenta en tres monarquías independientes, hasta que Aureliano, el Restitutor Orbis, logra recuperar nuevamente la unidad. En los tiempos de la división, cuando Odenato, rey de Palmira, gobernaba sobre las provincias de Oriente, el autor del Libro XIII creyó ver en este príncipe, no a la encarnación de Satán, sino a un liberador cuasi-mesiánico. Valerio y Galieno, los dos monarcas que mantenían el poder de Roma sobre las provincias centrales, son presentados, por contraste, como seres belicosos y perversos:

"En ese momento reinarán sobre los violentos romanos dos soberanos, hombres rápidos en hacer la guerra; uno ostentará el número setenta, el otro será el de la tercera cifra. Y entonces, el toro de altiva cerviz, escarbando con sus pezuñas en la tierra y levantando polvo con sus dos cuernos, causará numerosos males al reptil de piel oscura, que al arrastrarse hará un surco con sus escamas; y a continuación él mismo morirá." (45)

La utilización de símbolos animales evoca los pasajes apocalípticos del Libro de Daniel y del Henoc etiópico; lo cual refuerza más aún la identificación de Odenato con el la del príncipe libertador:

"... llegará de nuevo otro ciervo de hermosos cuernos, hambriento que irá por los montes ansioso de llenar su vientre de animales venenosos; entonces vendrá, enviado por el sol, un león terrible y temible, con aliento de abundantes llamas. Entonces, en verdad, éste a su vez matará, con grande e impúdica audacia, al ciervo veloz de hermosa cornamenta, a la enorme fiera venenosa y temible, que lanza continuos silbidos, y la macho cabrío, de oblicuo caminar, y la gloria lo acompañará." (46)

(43) "Oráculos Sibílinos", Libro VIII, vv. 65-72.

(44) "Oráculos Sibílinos", Libro XII, vv. 262-268.

(45) "Oráculos Sibílinos", Libro XIII, vv. 155-161.

(46) "Oráculos Sibílinos", Libro XIII, vv. 162-171.

III.5. La realización de las tendencias estructural- direccionales: el fin de la historia y la clausura del sistema.

Más allá de las versiones alternativas que ofrecen los distintos Libros oraculares, las profecías sobre la culminación de la soberanía terrenal del Imperio mundial coinciden:

"Alguna vez, altiva Roma, caerá sobre ti desde lo alto el mismo golpe celestial, doblarás tu cerviz; la primera, serás arrancada de tus cimientos, el fuego te consumirá entera, yacente sobre tus propios fundamentos; tu riqueza se perderá. Y los lobos y zorras habitarán tus ruinas." (47)

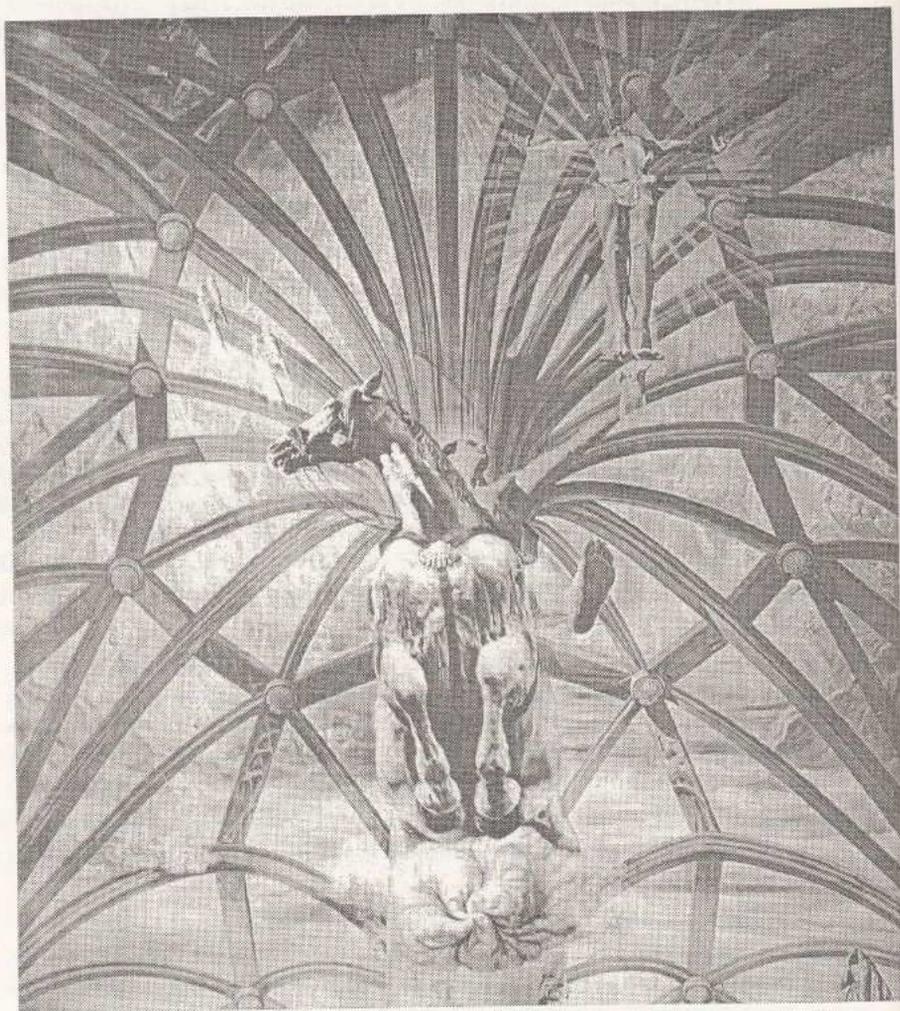
Todas las monarquías que precedieron a la "dinastía de los latínidas", fueron sometidas inexorablemente al juicio de Dios, y a pesar de la grandeza que disfrutaron en sus días de gloria, todas conocieron la derrotada, y fueron humilladas y esclavizadas por una potencia mucha más páfida. Pero la perfidia de Roma es inigualable, ya que fue ella la que sometió a todas las tiranías. Y aunque nadie avisora su fin, y aunque los vaticinios sobre ese fin se modifiquen una y otra vez a lo largo de más de quinientos años, la ilusión de los poderosos de fundar un Imperio eterno, se desvanecerá cuando la soberanía espiritual del reino mesiánico advenga. Entonces, el nombre de Roma y de todas las Romas que padecieron los hombres, serán un recuerdo, porque:

"Entonces [Roma], te quedarás totalmente desierta, como si nunca hubieras existido. ¿Donde estará tu Paladio? ¿Qué clase de Dios te salvará? ¿De oro, de piedra o de bronce? ¿Dónde estarán entonces los decretos de tu Senado? ¿Dónde estará la raza de Rea, de Crono, de Zeus y de todos cuantos veneraste, divinidades inánimes, fantasmas de cadáveres muertos, la jactancia de cuyo enterramiento la obtendrá la desdichada Creta, que rinde culto a la entronización de insensibles cadáveres?" (48)

(47) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 37-40.

(48) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 41-49.

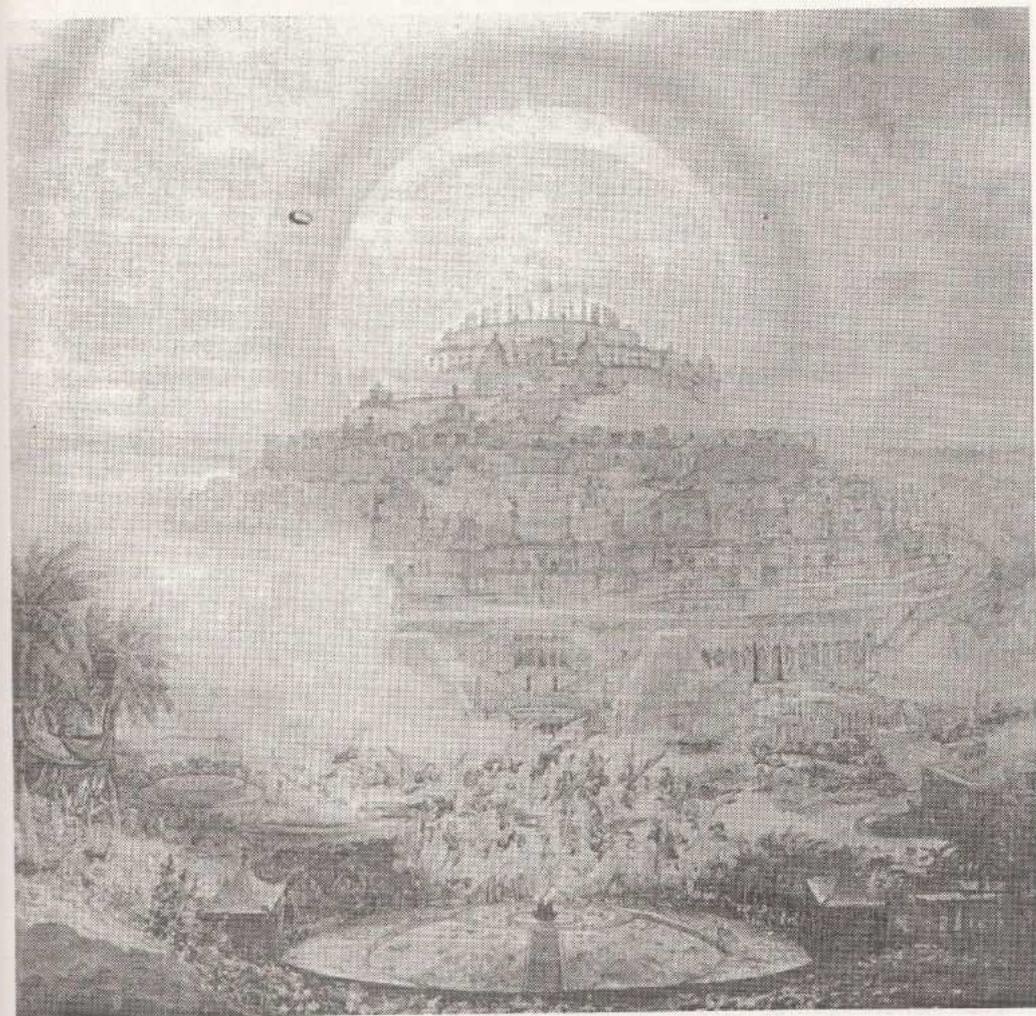
IV. Del advenimiento del Mesías



"Llegó de la celestiales superficies un hombre bienaventurado, con un cetro en sus manos, que Dios le confió, y a todos dominó con acierto y a todos los buenos devolvió la riqueza que habían obtenido los anteriores hombres. Arrancó de sus fundamentos la ciudad entera entre fuego abundante e incendió las comarcas habitadas por los mortales que antes fueron malhechores."

"Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 414-419.

al triunfo de la Ciudad de Dios



"A la ciudad que fue el anhelo de Dios, la hizo más luminosa que los astros, el sol y la luna, le impuso adornos y creó su santa morada, hecha carne bella y hermosísima, y construyó, con una altura de muchos estadios, una torre grande e infinita, que tocaba las propias nubes y a todos era visible, de modo que los fieles y todos los justos contemplaran la gloria de Dios invisible, anhelada figura."

"Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 420-427.

- IV -

IV.1. Las versiones judías

Luego de la muerte de Zarathustra, los iraníes que adoptaron las creencias del gran profeta, sintieron la necesidad espiritual de profundizar las viejas doctrinas escatológicas sobre la contienda cósmica entre Ahura Mazda y Angra Mainyu. Las generaciones que vivieron durante los siglos posteriores a la prédica del Maestro, aguardaban con impaciencia la consumación de la historia, la destrucción de las fuerzas demoníacas y la resurrección de los muertos; su fe inquebrantable en estos hechos futuros, los llevó a elaborar, a partir de las primeras revelaciones, la teoría apocalíptica del advenimiento del "Saoshyant". Para las comunidades persas, la aparición de este ser prodigioso, se tornaría más milagrosa incluso que la del propia Zarathustra:

"Se dice que la semilla del profeta se conserva en un lago del sureste de Irán, donde 99.999 almas de difuntos justos velan por ella. Cuando el 'tiempo limitado' se acerque a su fin, una virgen llamada Vispa-aurari... tomará un baño en el lago, quedará embarazada de la semilla y gestará a su hijo, Asvat-ereta (aquel que encarna la verdad). Asvat-ereta es el Saoshyant y desempeñará un papel preponderante en todas las fases del drama escatológico. Empuñará el 'arma victoriosa' con que el mecenas real de Zoroastro... defendiera en su día la fe de sus enemigos [...] En torno a él se congregarán ciertos caciques inmortales, imponentes guerreros que en su día dirigieron a los pueblos iraníes en la guerra y que desde entonces aguardan en lugares remotos a los que los convocaran para la batalla definitiva [...] Junto a éstos compañeros de armas, [...] los aliados sobrenaturales de Ahura Mazda, los Inmortales Sagrados, avanzarán contra Angra Mainyu y sus huestes." (1)

La creencia en el nacimiento del Saoshyant, estaría destinada a trascender el sistema religioso que la habría engendrado: con el fin de la Cautividad de Babilonia, la esperanza de los hebreos respecto a la aparición de un gobernante benévolo que hiciera menos amargo su exilio, se transformó, merced a la influencia del Zoroastrismo (o como fruto de una evolución autónoma), en la idea del advenimiento de un guía ungido que llevaría al pueblo Dios a la Tierra de la Promesa. Grandes tribulaciones motivaron ese cambio radical en las creencias de los israelitas que comenzaron a concebir a este guía como el Mesías, es decir, el liberador último del pueblo oprimido. (2) Bajo el gobierno de los Seléucidas, "... esta tensión escatológica fue en aumento al compás de las calamidades crecientes, hasta alcanzar su paroxismo: se creía que la llegada del Reino de Dios era inminente." (3)

La idea de un rey salvador de los últimos tiempos, superó ampliamente el marco de las visiones apocalípticas de iraníes y judíos: los estoicos ya habían reconocido a Alejandro Magno como el Pantokrátor, aquel conquistador que instauraría un reino mundial de justicia; siglos después, bajo el reinado de Augusto, los poetas latinos Horacio y Virgilio esperaban la próxima venida del Apolo hiperbóreo; y hacia fines del siglo I, ya dentro de la escatología cristiana, el Apocalipsis de San Juan proporciona una visión impresionante de esa figura, convertida ahora en el Cristo guerrero:

(1) COHN, Norman, op. cit., p. 118.

(2) BENAVIDES LUCAS, Manuel, op. cit., pp. 93-94.

(3) Ibid., p. 94.

"Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba es llamado Fiel, Verídico, y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llamas de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas, y tiene un nombre escrito, que nadie conoce sino él mismo, y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios." (4)

El Apocalipsis apócrifo de Pedro, por su parte, evoca a un temible "Hijo del León", que se despierta luego de un largo sueño para vencer a todos los reyes; y, a partir del siglo IV, los oráculos sibilinos cristianos presentan al Emperador Constantino como el rey mesiánico: "Después de la muerte de Constantino los sibilinos continuaron dando un significado escatológico a la figura del emperador romano. Gracias a ellos, durante más de mil años la figura del Cristo guerrero se vio reemplazada en la mente de los cristianos por la del Emperador de los Últimos Días." (5) Casi medio milenio después, los musulmanes shiíes adoptaron estas creencias mesiánicas: según la leyenda, un Imán oculto, el Mahdi, reaparecerá al final de la historia, para la mayor gloria terrenal y espiritual de un Islam renovado.

En lo que respecta a tradición apocalíptica heterodoxa de los judíos, desde el fin del Exilio hasta la Gran Diáspora, los Oráculos Sibilinos difundieron toda una serie de profecías sobre esa Quinta Monarquía que, según las visiones de Daniel, habría de sustituir a la última Bestia. En base a dichas profecías, es posible reconocer al menos cinco instancias en la creación del Reino del pueblo de Dios: (i) la anquilación de los "latínicas"; (ii) el advenimiento del Mesías; (iii) la instauración de su Reino; (iv) la ofensiva de las huestes de los hijos de las Tinieblas; (v) la derrota de las fuerzas demoníacas y la desaparición del Mal.

IV.1.1 El fin del Imperio Mundial: la destrucción de Roma y de Alejandría

De acuerdo con los fragmentos hebreos del Libro II, el advenimiento de la monarquía mesiánica se ve precedido por la agonía y la muerte de la gran potencia pagana, que en sus últimos tiempos sufre las más terribles desgracias:

"Entonces llegará, después de eso, la décima generación de mortales, cuando el Dios que sacude la tierra y que despidе relámpagos, rompa el fervor de los ídolos, agite al pueblo de Roma, la de las siete colinas, y su gran riqueza perezca abrasada en inmenso fuego por la llama de Hefesto." (6)

La alusión a la llama de Hefesto, se relaciona, muy probablemente, con las erupciones volcánicas que pusieron fin a Pompeya y Herculano; estos dos hechos habían alimentado las esperanzas de aquellos judíos que aguardaban la desaparición violenta de los romanos, merced a una intervención directa del Cielo.

Los versos siguientes narran con mayor detalle cómo se habrá de producir ese ansiado y trágico final:

"El mundo entero y sus inúmeros habitantes se matarán unos a otros, enloquecidos, y a la contienda añadirá Dios hambre y peste, así como rayos contra los hombres, porque sin justicia juzgan los pleitos. Escasez de habitantes habrá en todo el mundo, hasta el punto de que, si alguien viera sobre la tierra huella del ser humano, se asombraría." (7)

(4) "Apocalipsis". 19. 11-13.

(5) COHN, Norman, op. cit., p. 29.

(6) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 15-19.

(7) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 21-26.

Según este fragmento, el derrumbe de la soberanía terrena tiene lugar cuando la Cuarta Monarquía desarrolla en su plenitud el cáncer que la hizo crecer, es decir, cuando las guerras de conquista alcanzan su máxima expresión. En estos tiempos del fin, la guerra adquiere proporciones desmesuradas, ya que provoca un estado de anarquía global, de lucha de todos contra todos, que causa la extinción de la mayor parte de la humanidad. Es por ello que la locura colectiva a la que se refiere el oráculo, se convierte en la manifestación tangible del carácter antinatural de esa "civilización perversa" que construyeron los latinos, mediante el sojuzgamiento y la destrucción de las más nobles naciones. Y si la guerra universal es el resultado catastrófico de la voracidad de la última Bestia, la peste y el hambre que sobrevienen como castigo adicional, son el instrumento la ira divina, la cual se desata por última vez para destruir a los mortales.

Todos los rigores que sufre la Raza de Hierro del mito griego, los padecen ahora los hijos de la décima generación, atormentados por la guerra, la peste y el hambre:

"Mas cuando la señal aparezca por el mundo entero, niños venidos al mundo con las sienes cubiertas de canas desde su nacimiento, se producirán tribulaciones entre los mortales, hambre, enfermedades y guerras, el tiempo trastocado, sufrimientos, lágrimas abundantes." (8)

Los mismos signos que anuncian el fin de la Raza de Hierro en "Los trabajos y los días", son los que advierten sobre la inminencia del apocalipsis de acuerdo al oráculo de la Sibila: en ambos casos, los niños que nacen con las sienes encanecidas, marcan el término del proceso de degradación vital. Este proceso se había iniciado con la pérdida de la inmortalidad de la primera pareja y su expulsión del Paraíso, y tuvo su continuación con la reducción creciente del tiempo de vida de las diferentes generaciones, las cuales comenzaron a sufrir una muerte más temprana y una vejez prematura; ahora, cuando la humanidad llega a fin, los seres que nacen son ancianos antes de comenzar la existencia; y el proceso se clausura en el momento en que las mujeres dejan de procrear:

"¡Ay de vosotros, los muy miserables hombres de la última generación, malhechores viles, necios e insensatos, cuando, en el momento en que las razas de las mujeres no engendren, haya crecido la cosecha de mortales hombres. La recolección estará cerca, cuando algunos, embaucadores en vez de profetas, se aproximen con su palabrería sobre la tierra." (9)

Según el Libro V, el castigo del Omnipotente contra los últimos mortales, se hará sentir en toda su violencia y dramatismo:

"Pero los malos, que esparcieron por el éter su lengua impía, dejarán de hablar unos contra otros y se ocultarán hasta que se transforme el mundo. Caerá desde las nubes una lluvia de fuego ardiente y ya los mortales no podrán hacer fructificar la espiga espléndida que surge de la tierra; todo quedará sin sembrar ni arar, hasta que los mortales conozcan al soberano de todos, Dios inmortal que existe siempre y ya no adoren a seres mortales, ni a perros ni a buitres, como Egipto les enseñó a venerar con sus bocas insensatas y labios necios." (10)

(8) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 154-157.

(9) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 162-166.

(10) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 271-281.

Sin embargo, este castigo universal no afectará al pueblo de Dios, que a pesar de la locura que se ha apoderado de todas las naciones, permanece fiel a su pureza original:

"Sólo la tierra santa de los piadosos producirá todo esto; de la piedra meliflua y de la fuente brotará un arroyo y leche inmortal para todos los justos, pues depositaron su esperanza en un solo Dios creador, el único que está por encima de todos, con gran piedad y fe." (11)

Lo mismo acontece con el flagelo de la última guerra, la más atroz, la que destruirá a la mayor parte de los hombres, pero que dejará incólume a la comunidad de los elegidos:

"De Occidente se extenderá una gran guerra sobre los hombres, y correrá la sangre por las vertientes hasta los ríos de profunda corriente. [...] Fuego desde las llanuras celestiales lloverá sobre los mortales, fuego y sangre, agua, rayos, oscuridad, noche celestial, destrucción en la guerra y tinieblas para cubrir las matanzas: a todos matarán; a los reyes y a los mejores hombres. Así se terminará con la dolorosa destrucción de la guerra y ya nadie con su espada luchará ni con el hierro ni tampoco con flechas, porque no les estará permitido. Paz logrará el pueblo sabio, el que sobrevivió, en la maldad probado, para que luego se regocijara." (12)

Con este conflicto que se desata en Occidente, da comienzo el principio del fin del poderío romano; de acuerdo con el Libro VIII, desde el Oriente habrá de venir el vengador de todos los pueblos sometidos y humillados:

"Cuando, desde allí, sobrevenga [la aparición] del Fénix por quinta vez, vendrá a destruir la raza humana, sus innumerables tribus y el pueblo de los hebreos. Entonces Ares arrasará a Ares, él mismo destruirá la amenaza altiva de los romanos. Pues pereció de Roma el poder antaño floreciente, antigua soberana de las ciudades vecinas. Ya no conseguirá la victoria el territorio de la Roma florida, cuando, dominador, venga de Asia con Ares. Después de llevar todo esta a cabo, llegará a la ciudad fundada. Y cumplirás novecientos cuarenta años cuando te llegue la violenta suerte de tu mal destino, que dará plenitud a tu nombre." (13)

El Libro XIV, que es el más hermético de todos, anuncia también el fin de la otra gran capital del Mundo Antiguo, Alejandría:

"¡Desdichados! Se producirá la muerte de la insigne ciudad y el despojo en la guerras tendrá lugar no por largo tiempo. Y entonces los hombres que comparten los límites de una gran extensión de tierra, huirán acobardados, y se llevarán a sus canosos padres; y de nuevo tendrán enfrentamientos con el hijo, y obtendrán una gran victoria; matarán a los judíos, hombres capaces de soportar la guerra, rechazándolos hasta el canoso mar con sus guerras, pastores ambos, por la patria y los progenitores. Muertos tendrán una descendencia triunfante de hombres." (14)

IV.1.2. El Mesías

El Ungido anunciado por los profetas, es quien llevará a cabo la venganza de Asia sobre Roma; él es el príncipe que pondrá término al dominio de los latinos y derrotará a las naciones

(11) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 281-285.

(12) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 371/385.

(13) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 139-150.

(14) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 652-656.

paganas; él es el rey salvador que habrá de acabar con la guerra mundial, destruyendo de raíz la causa de todos los males:

"Y entonces desde donde sale el sol Dios enviará a un rey que librará de la guerra perniciosa a toda la tierra: a unos dará muerte, a otros les hará cumplir sus juramentos fidedignos. Pero no por propia voluntad hará todo esto, sino por obediencia a los nobles mantados de Dios poderoso." (15)

La figura soteriológica que menciona este pasaje del Libro III, presenta diversos atributos en las versiones posteriores, razón por la cual se vuelve difícil realizar una descripción adecuada y coherente de algunos aspectos de su vida. Pero más allá de tales diferencias, no existe duda alguna que es un príncipe guerrero, un monarca victorioso que restaura la soberanía espiritual y temporal de los elegidos sobre la Tierra. Gracias a su intervención, el pueblo de Israel recupera su antiguo reino y disfruta de todos los bienes que le fueron negados:

"Y a su vez el pueblo del gran Dios estará cargado con bellísima riqueza, con oro, plata y purpúreo adorno; y la tierra fructífera y el mar, de bienes rebosantes se verán. Y comenzarán los reyes a sentir mutuo rencor, para reducir los males de su ira; la envidia no resulta bien para los sobrados mortales." (16)

Las versiones sobre la procedencia del Mesías, lo muestran, en algunos casos, como un ser humano que desciende desde las alturas con la potestad divina y la misión de destruir la iniquidad y restaurar la justicia:

"Llegó de la celestiales superficies un hombre bienaventurado, con un cetro en sus manos, que Dios le confió, y a todos dominó con acierto y a todos los buenos devolvió la riqueza que habían obtenido los anteriores hombres. Arrancó de sus fundamentos la ciudad entera entre fuego abundante e incendió las comarcas habitadas por los mortales que antes fueron malhechores." (17)

En otros casos, sin embargo, se suele identificar al Ungido con un Elías resucitado:

"Y entonces un santo soberano, el que resucitó a los muertos, ostentará el cetro del dominio sobre toda la tierra por todos los tiempos: él, altísimo, ha de llevar entonces a tres caudillos a Roma para un doloroso destino, y todos los hombres perecerán en sus propias casas." (18)

IV.1.3. El Reino de los Santos

El pueblo elegido (que debió padecer a lo largo de los siglos, la dominación de las Cuatro Bestias, para poder purificarse y alcanzar la regeneración espiritual), abandona definitivamente la miserable vida que había llevado al margen de la corriente universal de la historia, y se convierte ahora en su protagonista:

"La santa raza de hombres piadosos seguirá existiendo, postrados ante la voluntad y el pensamiento del Altísimo [...] Obtenida dentro de la justicia de la ley del Altísimo, habitarán

(15) "Oráculos Sibílinos", Libro III, vv. 657-662.

(16) "Oráculos Sibílinos", Libro XIV, vv. 335-343.

(17) "Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 414-419.

(18) "Oráculos Sibílinos", Libro VIII, vv. 169-172.

ciudades felices y pingües campos; enaltecidos por el Inmortal como profetas, vendrán a traer gran gozo a todos los mortales." (19)

La nación de los hombres santos, que ha conservado la pureza de la Edad de Oro que existió al comienzo de los tiempos, reconquista el reino feliz de la sexta generación, perdido por la humanidad tras el nacimiento de los Titanes. Esta victoria asombrosa del pueblo hebreo, es el fruto de su virtud excepcional y de su apego persistente a la ley divina; ambas cosas le permitieron salir airoso de todas las tentaciones que llevaron a las demás civilizaciones a la ruina. Y por ello, los israelitas:

"[...] no honran, movidos por vanos engaños, ni las obras de los hombres, áureas o bronceínas, de plata o de marfil, ni las imágenes líneas o pétreas de dioses ya muertos, estatuas de barro coloreadas de bermellón, pinturas que reproducen figuras, como acostumbra los mortales con casquivana voluntad, por el contrario, levantan hacia el cielo sus brazos santos, sin dejar de purificar con agua su piel desde que abandonan el lecho madrugadores; y honran sólo al Inmortal que eternamente nos protege y, en segundo lugar, a sus padres; por encima de todos los hombres tienen el pensamiento puesto en el santo lecho y no se unen impuramente con muchachos [...]" (20)

Si se exceptúa a los judíos, minoría privilegiada, las restantes naciones resultaron ser incapaces de conservar la perfección prístina de la criatura humana; los hebreos lograron conservarla, a pesar de la persistente seducción que ejercían sobre ellos las costumbres de la mayoría perversa de los hombres, puesto que:

"... [no] cayeron en cuantas violaciones de la ley santa del Inmortal Dios cometieron los fenicios, egipcios y latinos, la ancha Hélade y muchos otros pueblos: persas, gálatas y toda Asia." (21)

La fase de restauración de la pureza de los tiempos felices, tiene múltiples manifestaciones que han sido detalladas prolijamente por el oráculo del Libro V. La primera de ellas, es el renacimiento de la Ciudad Santa, Jerusalén, que ahora reina sobre el mundo, luego de que Roma, la Gran Prostituta, fuera arrancada de sus cimientos y consumida por las llamas:

"A la ciudad que fue el anhelo de Dios, la hizo más luminosa que los astros, el sol y la luna, le impuso adornos y creó su santa morada, hecha carne bella y hermosísima, y construyó, con una altura de muchos estadios, una torre grande e infinita, que tocaba las propias nubes y a todos era visible, de modo que los fieles y todos los justos contemplaran la gloria de Dios invisible, anhelada figura." (22)

El segundo elemento lo aporta también la cita anterior: se trata de la construcción de una Torre que une el Cielo y la Tierra, a Dios y a los hombres, a la historia y a la eternidad. Así como la nueva Jerusalén representaba al Reino santo, mientras que Roma era el símbolo del Imperio del pecado, la Torre que construye el pueblo de los justos, resulta ser la imagen invertida de la Torre de Babel: esta última fue elevada por los Titanes en Babilonia para

(19) "Oráculos Sibilinos", Libro III., vv. 573/584.

(20) "Oráculos Sibilinos", Libro III., vv. 586-599.

(21) "Oráculos Sibilinos", Libro III., vv. 597-600.

(22) "Oráculos Sibilinos", Libro V., vv. 420-427.

conquistar el Cielo y derrocar al Hacedor, mientras que la primera se levanta ahora para comunicar al Padre de todos los hombres con sus criaturas. Y así, con la restauración del Reino y la construcción de la nueva Torre, se revierte la división del género humano en pueblos y naciones, que había sido un castigo divino por el acto arrogante de los Titanes de intentar conquistar las estrellas:

"Oriente y Occidente elevaron himnos de gloria a Dios, pues ya no existe la soberbia entre los míseros mortales, ni adulterios, ni la ilícita Cipris con los muchachos. Ni crimen ni tumulto, sino rivalidad justa entre todos. Es en los últimos tiempos de los santos cuando lleva esto a cabo. Dios altitonante, creador del magnífico templo." (23)

Sin embargo, la paz idílica de este Reino mesiánico que ve profundamente amenazada, cuando se desata:

IV.1.4. *La ofensiva de las huestes de Beliar*

El triunfo de Israel y su Mesías sobre el último Imperio, afronta un grave peligro a partir del momento en que, desde los confines de la Tierra, surge un ejército que concentra a todas las fuerzas del Maligno, para librar una nueva guerra mundial. La primera mención a este conflicto decisivo, se encuentra en el Libro III; las "profecías" de la Sibila que en él se registran, resultan particularmente interesantes, en la medida en que constituyen, para los oráculos posteriores, el prototipo del relato de las luchas escatológicas de los últimos días; además, se inspiran en los acontecimientos político-religiosos de la Judea del siglo II a.C., cuando Antíoco IV, al pretender helenizar a los hebreos, obtuvo como respuesta la gran insurrección macabea:

"De entre los sebastenos llegará después Beliar y hará que se levante de los montes la cima, detendrá el mar, el sol ardiente y grande y la brillante luna, a los muertos hará levantarse y numerosos signos dará a los hombres, mas no habrá en él nada que se cumpla, sino que errará y hará errar precisamente a los mortales y a muchos fieles y elegidos hebreos, a los que ley no conocen y a otros hombres que aún no oyeron la palabra de Dios." (24)

De acuerdo a la cita anterior, la seducción que ejerce Beliar, provoca la desertión de "muchos fieles y elegidos hebreos". Esta desertión recuerda, probablemente, el momento en que, bajo la dominación seléucida, un grupo significativo de judíos dejó de vivir de acuerdo a los viejos preceptos de su religión, y adoptó las costumbres griegas; tales hechos suscitaron la indignación de los conservadores y fueron la causa del estallido de una exitosa rebelión contra los conquistadores extranjeros:

"Mas cuando del gran Dios se acerquen las amenazas y su poder flameante a través de la ola marina a tierra llegue, a Beliar consumirá con sus llamas y a los orgullosos hombres, todos cuanto en éste su fe depositaron."

El triunfo final de los Macabeos, luego de continuas guerras contra los sucesores de Antíoco IV, dio origen a la idea mesiánica de una victoria definitiva en circunstancias extremas, contra una potencia perversa inmensamente poderosa. La hazaña de los israelitas de recuperar su

(23) "Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 428-433.

(24) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 63-70.

independencia y contribuir al descalabro posterior del ya decadente Imperio Seléucida, alimentaría la fe en un éxito similar cuando Judea cayera finalmente bajo el dominio romano.

Otro elemento interesante que incorporan los vaticinios del Libro III, es la alusión a una reina viuda que dominará la tierra, luego de la derrota de Beliar:

"Y entonces el mundo por manos de mujer se verá gobernado y será obediente en todo. En el momento en que sobre el mundo entero una viuda reine y arroje oro y plata al mar divino, y bronce y hierro de los efímeros mortales al ponto arroje, en ese preciso instante todos los elementos del mundo se quedarán como viudos, cuando Dios que en el éter habita, enrolle el cielo igual que se enrolla un papiro [...]" (25)

Algunos autores sostienen que esa reina perversa es en realidad Cleopatra; otros afirman que no es más que la personificación de Roma, que en el Apocalipsis joanino recibe el nombre alegórico Babilonia, y representa a la "gran ciudad que impera sobre los reyes de la tierra." Lo cierto es que Cleopatra se adapta perfectamente a la imagen simbólica de la Gran Prostituta de las profecías, como luego lo hará la reina Zenobia de Palmira, en los tiempos turbulentos de la dinastía de los Ilirios.

El Libro VIII ofrece una versión alternativa a los peligros que habrán de amenazar la existencia misma del Reino de los santos: durante el gobierno mesiánico de Elías redivivo, los hombres "... de nuevo se comportarán con impúdico ánimo, sin temer la cólera de Dios ni la de los hombres: perderán la vergüenza, serán tiranos inconstantes y violentos pecadores, falsos, amantes de la infidelidad, malhechores, sin nada de verdad, destructores de la fe, charlatanes, difamadores; nunca se hartarán de riquezas, sino que, sin vergüenza, reunirán más y más; tras tiránico gobierno perecerán. Las estrellas caerán todos proa al mar, surgirán otras nuevas y radiante cometa llamarán los hombres a la estrella, señal de gran calamidad que se avecina, de la guerra y la contienda." (26)

El pueblo elegido habrá de afrontar un último desafío: el de la corrupción de sus hijos y de la seducción maléfica que ejercerán los perversos dentro de la comunidad, los cuales harán renacer todas las injusticias que padecieron los hombres. El castigo a los inicuos, no le corresponde a un ejército salvador que de improviso surge de los confines del mundo, sino que estará a cargo del mismo Dios. Es en ese tiempo que la Sibila del Libro VIII ubica la aparición de la Gran Prostituta, y su gobierno tiránico:

"No quisiera yo vivir cuando reine la mujer maldita, pero sí en el momento en que reine la gracia celestial y cuando el santo niño aniquile a todos los seres viles y les abra el cruel abismo para encerrarlos, y de improviso la casa de madera dé cobijo a los mortales. Mas cuando la décima generación penetre en la morada de Hades, grande será después el poder de una mujer, para la que Dios mismo hará que surjan numerosas calamidades, cuando coronada, haya conseguido honores de reina; un año entero tendrá la mitad de su duración." (27)

(25) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 72-82.

(26) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 182-193.

(27) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 194-202.

IV.1.5. La degradación extrema y la destrucción del Mal

De acuerdo con los vaticinios del Libro V, el proceso de corrupción llega a su fin con la manifestación más repulsiva del triunfo de la carne sobre el espíritu:

"Cuando la tormenta invernal descargue, abundante en nieve, al helarse el gran río y las lagunas enormes, al punto las hordas de los bárbaros se encaminarán a la tierra de Asia, y destruirán a la raza de los terribles tracios como a un ser débil. Y entonces los mortales, capaces de comerse el corazón, se comerán a sus progenitores por el hambre acosados, y los devorarán como alimento permitido." (28)

En el momento en que los hombres se devoren entre ellos, y no respeten la vida de sus propios padres, la maldad alcanzará su perfección y, en consecuencia, habrá dejado de progresar; a partir de entonces, el devenir humano culmina, y comienza la intervención suprahistórica del Inmortal:

"Innumerables lamentos dejará escapar la mísera raza humana al final, cuando el sol se ponga para ya no volver a salir y se quede en el océano, para sumergirse en sus aguas, pues de muchos mortales contempló las maldades impías. La luna desaparecerá del gran cielo y densa nubes ocultarán los repliegues del mundo por segunda vez, mas luego la luz de Dios será el guía de los hombres buenos, de cuantos elevaron a Dios sus himnos." (29)

El Libro XIV plantea algo similar: cuando la naturaleza corrupta de los hombres agota todas sus posibilidades de desarrollo, la Providencia acaba con ella de raíz:

"En la tierra la maldad se hundirá en el mar divino. Y entonces estará cerca la cosecha de los mortales: sobre ellos yace la poderosa necesidad de que eso se cumpla. Entonces no podrá decir ningún caminante, al encontrarse con otro, que alguna vez se extinguirá la raza de los mortales, aunque vayan pereciendo. Y entonces el pueblo santo tendrá en su poder los cetros de toda la tierra por todos los siglos junto con sus vigoroso padres." (30)

IV.2. La versión cristiana

El Libro II contiene, aparte de un núcleo profético de origen judío, una serie de fragmentos inconfundiblemente cristianos, que contribuyen con nuevas visiones a la Historiosofía apocalíptica. Al igual que las otras profecías, menciona, en primera instancia, una intervención directa de la Providencia, que tras una serie de eventos cósmicos, pone fin a la historia de los hombres:

"Y entonces Dios enviará a continuación una gran señal, pues brillará una estrella casi igual a una corona brillante y, brillante ella, iluminará desde el cielo resplandeciente durante no pocos días [...]" (31)

Pero el vaticinio realmente curioso que incorporan estos versos de autor cristiano, se refiere a la competencia "atlética" a la que deberán someterse los mortales para ganar:

(28) "Oráculos Sibílinos". Libro V, vv. 464-469.

(29) "Oráculos Sibílinos". Libro V, vv. 476-483.

(30) "Oráculos Sibílinos". Libro XIV, vv. 355-361.

(31) "Oráculos Sibílinos". Libro II, 34-37.

IV.2.1. Los juegos de la salvación

Según la profecía sibilina, se debe sortear una prueba muy difícil para ingresar a la nueva Jerusalén:

"[...] entonces en verdad [Cristo] mostrará desde el cielo, a los hombres que por ella compiten, la corona en lid y las reglas de ésta, pues habrá una gran competición celebrada con la entrada triunfal en la ciudad celestial y se extenderá por la ecumene entre todos los hombres, porque conlleva la gloria de la inmortalidad." (32)

La realización de una prueba definitiva, que permite a los candidatos a la salvación ocupar sus puestos en la morada eterna, no se identifica con el Juicio Universal; por el contrario, podría decirse que estos juegos tiene como propósito permitir la entrada de los elegidos al Reino de los santos, y el Mesías cumple la función de árbitro olímpico en un juego que promete el más grandes de los premios:

"Y entonces todos los pueblos competirán en inmortales contiendas por la bellísima victoria, pues nadie puede impudicamente comprar allí por dinero la corona: Cristo santo será su justo árbitro y coronará a los que pasen las pruebas [...]" (33)

La equidad en los resultados de la competencia está garantizada por el arbitraje del supremo juez, al que nadie puede sobornar ni engañar, ya que con estos juegos compensará todas las injusticias que se cometieron en la historia: los perdedores de este mundo, serán vengados de sus inicuas derrotas, ya que Cristo:

"[...] dará inmortal recompensa a los mártires que compiten incluso hasta la muerte, y a las vírgenes que corran con éxito les dará de premio imperecedero galardón, así como a los de justa conducta, a todos los hombres y gentes de otras tierras que vivan santamente y a un solo Dios reconozcan. A los que veneran el matrimonio y se abstienen de adulterios, les dará ricos dones, eterna esperanza también para ellos." (34)

Estos versos remiten al agōn eiselastikós, mencionado en una carta de Trajano a Plinio, y en diferentes monedas del siglo III d.C.; tales competencias eran de origen pagano, pero ahora, por obra de una adaptación cultural e ideológica, adquieren un nuevo significado ya que a la ciudad a la que se puede ingresar, luego de la victoria, es la Jerusalén celeste:

"Esta es la competición, éstas las pruebas, éstos los premios. Esta es la puerta de la vida y la entrada de la inmortalidad, que Dios celestial, justísimo, estableció para los hombres como recompensa de la victoria; éstos, al obtener la corona, harán gloriosa entrada a través de aquélla." (35)

(32) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 37-41.

(33) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 42-46.

(34) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 42-53.

(35) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 149-153.

IV.2.2. El retorno de las diez tribus perdidas de Israel.

El Libro II resulta original en más de un aspecto; aunque reitera las referencias a Beliar y las grandes tribulaciones de los últimos días, sus vaticinios ofrecen, sin embargo, variaciones verdaderamente significativas:

"Y Beliar llegará y mostrará muchos signos a los hombres. Entonces se producirá gran agitación entre los hombres santos, elegidos y fieles, y el exterminio de éstos y de los hebreos." (36)

Según la Sibila, la destrucción que producirá Beliar será mayor a la que predicen los oráculos de autoría judía: prácticamente los santos y elegidos y el pueblo hebreo en su totalidad, habrán de ser exterminados por las huestes del Maligno. Además, esta variante incorpora un nuevo elemento:

"Sobre ellos [los seguidores de Beliar] caerá terrible cólera, cuando desde el Oriente llegue el pueblo de las diez tribus para buscar al pueblo, al que destruyó el vástago asirio, de los hebreos que unieron sus tribus; y las naciones tras estos perecerán. Luego gobernarán a los soberbios hombres, los fieles hebreos escogidos, tras esclavizarlos como antes, pues la fuerza nunca les faltará." (37)

A partir de este momento, se inicia una nueva fase en la guerra mundial, pautada por una sorpresiva aparición de las diez tribus perdidas de Israel, que conduce a la derrota temporal del Príncipe perverso y la esclavitud de los antiguos amos.

IV.2.3. El Anticristo y la ofensiva de Gog y Magog

La última profecía del Libro II habrá de ejercer una gran influencia en obras posteriores, principalmente en un clásico de la literatura apocalíptica cristiana de la Antigüedad Tardía: el "Carmen Apologeticum" de Commodiano. Según Norman Cohn:

"En las páginas de Commodiano [...] las fantasías ordinarias de venganza y triunfo cristalizan de pronto en una invitación urgente a tomar las armas y emprender la lucha [...] [porque] cuando Cristo vuelva no estará a la cabeza de una hueste angélica sino guiando a los descendientes de las diez tribus perdidas de Israel, las cuales han sobrevivido en lugares ocultos, desconocidos para el resto del mundo. [...] 'Con permiso de Dios' se llevan como botín oro y plata, cantando himnos por los favores derramados sobre ellos. Aterrorizado, el Anticristo huye hacia el norte, de donde regresa con un ejército de seguidores que son, como era de suponer, aquellos temibles y fabulosos pueblos conocidos colectivamente como Gog y Magog, a los cuales —según se decía— Alejandro Magno había encarcelado en el lejano norte. Pero el Anticristo es vencido por los ángeles y arrojado al infierno; sus capitanes son hechos esclavos por el pueblo santo y también lo son, más tarde, los sobrevivientes del juicio final." (38)

La aparición de sorpresiva de los veintidós pueblos de Gog y Magog, contrarresta la ofensiva inesperada de las diez tribus de Israel. Este tema apocalíptico, habría de ser retomado, siglos después, por la escatología islámica, según la cual, luego de que un pueblo asiático pidiera ayuda a Alejandro Magno contra las acechanzas de Jadschudsch (Gog) y Madschudsch

(36) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 167-169.

(37) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 170-176.

(38) COHN, Norman. "En Pos del Milenio". Madrid. Alianza Editorial. 1993. pp. 27-28.

(Magog), el "‘Bicorne’ levantó una muralla de hierro y de bronce que no podía atravesarse. [...] Leyendas posteriores refieren que noche tras noche los pueblos excluidos intentaban atravesar la muralla con sus lenguas ardientes y afiladas como cuchillos, pero siempre que amanecía tenían que huir porque Alá hacía que la muralla volviera a ser fuerte como antes había sido. Pero al final de los días prometió Alá 'que ellos, como jueces de ira, atravesarían el muro y destruirían a todos los sacrílegos e impíos, antes de que Alá como señal de su victoria los precipitase también a la Gehena...' (39)

Basado en los antiguos vaticinios de la Sibila, un oráculo del siglo VII denominado "Pseudo-Methodio" (y que no pertenece al corpus alejandrino), introduce una nueva variante de la gigantesca ofensiva de las fuerzas malignas y su sorprendente aniquilación cuando la victoria estaba al alcance de la mano. Según el Pseudo-Methodio, tras el triunfo aparente del monarca salvador:

"[...] se presentan las huestes de Gog y Magog, trayendo consigo devastación y terror, hasta que Dios envía un capitán de los ejércitos celestes para que las destruya en un instante. El emperador se dirige a Jerusalén para esperar allí la aparición del Anticristo. [...] El Emperador muere y se inicia el reino del Anticristo. Pero la cruz no tarda en reaparecer en los cielos como señal del hijo del hombre y el mismo Cristo viene sobre las nubes en todo su poder y gloria, para destruir al Anticristo con su palabra y realizar el juicio final." (40)

(39) BIEDERMANN, Hans, "Diccionario de símbolos". Barcelona. Ediciones Paidós, 1993, p. 212.

(40) COHN, Norman, op. cit., p. 31.

V. El crepúsculo de la Humanidad



"Al final de los tiempos se volverá un día seca el ponto, y ya nunca se dedicarán las naves a navegar hasta Italia, y Asia la grande, la muy desdichada, será entonces sólo agua y Creta una llanura. Chipre conocerá una gran calamidad, y Pafo lamentará su terrible destino, de modo que comprenda que también Salamina, gran ciudad sufrió también una gran calamidad; ahora el continente estará de nuevo sin frutos en las riberas. Una plaga no pequeña de langosta asolará la tierra de Chipre. Contemplaréis a Tiro, malditos mortales, con lágrimas en los ojos. Fenicia, terrible cólera te aguarda, hasta que te llegue la caída fatal, de modo que te lloren verdaderamente las sirenas."

"Oráculos Sibilinos", Libro V, vv. 447-457.

y la destrucción del Mundo



"--una niebla tenebrosa cubrirá el infinito mundo por levante y por poniente, por el mediodía y por donde está la osa. Y entonces un gran río de fuego ardiente se precipitará desde el cielo y consumirá todos los lugares: la tierra, el gran océano, el glauco mar; las lagunas y los ríos, las fuentes y el amargo Hades, y la bóveda celeste. Las luminarias del cielo se fundirán en una sola masa con aspecto desolador, pues los astros todos, desde el cielo, se precipitarán al mar. Las almas de los hombres harán rechinar sus dientes al abrarse en el río, con el azufre y con el ímpetu del fuego en el ardiente suelo; y la ceniza lo cubrirá todo."

"Oráculos Sibílinos", Libro II, vv. 194-205.

- V -

Entre las grandes civilizaciones del Mundo Mediterráneo antiguo, la idea de que el cosmos pudiera ser destruido, conoció un desarrollo paralelo dentro del contexto de corrientes religiosas y filosóficas de distinta naturaleza. Así por ejemplo, los egipcios concebían como algo natural que las fuerzas malignas, lideradas por Seth o por Apofis, se desbordaran periódicamente, y reinaran durante un breve lapso, amenazando el Universo; luego, las divinidades benéficas, Osiris o Ra, tras un feroz combate, vencían a sus oponentes, restauraban el orden y sometían a las huestes del caos. Este drama se repetía eternamente, sin que ninguna de las dos partes alcanzara una victoria definitiva. Tal reiteración tenía lugar a lo largo de cinco ciclos distintos: (i) el Ciclo Anual, de 365 días y un cuarto; (ii) el Ciclo de Apis, de 25 años, que se completa cuando la Luna vuelve al mismo punto con respecto a Sirio; (iii) el Ciclo del Fénix, cuya duración varía según los autores, y consiste en el tiempo de vida de esa ave fabulosa; (iv) El Ciclo Sótico, de 1.461 años; (v) el Gran Año Egipcio, de 36.525 años, que se corresponde con el Año Astronómico moderno, basado en la precesión de los equinoccios. (1)

Los pueblos de Mesopotamia sostuvieron ideas bastante parecidas al respecto; según Beroso, famoso historiador de Babilonia bajo la dominación de los Seléucidas, el gran ciclo cósmico tenía una duración de 432.000 años; cuando llegaba el solsticio de verano del Universo, entraban los planetas en conjunción en el mismo punto de Cáncer, y se desataba una conflagración general; durante el solsticio de invierno, la confluencia se producía en un mismo punto de Capricornio y un Diluvio provoca, nuevamente, la destrucción del mundo; luego, el ciclo completo comenzaba una vez más. (2)

Algunos filósofos griegos también teorizaron sobre la destrucción periódica del cosmos y su renacimiento. Según Heráclito, el círculo se cerraba cada 18.000 años, con una conflagración universal, puesto que: "Cuando sobrevenga el Fuego, el Fuego mismo discriminará y prenderá en todas las cosas." Empédocles, por su parte, concebía la destrucción cíclica de todos los seres, en las dos fases del proceso, es decir, al comienzo y al final:

"Dual es la génesis de lo mortal; y su destrucción, dual también; porque la transeúnte coincidencia de todas las cosas engendra las mortales y las destruye también; mas de nuevo, la Destrucción alimentada por las cosas desnacidas se volatilizan a sí mismas. Y, alternándose estos procesos, nunca descansan de repetir sus intentos: que, una vez, por Amistad con-vergen en Uno todas las cosas; mientras que, otras veces, por odio de Discordia, cada una di-verge de todas." (3)

Ya sea por obra de Filía (la Amistad) o de Neikos (la Discordia), los cuatro elementos o raíces que originan a los seres compuestos (fuego, aire, agua y tierra) ponen fin a la existencia de todas las cosas, mediante la mezcla absoluta o mediante la unidad plena. Las ideas de destrucción periódica y de tiempo circular, también ejercieron su influencia en las doctrinas cosmológicas de los estoicos. Según los autores de esta escuela, el Año Cósmico o Gran Año:

"[...] constituía una recurrencia periódica de la misma constelación astronómica (apokatástasis), y la correspondiente recreación (palingenesía), con la repetición de cada acontecimiento particular. Este año cósmico, siguiendo la revolución (período) de los planetas, por analogía con los equinoccios primaveral y otoñal, se divide en dos estaciones,

(1) LURKER, Manfred. "Diccionario de dioses y símbolos del Egipto Antiguo". Barcelona. Ed. Indigo. 1991. p. 86.

(2) RIFFARD, Pierre. "Diccionario del esoterismo". Madrid. Alianza Editorial. 1987. p. 45.

(3) "Los Presocráticos". México. FCE. 1980. 2ª ed., pp. 67-68.

invierno y verano, cada uno de los cuales culmina con una catástrofe terrena, un diluvio (kataklysmós) invernal y una conflagración (ekpyrósís) estival. De cada una de estas catástrofes vuelve a levantarse el mundo con todos sus aconteceres.” (4)

Sin embargo, ninguna de estas concepciones asoció la destrucción de los seres y de las cosas, con el fin real del Universo; para dichas teorías no puede existir una destrucción sustancial, puesto que nunca hubo (ni pudo haber) algo parecido a un acto creador; lo que se denomina creación no es más que el despliegue del cosmos a partir del caos, y lo que se califica de destrucción, no otra cosa que un retorno momentáneo al estado de caos primordial. Solamente los zoroástricos y los hebreos llegaron a postular la idea de que el mundo tuvo un principio y habrá de tener un final, y que el tiempo que media entre ambos, es único e irrepetible.

Los Oráculos Sibilinos, plenamente fieles a la visión judaica del devenir, supieron integrar, no obstante, algunas de las especulaciones griegas acerca de las catástrofes cósmicas; pero no lo hicieron dentro del esquema de un eterno retorno, sino a partir de una visión absolutamente direccional del tiempo. Esa integración determinó que el acto final del drama de la historia humana se desarrollara en cuatro instancias: la destrucción del firmamento, la aparición del rostro de Dios tras el derrumbe de la bóveda celeste, la conflagración universal y la reducción del mundo a sus cuatro elementos.

V.1. El colapso de los cielos

Desde la Creación, la rotación de los astros ha definido un tiempo cósmico de carácter cíclico e invariable, que constituye la medida de todos los cambios y transformaciones del devenir direccional de los hombres; la literatura apócrifa sostiene que los movimientos recurrentes del cielo, dieron origen al tiempo, para que el hombre administrara sabiamente su vida y no desperdiciara los años que les fueron asignados; desde el nacimiento hasta la muerte, las acciones de esos escasos años existencia, son los que definen la salvación de un ser humano, o su condena eterna.

La ruta de los planetas siempre ha sido la misma: su circularidad refleja maravillosamente el orden que la divinidad ha querido otorgar al universo; cada astro en su movimiento sigue la voluntad inmutable de Dios:

“Contemplad toda la obra del cielo: cómo sus luminarias no cambian sus órbitas, saliéndose y poniéndose todas regularmente, cada una a su tiempo sin transgredir su norma. Mirad la tierra y reparad en la obra hecha sobre ella, desde el principio hasta su consumación, cómo no cambia ninguna obra de Dios mientras se manifiesta.” (5)

Sin embargo, la ruta de la vida de los hombres es muy distinta; no vuelve sobre sí misma, como el desplazamiento armónico de los astros, sino que sigue un impulso propio, alejándose, la mayor parte de las veces, del que le fija el Creador:

“Contemplad cómo los árboles se cubren de verde follaje y fructifican, advertid todo y sabed que estas cosas las hizo el que vive eternamente; que su obra está presente ante El cada año, y toda ella le sirve y no cambia, sino que, como ha decretado Dios, así se cumple todo [...] Pero vosotros no habéis perseverado ni cumplido los mandamientos de Dios, sino que habéis prevaricado y preferido orgullosas y graves palabras por vuestras bocas impuras contra su grandeza. Empedernidos de corazón, no tendréis paz; por eso maldeciréis vuestros días, se multiplicará la maldición eterna, y no os alcanzará misericordia.” (6)

La ruta colectiva de la marcha de los hombres a través de las épocas, es la historia; la medida

(4) BENAVIDES LUCAS, Manuel, op. cit., p. 95.

(5) “Libro I de Henoc”, 2. 1-2.

(6) “Libro I de Henoc”, 5. 1/5.

de su duración no es más que la cuenta de los ciclos recurrentes, pero finitos, de los cuerpos del cielo. Cuando esa ruta llega a su término (porque el movimiento que impulsa a los hombres ya no responde a ningún principio de orden divino, sino a la locura de la destrucción), entonces el tiempo culmina: el mundo se ha cansado de tanto sufrir, y da comienzo el proceso inverso a la creación.

El primer paso implica la destrucción del sustrato inmutable que hace posible medir el cambio y establecer la trama de los sucesos: la Providencia cesa su gobierno y deja librado a los astros al impulso de la discordia, la misma que produjo entre los hombres el caos y la aniquilación:

"Al brillar el sol, vieron su amenaza en las estrellas y, entre relámpagos, la terrible cólera de la luna; las estrellas estaban preñadas de guerra y Dios las empujó a combatir." (7)

Todos los cuerpos celestes inician una batalla gigantesca que hace añicos el reloj cósmico; a partir de ahora, las rutas regulares del tiempo se disuelven y los momentos se trastocan, anunciando a la última generación humana que el devenir es irreversible, que la historia ha llegado a su fin, y que se avecina el juicio eterno:

"El anillo de la luna se tornó bicornes; el Lucífero sostuvo la batalla, subido sobre el lomo del León. Capricornio golpeó el tendón del joven Tauro y Tauro dejó a Capricornio sin el día de regreso. Orión alejó a Libra para que nunca ya quedara; la Virgen, situada en Aries, cambió su suerte con la de los Gemelos; la Pléyade ya no brillaba, y la Serpiente rechazó su zona, pero los peces se introdujeron en el círculo del León; el Cangrejo no permaneció en su sitio, pues tuvo miedo de Orión; el Escorpión hizo pasar su cola a través del agreste León y la Canícula se escurrió de la llama del sol; la fuerza del poderoso Faeno prendió fuego al Acuario." (8)

La magnitud de esta catástrofe no tiene paralelo con las que vaticinaban las historiosofías griegas y orientales, puesto que para estas últimas, luego de toda perturbación cósmica, la vida renace y el orden vuelve a instaurarse. Para los oráculos, sin embargo, hay un momento en que el orden que regía a las cosas inanimadas se disuelve, y el caos se desata para poner fin a todo lo que existe:

"El propio cielo se puso en movimiento, hasta que agitó a los combatientes; e irritado los arrojó derribados por tierra. Entonces, rápidamente, tras golpear sobre los baños del océano, prendieron fuego a toda la tierra; y el éter se quedó sin estrellas." (9)

V.2. La llegada del Inmortal

El fin del devenir no es más que su realización: por la injusticia, la mayoría de los hombres tuvieron historia e hicieron la historia, mientras una minoría se mantenía pura en un estado primordial de santidad, no mancillada por la degradación de las creaciones humanas; la injusticia se hizo universal y los inocentes fueron sometidos y exterminados, mientras la locura se apoderaba del planeta, provocando la corrupción plena del antiguo paraíso terreno. Entonces, los que murieron clamando justicia frente al silencio de los Cielos, son ahora vindicados, cuando el **Último Acontecimiento** acaba definitivamente con el pesar de la humanidad:

"El Altísimo, que todo lo ve y habita en el éter, derramará un sueño sobre los hombres y cerrará sus párpados. ¡Bienaventurados siervos aquellos a cuantos su amo, al volver, hallare en vela! Estos, todos, estuvieron despiertos en todo momento, esperando con

(7) "Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 512-516.

(8) "Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 517-527.

(9) "Oráculos Sibílinos", Libro V, vv. 528-531.

insomnes párpados, pues llegará al amanecer, al atardecer o al mediodía; llegará sin duda y será como digo, y los verán los venideros, cuando desde el cielo estrellado se aparezca a todos los astros en pleno día, junto con sus dos luceros, en el curso presuroso del tiempo, y entonces el tesbita, conduciendo su celestial carro desde el cielo, al poner pie a tierra, mostrará ... al mundo entero las tres señales de la destrucción de la vida." (10)

Como advierte Kostas Papaionnou, la escatología se presenta como una contrafísica; el "Día del Señor" se anuncia como una amenaza de destrucción del universo natural:

"La salvación final será descubierta en la posibilidad del aniquilamiento que roza perpetuamente la existencia, en la inminencia escatológica de la Nada que aniquilará todas las certidumbres de la razón y arrancará definitivamente al hombre de todas las determinaciones de su ser." (11)

V.3. La Ekpyrósisis

Uno de los aportes historiosóficos más originales de los Oráculos Sibilinos, consiste en la adaptación del viejo concepto de la conflagración universal, postulada tanto por los sabios caldeos como por los estoicos. De acuerdo con el Libro II y III, luego de que el Omnipotente se manifieste en toda su gloria a los hombres de los últimos días, el fuego divino habrá de desintegrar la vieja creación, reduciéndola a su estado inicial:

"De fuego destructor fluirá la catarata inagotable, que hará arder la tierra, que hará arder el mar y que la bóveda celeste, los días y la creación misma fundirá en una única masa y los disgregará hasta su purificación. Ya no existirán las esferas resplandecientes de los luceros, ni la noche, ni el alba ni los muchos días de aflicción, ni la primavera, ni el verano, ni el invierno, ni el otoño. Y del gran Dios el juicio llegará en la mitad del gran Eón, cuando todo esto suceda." (12)

En distintos aspectos, esta versión de la ekpyrósisis difiere de las nociones filosóficas del devenir de los estoicos. La razón es sencilla: dentro del esquema que proponen las profecías de la Sibila, la destrucción del mundo causada por el fuego, supone no sólo la aniquilación física de todos los seres, sino la culminación del devenir y la continuación de la duración eterna, interrumpida por el acto creador que había dado origen al tiempo:

"El Señor disolvió el eón a causa del hombre e hizo todas las criaturas por causa del mismo y dividió el (eón) en edades; luego de las edades hizo los años, de los años hizo los meses y de los meses los días, y a los días los agrupó en número de siete, y en éstos fijó las horas, y las horas las subdividió en espacios menores, para que el hombre considere las edades y cuente los años, los meses, los días, las horas, los cambios, el principio y el fin, y pueda medir su vida desde el comienzo hasta la muerte..." (13)

Por el contrario, dentro del marco del pensamiento griego, conceptos tales como creación, cosas creadas, principio, desarrollo y fin del tiempo, carecen de sentido. Tanto para platónicos como para estoicos, no hay comienzo ni final de un mundo que nunca es creado. El término de un Gran Año Cósmico, no es más que el inicio del siguiente, en el cual se vuelve a repetir el drama de la existencia, sin que el proceso experimente variación alguna. Para los griegos, la ekpyrósisis representa la fase final de un ciclo y el comienzo de otro nuevo; para los judíos

(10) "Oráculos Sibilinos". Libro II, vv. 183-189.

(11) BENAVIDES LUCAS, Manuel, p. 94.

(12) "Oráculos Sibilinos". Libro III, vv. 84-91.

(13) "Libro de los Secretos de Henoc", 17, 2-3.

alejandrinos, significa el fin del tiempo lineal y la continuación del eón interrumpido por la fugaz experiencia de la historia humana.

V.4. La reducción del Universo a los cuatro elementos

En algunos aspectos, las visiones de la Sibila recuerdan el final del ciclo cósmico de los versos de Empédocles, cuando las cosas creadas se disuelven, y las cuatro raíces que las componen regresan a su estado de unidad, bajo el imperio de la fuerza de la Filía:

"Y entonces se vaciarán todos los elementos del mundo, el aire, la tierra, el mar, la luz, la bóveda celeste, los días, las noches. Y ya no volarán por el aire innúmeras aves, ni los animales nadadores nadarán ya nunca por el mar, ni la nave de carga surcará las olas del ponto, ni los bueyes que trazan recto surco ararán la tierra, ni habrá rumor de árboles movidos por los vientos, sino que todo a la vez lo confundirá en una sola masa y lo disgregará hasta su purificación." (14)

Sin embargo, para Empédocles, la desintegración de todos los seres vivientes nacidos de la mezcla de los elementos, y la restitución de las rizómatas a su unidad original, no es más que el fin de un ciclo que se repite eternamente. La creación y destrucción de los seres por obra de Neikos y Filía (las dos grandes fuerzas naturales), constituyen un flujo y reflujo que no tiene ni principio ni fin. Por el contrario, para los sibilistas, la aniquilación de todos los seres vivientes, supone un acto irreversible y único; tan irreversible y único como aquel que había dado la existencia al mundo natural y al hombre, por obra de la voluntad divina, y no por la acción fuerzas cósmicas que producen el movimiento eterno de cuatro elementos físicos increados.

"Entonces, con el tiempo, se descompondrán todos los elementos del mundo: aire, tierra, mar y la luz del fuego ardiente, la bóveda celeste, la noche y los días todos se confundirán en un solo elemento y en una forma oscura por completo, pues todas las estrellas de los luceros caerán desde el cielo. Y ya no levantarán el vuelo por el aire las aves de hermosas alas, ni se caminará sobre la tierra, pues todos los animales perecerán." (15)

La destrucción final tiene un significado distinto al de la mera clausura de un ciclo cósmico, por más de una razón: según los vaticinios del Libro III, la última catástrofe pone término, de una vez y para siempre, a todas las creaciones materiales del hombre, las cuales resultan ser emulaciones perversas del acto creador divino, que ya no volverán a renacer en un futuro ciclo, como sostenía los griegos, puesto que la civilización desaparecerá definitivamente. El progreso técnico y cultural está condenado a desvanecerse en la nada, porque todo lo que el hombre construye en este mundo, alimenta su degradación y lo aparta de esa vida armónica que sólo pudo conservar el pueblo santo de los judíos. Por este motivo, el Altísimo:

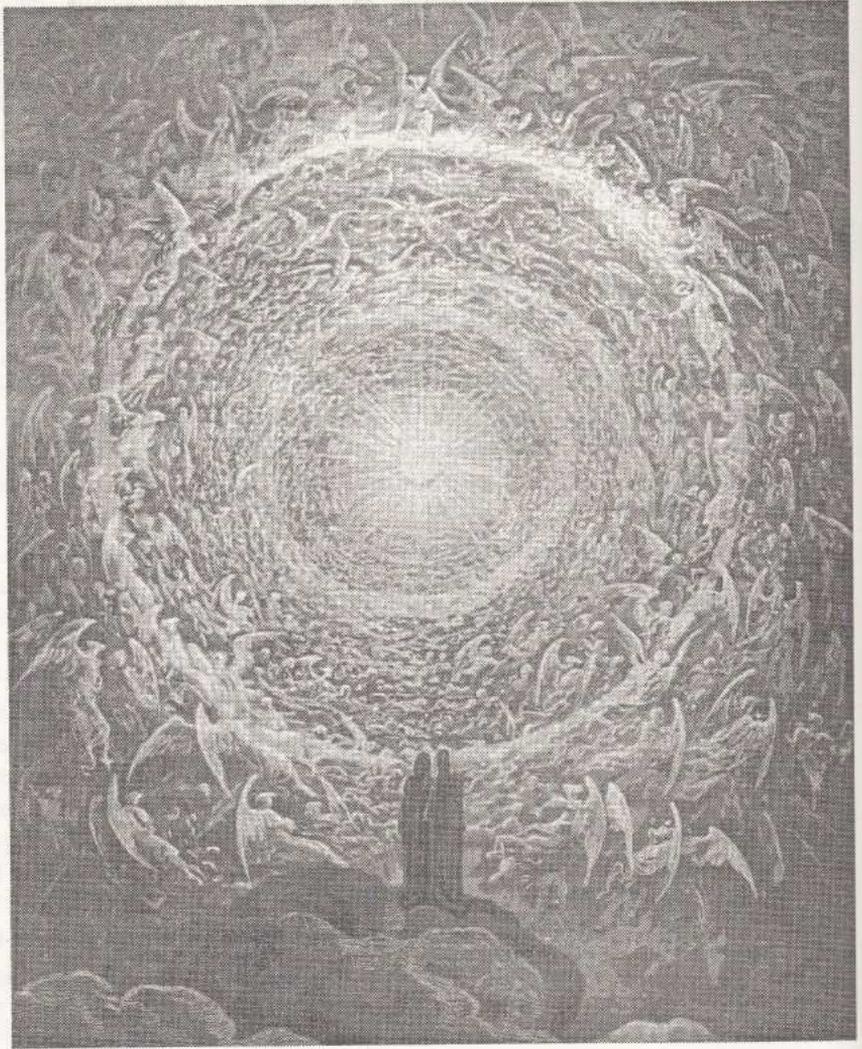
"Quebrará las inaccesibles cimas de los montes y las enormes montañas, y se aparecerá a todos el oscuro Erebo. Las tenebrosas gargantas en los altos montes estarán llenas de cadáveres; por las piedras fluirá sangre y todos los torrentes llenarán la llanura. Los muros bien contruidos por los hombres hostiles caerán todos por tierra, porque no reconocieron la ley ni el juicio del gran Dios..." (16)

(14) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 206-213.

(15) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 337-344.

(16) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 680-689.

Dios, el Hombre



"En común y unidos vivirán todos. Ya nadie volverá a decir nunca llegó la noche, ni 'mañana', ni 'sucedio ayer'. Ya no habrá que ocuparse de los días numerosos, de la primavera, del invierno, del verano o del otoño, ni del matrimonio, de la muerte... ni la salida o puesta del sol, pues El hará que sea como un día sin fin".

"Oráculos Sibílicos", Libro IV, vv. 323-329

y la vida eterna



"Y entonces tendrá lugar el juicio en el que Dios mismo será de nuevo juez del mundo; a cuantos por impiedad pecaron, otra vez la tierra amontonada sobre ellos los ocultará, y el Tártaro lóbrego y las profundidades horribles de la gehenna. Y cuantos son piadosos, de nuevo vivirán sobre la tierra, porque Dios les concederá a un tiempo espíritu y gracia por su piedad. Entonces todos se verán a sí mismos al contemplar la grata luz del sol. ¡Bienaventurado el hombre que en este tiempo llegue a existir sobre la tierra!

"Oráculos Sibílicos", Libro IV, vv. 183-190

1. El Juicio Universal

La idea de un juicio final de los hombres, luego de sus vidas terrenas, es antiquísima; fue desarrollada por al menos dos grandes civilizaciones, antes de que los hebreos y los cristianos la integrasen a sus creencias. La primera versión de esa instancia escatológica suprema, se atribuye a los egipcios, quienes, desde comienzos del Imperio Medio, tenía la certeza que los difuntos debían someterse a un juicio sumamente estricto; ese juicio estaba a cargo de Osiris y de sus cuarenta y dos ayudantes, con consejo para la acusación y la defensa, testigos, y además un secretario judicial: el dios Thot. En la cámara de la doble Ma'at, (es decir, la Ma'at de la vida y de la muerte), el peso del corazón de la persona fallecida, se comparaba con el de una pluma, símbolo de la verdad y la justicia; el objetivo de este acto consistía en determinar en qué medida el difunto se había comportado de acuerdo con el orden establecido por la ley divina. El peso del alma determinaba la salvación del muerto (que, a partir de ese momento, tenía derecho a una vida eterna en el Amentet), o la destrucción de su ser por despedazamiento. (1)

En notas exculporias depositadas en las tumbas, el muerto insistía en que no había transgredido las normas, que había cumplido con sus ofrendas a los dioses, que no había explotado ni perjudicado al prójimo, que nunca había matado ni robado, que nunca había provocado escasez, desviando el suministro de agua, ni destruido cultivos en pleno crecimiento, y que jamás había privado a nadie de su herencia; en síntesis, que no era responsable de haber hecho el mal y que siempre había sido un hombre justo. Este juicio individual, se efectuaba de manera inmediata a la muerte de cada sujeto. La idea de un juicio colectivo al fin de la historia, resultaba tan extraña a los egipcios como el concepto de un tiempo direccional, sucedido por la restauración del eón. (2)

A mediados del segundo milenio antes de Cristo, Zarathustra introdujo una teoría totalmente distinta: la felicidad perfecta requería algo más que la existencia eterna del alma; para que la dicha fuera absoluta, era necesario que el cuerpo y el espíritu estuvieran reunidos, no en un paraíso celestial, sino aquí en la tierra. Por este motivo, las doctrinas mazdeístas desarrollaron la creencia en la resurrección general de los muertos, el Juicio divino universal, la destrucción del mal y la purificación del mundo.

Las ideas escatológicas del profeta iraní sobre la historia y la eternidad, fueron recogidas por algunas obras del Antiguo Testamento, pero también por prestigiosas fuentes de la literatura apócrifa judía, como es el caso del "Libro de los Secretos de Henoc":

"Cuando se acaben todas las cosas visibles e invisibles, que el Señor ha creado, entonces todos los hombres se presentarán ante el juicio grande del Señor. Entonces tocarán a su fin las edades, dejarán de existir los años, los meses y los días, las horas desaparecerán y dejarán de contarse, surgiendo (otra vez) un eón único. Entonces se reunirán en un gran eón todos los justos que hayan escapado del gran juicio del Señor, y el gran eón (re)surgirá para los justos, y (éstos) serán eternos. No habrá para ellos trabajo, ni enfermedad, ni tribulación, ni ansiedad por lo inevitable, ni violencia, ni noche, ni tinieblas, sino que una gran luz estará con ellos; una gran muralla indestructible y un paraíso inmenso e incorrup-

(1) MINOIS, Georges. "Historia de los Infiernos". Barcelona. Ediciones Paidós. 1994. pp. 50-51.

(2) Idem.

tible. Pues todo lo corruptible pasará, y llegará lo incorruptible, surgiendo el cobijo de una morada eterna.” (3)

Uno de los conceptos fundamentales de la versión hebrea del Juicio Final (aceptado tanto por la mayoría de los ortodoxos como por los disidentes), ha sido, sin lugar a dudas, el de resurrección de los cuerpos y de la vida en un mundo restaurado; semejante visión, que se desarrolló recién a partir de la Cautividad de Babilonia, no presenta ningún punto en común con las creencias judías pre-exílicas, acerca de la vida en el más allá. Tan es así que, hasta la destrucción del Reino de Judá, algunos hebreos suponían que luego de la muerte, la sombra del difunto se dirigía al Sheol, mientras que otros simplemente consideraban que el ser dejaba de existir. Con la caída de Jerusalén, buena parte de los israelitas fueron desterrados por Nabucodonosor a la capital de su Imperio, y allí es muy probable que recibieran la influencia de los antiguos iraníes; a partir de ese momento, las teorías apocalípticas se integraron de manera definitiva a sus doctrinas religiosas:

“El primer judío que hizo uso de la idea iraní de resurrección de los cuerpos fue Ezequiel [...] En una de sus visiones... describe una vasta llanura cubierta de huesos humanos secos y blanqueados por el sol. Esta llanura hace pensar en un depósito funerario mazdeísta, ya que los fieles a Ahura Mazda no enterraban a sus muertos, sino que los dejaban expuestos durante un año para que el sol y la lluvia cayera sobre ellos y las aves carroñeras devoraran la carne. La doctrina de Zaratustra aseguraba que el Creador, responsable de todos los seres humanos, volvería a juntar los miembros dispersos de los seres humanos en la resurrección general.” (4)

Como se ha visto en capítulos anteriores, a partir de las profecías de los Libros de Ezequiel y Daniel, se elaboró esa teoría escatológica, según la cual el Reino del pueblo de Dios habrá de renacer cuando la historia llegue a su término, y los que vivieron y padecieron la dominación de los Imperios extranjeros, recibirán como recompensa una nueva vida terrenal. En este sentido, los Oráculos Sibílinos, continúan fielmente la tradición inaugurada por Ezequiel, al punto de reiterar su más famoso vaticinio:

“Entonces a los muertos el Celestial les dotará de almas, espíritu y voz, así como de huesos ajustados a toda clase de articulaciones, carnes y nervios todos, venas, piel sobre su cuerpo y los cabellos de antes divinamente enraizados; y los cuerpos de los seres terrenales, dotados de espíritu y movimiento, en un solo día resucitarán.” (5)

Hacia el siglo I a.C., esta visión apocalíptica ya había sido recogida y profundizada por los fariseos, firmes partidarios de la idea de la resurrección de la carne. Sin embargo, no era compartida en absoluto por los saduceos, quienes sostenían que no había vida después de la muerte; tampoco era considerada válida por los esenios, quienes afirmaban que, después de la muerte, el ser vivía una existencia esencialmente espiritual, en un plano suprafísico. Por otra parte ni siquiera los fariseos creían que esa nueva vida de los cuerpos resucitados, habría de ser eterna; por el contrario, afirmaban que los difuntos vueltos a la vida tendrían una existencia larga y dichosa, y que luego habrían de morir plácidamente. Dentro de este contexto, la

(3) “Libro de los Secretos de Henoc”, 17, 4-8.

(4) MC DANNELL, Colleen, LANG, Bernhard. “Historia del Cielo”, Madrid, Taurus, 1990, p. 48.

(5) “Oráculos Sibílinos”, Libro II, vv. 221-226.

literatura apócrifa comienza a introducir una idea verdaderamente revolucionaria: la de una existencia corpórea y material ilimitada.

2. La hora de los condenados: la apertura del Hades y el Tártaro

La versión de los sibilistas alejandrinos acerca Juicio Universal, constituye una síntesis compleja, en la cual se combinan ideas zoroástricas e influencias helénicas, dentro de un sistema historiosófico en el que imperan los principios religiosos de judíos y cristianos. No obstante, dicha síntesis ofrece algunos elementos originales, como demuestran estos versos del Libro II:

"Cuando los imperecederos ángeles de Dios inmortal lleguen, Miguel, Gabriel, Rafael y Uriel, ellos que saben cuántas malas acciones cometió cada ser humano, llevarán desde la oscuridad tenebrosa las almas de los hombres para el juicio sobre el estrado poderoso Dios inmortal. Pues sólo uno es imperecedero. El, el omnipotente que será juez de los mortales" (6)

Sin lugar a dudas, la instancia del Juicio (que se relata detalladamente), presenta curiosas diferencias con las versiones desarrolladas tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento. Así por ejemplo, el registro universal de los pecados se halla a cargo de cuatro de los ángeles del Señor, quienes cumplen funciones similares a las que desempeñaba el dios Thot en el juicio de los difuntos ante Osiris. Pero a diferencia de las concepciones egipcias, el Juicio Universal de estas profecías no incumbe al alma desencarnada de un muerto, sino a los cuerpos resucitados de las diez generaciones de hombres que han existido:

"Y entonces, el ángel Uriel romperá los enormes cerrojos, de duro e irrompible acero, de las puertas bronceas de Hades y al punto los empujará; a todas las figuras, llenas de sufrimiento, las conducirá a juicio, sobre todo las de las sombras de los antiguos Titanes y Gigantes; y a cuantos destruyó el diluvio, a cuantos en el piélago aniquiló la ola marina y a cuantos devoraron las fieras, los reptiles y la aves, a todos esos llamará al estrado. Y a todas las que su llama destruyó el fuego carnívoro, también a esas las reunirá de nuevo en pie sobre el estrado de Dios." (7)

Los acusados se presentan ante el Juez Supremo en el orden histórico de su aparición. Tal despliegue de multitudes ante el estrado del Altísimo, ilustra maravillosamente el sincretismo de la literatura oracular, a través de: (i) la mención al Hades, y no al Sheol, a la Gehena o al Infierno; (ii) la referencia a los Gigantes y Titanes, estirpes mencionadas en los mitos de egipcios, griegos y judíos; (iii) la alusión al Diluvio, concepto común a las teorías mesopotámicas y hebreas; (iv) el comentario sobre la destrucción por el agua y por el fuego, idea desarrollada por algunas teorías historiosóficas del pensamiento griego. Además, el sincretismo se manifiesta en el hecho de el autor del Libro II, integra algunas profecías del Apocalipsis joanino:

"Cuando resucite a los muertos poniendo fin a su destino y Sebaot Adoneo, el altitonante, se sienta en el trono celestial y afiance la gran columna, en una nube vendrá a reunirse con el inmortal en persona, Cristo en su gloria con sus inmaculados ángeles, y se sentará a la

(6) "Oráculos Sibílicos". Libro II, vv. 214-220.

(7) "Oráculos Sibílicos". Libro II, vv. 227-237.

derecha del grande para juzgar en su estrado la vida de los piadosos y la conducta de los hombres impíos.” (8)

3. La prueba de los elegidos: el cruce del río ardiente

Según las visiones de Zarathustra, cuando finalice el “tiempo limitado” o “tiempo de mezcla”, el mundo se someterá a una suerte de prueba que purgará todos sus males, incluyendo a los difuntos malvados:

“Todos los seres humanos que hayan existido se reunirán en una gran asamblea, donde cada persona deberá enfrentarse a sus buenas y malas obras, donde los salvos quedarán distinguidos de los condenados con la misma claridad que se distinguen las ovejas blancas de las ovejas negras. A continuación, el Fuego y el Espíritu de la Curación fundirán juntos el metal de las colinas y las montañas, la tierra quedará cubierta por una gran corriente de metal fundido, y todo el mundo deberá atravesar dicha corriente. Para los justos será como caminar sobre leche caliente, mientras que los malvados sabrán que en realidad están atravesando metal fundido.” (9)

La idea mazdeísta de una prueba decisiva para determinar la salvación o la condenación eterna, fue incorporada por el judaísmo heterodoxo, en algunos pasajes del Libro III de los Oráculos Sibílinos:

“Después de Jeremías acabará con todos los hebreos juzgados sobre su estrado, para que obtengan y paguen justo castigo, de acuerdo con las acciones que en su vida mortal cada uno cometió. Y entonces todos atravesarán por el ardiente río y la llama inextinguible. Los justos se salvarán; y los impíos irán a la destrucción [...]” (10)

Pero lo más interesante, es su inclusión en los vaticinios de los versos de autor cristiano del Libro II:

“A los demás, cuantos hayan practicado la justicia, las buenas obras, así como la piedad y los pensamientos justos, los levantarán los ángeles y los conducirán, a través del ardiente río, a la luz y a la vida sin cuitas, donde se halla la senda inmortal de Dios grande y las tres fuentes de vino, miel y leche; la tierra, de todos por igual, sin estar dividida por muros ni cercados, producirá entonces frutos más abundantes por sí sola.” (11)

En contraste con la vida beatífica que le aguarda a los seres que conquistaron su salvación, la Sibilia profetiza una suerte espeluznante para los que resulten condenados:

“Mas cuando haya aplicado numerosos castigos a todos los de mal corazón, de nuevo, a continuación, una rueda de fuego los arrojará del gran río por ambos lados, ya que se dedicaron a cometer malvadas acciones. [...] Grande será su grito, atormentado en las profundidades del oscuro Tártaro lóbrego. En lugares no santos pagarán tres veces tanto mal como hicieron, abrasados en abundante fuego. Todos harán rechinar sus dientes, consumidos por la sed ardiente y el hambre y llamarán hermosa a la muerte, que les rehuirá, pues ya ni la muerte ni la noche les llevarán al descanso.” (12)

La cita anterior pone en evidencia hasta qué punto el castigo infernal adquiere una nueva

(8) “Oráculos Sibílinos”. Libro II, vv. 238-244.

(9) COHN, Norman, op. cit., p. 114.

(10) “Oráculos Sibílinos”. Libro III, vv. 249-254.

(11) “Oráculos Sibílinos”. Libro II, vv. 309-321.

(12) “Oráculos Sibílinos”. Libro II, vv. 293/308.

dimensión por obra de la literatura apócrifa. Conviene tener presente que hasta los inicios de la Era Cristiana, las concepciones del Infierno había oscilado notablemente en los sistemas de pensamiento religioso de diferentes civilizaciones. Así por ejemplo, en Egipto, el "Infierno" era una instancia escatológica temporal, cuyo propósito no era la tortura eterna sino la destrucción inmediata del condenado. La aniquilación se conseguía por medio de Ammit, un animal monstruoso con cabeza de cocodrilo y cuerpo de león y de hipopótamo, que devoraba a los malvados después del juicio del difunto. De acuerdo con algunas representaciones iconográficas que han subsistido, el proceso de deshumanización quedaba reemplazado o iba seguido de un despiece activo, en el cual, según Georges Minois:

"[...] la decapitación era frecuente, sobre todo en las pinturas de la tumba de Ramsés IV, donde las víctimas están representadas alternativamente en rojo (la sangre) y negro (la aniquilación); en otras partes, espadas en llamas despiezan los cuerpos atados a potros de tortura o encerrados en jaulas; cada elemento espiritual comparable al alma, el corazón, incluso la sombra, quedan desgarrados y sobre todo aniquilados por el fuego, sobre ascuas de carbón, quemados por serpientes que escupen llamas, etc.[...] Esta imaginería ejercerá una gran influencia sobre las concepciones judía, cristiana y griega. Estas no conservarán más que el aspecto superficial, mientras que los egipcios expresaban sin lugar a dudas una idea mucho más profunda: la reducción del individuo a la nada mediante la destrucción de sus componentes." (13)

Entre los griegos, el "Infierno" cumplía un propósito diferente: el Tártaro debía retener a los Titanes que habían sido arrojados allí, mientras que el Hades (que se encontraba por encima del Tártaro dentro del Mundo Inferior), albergaba a las sombras de los muertos. Los hebreos primitivos sostuvieron ideas similares al respecto; para ellos, la palabra Sheol indicaba un lugar tenebroso en el fondo de la tierra, que recibía a todos los muertos sin distinción; allí, la sombra de los difuntos llevaba una vida disminuida y olvidada. (14)

Estas ideas fueron cambiando paulatinamente. Ya con Isaías se proclama la creencia en un castigo futuro y eterno de los malvados por medio del fuego y del gusano. Dicho castigo hacía referencia a la Gehenna, o Valle de Hinnón, sitio ubicado al sureste de Jerusalén, en el cual se quemaban las basuras y se rendía culto al dios Moloc. Por su carácter siniestro, pasó a significar el lugar de la reprobación y castigo.

Pero a pesar de las numerosas referencias vétero-testamentarias y evangélicas al Infierno, no es hasta los primeros siglos de nuestra era que la idea de un suplicio permanente adquiere forma. Durante ese período, las concepciones apocalípticas obtuvieron la hegemonía y la influencia de la literatura apócrifa fue mayúscula: desde el siglo I al III, los distintos libros de Henoc elaboraron con sumo detalle la teoría del Infierno, mientras que entre los cristianos, los apocalipsis de Pedro y de Pablo refinaron el concepto de un castigo infinito. A partir de entonces, el Infierno ya no fue más ni el lugar de la destrucción del ser (como sostenían los egipcios), ni una mansión donde habitan las sombras de los difuntos (como creían los griegos de los tiempos de Homero y los antiguos hebreos), ni siquiera una prisión similar a la del Tártaro; por el contrario, el Infierno, comenzó a ser el lugar metahistórico donde se consuma la justicia divina sobre los hombres de todos los tiempos. (15)

(13) MINOIS, George. op. cit., pp. 50-51

(14) Ibid., Capítulo III y IV.

(15) Ibid.

En un comienzo, la nueva concepción del Infierno no tenía como propósito primario desalentar las prácticas pecaminosas, por el temor a un castigo sin término; por el contrario, traducía el sentimiento visceral de justicia de los oprimidos y derrotados de este mundo. Por ello, constituía, en realidad, la manifestación de un pensamiento radical y revolucionario, que soñaba con un más allá en el cual se castigaran eternamente las iniquidades que los inocentes y los hombres santos tuvieron que soportar durante su vida.

Los Oráculos recogen y perfeccionan muchas de esas ideas. Incluso, el contenido político y social de la nueva forma de entender la suerte de los pecadores, se hace patente a través de una profecía del Libro II, en la que se enumera a los diferentes grupos de condenados. La lista incluye a:

(i) “[...] los que antes realizaron malas acciones y cometieron crímenes, los que sean sus cómplices, los mentirosos, los ladrones, los engañosos y viles destructores de moradas, los parásitos, los adúlteros que se dedican a esparcir rumores...”

(ii) “... los canallas, soberbios, forajidos e idólatras y cuantos abandonaron al gran Dios inmortal; los que fueron blasfemos, hostigaron a los piadosos hasta acabar con su fe y corrompieron a los justos; cuantos, ancianos y vetustos servidores, miran con rostros engañosos e impúdicos y, por consideración a unos, juzgan en perjuicio de la otra parte porque se guían de falsos rumores... más dañinos y nocivos que las panteras y los lobos..”

(iii) “... cuantos se jactan sobremanera, y los usureros, quienes, acumulando interés sobre interés en sus casas, perjudican a huérfanos y viudas; cuantos dan a las viudas y huérfanos lo que obtienen de injustas obras y cuantos, al dar algo de lo que sacan de su justo esfuerzo, maldicen...”

(iv) “... los que abandonan a sus padres en la vejez sin darles la menor compensación y sin proporcionarles a cambio ningún sustento, así como cuantos desobedecieron o incluso replicaron con palabras acerbas a sus progenitores...”

(v) “... cuantos renegaron de la fe que aceptaron; también los siervos que se enfrentaron a sus amos...”

(vi) “... asimismo aquellos que mancillaron su cuerpo con el desenfreno y cuantos desataron el ceñidor de una virgen y se unieron a ella a escondidas; cuantas abortan la carga de su vientre y aquellos que rechazan a sus hijos con iniquidad.” (16)

El Infierno abre sus puertas a todos los que durante la fugaz existencia del “tiempo limitado”, creyeron alcanzar la felicidad mediante el poder y el goce de los bienes terrenales, obtenidos gracias al trabajo de los dominados; pero las puertas están abiertas también para todos los que prefirieron el placer efímero que da la posesión de las cosas que el hombre crea, y olvidaron amar al hombre, la mayor creación de Dios. Por este motivo, los que triunfaron en la historia mancillando la dignidad humana, serán los derrotados sin redención de la eternidad; y es por este motivo que el sueño de justicia que subyace a la historiosofía apocalíptica, alcanza su máximo expresión entre los autores heterodoxos, ya que son ellos los que consolidan la idea de una victoria perenne de los que fueron derrotados en esta vida, y la tortura permanente de los que los vencieron y esclavizaron a sus semejantes.

(16) “Oráculos Sibílinos”. Libro II, vv 255-282.

4. La revocación del castigo: el fin del destierro de los hijos de Eva

Como ya se estableció en los capítulos anteriores, la historia de los hombres, según los oráculos, ha estado pautada por dos grandes tendencias: la degradación progresiva y la conservación o recuperación de la pureza. Con la culminación de los tiempos, los que contribuyeron a la primera tendencia, padecen infinitamente por las consecuencias de sus actos. Pero los que lucharon por la segunda, vuelven a recuperar la tierra paradisíaca que habitó la primera pareja.

4.1. La esperanza de un gozo perdurable

Luego de haber salido triunfantes de la prueba decisiva del Juicio divino, los justos reciben en recompensa un mundo de dicha sin límite, completamente regenerado, en el cual habrán de experimentar una existencia material tan placentera como la que disfrutaron los padres de la Humanidad antes de pecar:

"Y entonces hará nacer un reino para la eternidad, destinado a todos los hombres, santa ley que antaño concedió a los piadosos, a todos los cuales prometió abrir la tierra y el universo, las puertas de los bienaventurados, así como toda clase de gozos, un espíritu inmortal y eterna alegría." (17)

Esta nueva existencia metahistórica, no discurre en un Reino celestial, ultramundano, sino que se desarrolla en la misma tierra que conoció el viejo hombre. Y los seres que la pueblan recuperan sus antiguos cuerpos, completamente restaurados; en este sentido, la profecía sibilina sigue siendo fiel a la tradición apocalíptica de los fariseos, quienes no admitían que la resurrección implicase una existencia espiritual en otro mundo; de igual manera, se aproxima a las teorías milenaristas del cristianismo primitivo, que insistía en el carácter material y terreno del reino de Dios.

4.2. La promesa de un hogar perenne y de un Padre eterno

A pesar de la descripciones paradisíacas del oráculo, las visiones de la vida futura difieren en varios puntos del mítico hortum deliciarum: en buena medida, recogen la tradición canónica de Ezequiel, que muestra a la comunidad del pueblo santo viviendo en la Jerusalén eterna. La naturaleza urbana de este reino, se constata a través de la mención del Templo imperecedero, en el cual se congregan los hijos del Altísimo, para experimentar la compañía y el infinito amor de su Padre:

"Los hijos del gran Dios vivirán todos alrededor del templo en paz, gozándose en aquello que les conceda el creador y justiciero monarca, pues él sólo les protegerá y asistirá con gran poder, con una especie de muro de fuego ardiendo en derredor. Sin guerras vivirán en sus ciudades y en los campos, pues no les tocará la mano de la guerra mala, y él mismo será su mejor defensor inmortal y la mano del que es santo." (18)

Sin embargo, a pesar del carácter urbano y civilizado de este mundo, las referencias a la recuperación de la edad áurea persisten en la idea de la abolición del trabajo y de la vida civil.

(17) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 767-771.

(18) "Oráculos Sibilinos", Libro III, vv. 702-719.

4.3. *El fin de las penurias: las fuentes inagotables de la saciedad*

En esta nueva tierra, el alimento ingrato que sólo se consigue con sufrimiento, la escasez que crea discordia entre los hombres, y el hambre que mata a sus hijos, es solamente un recuerdo, puesto que Dios abre para sus criaturas las fuentes de la abundancia. Según el Libro III:

"Llegará sobre los hombres el gran juicio y también su poder, pues la tierra, que todo produce, dará ilimitado a los mortales el mejor fruto de trigo, vino y aceite; asimismo, procedente del cielo, una grata bebida de miel dulce..." (19)

El Cielo se convierte en un seno generoso que da de mamar eternamente a los hombres; en el Reino de Dios, la tierra ofrece de manera irrestricta sus deliciosos frutos, puesto que el Inmortal:

"[...] hará brotar dulces fuentes de blanca leche; de nuevo estarán llenas de bienes las ciudades y los fértiles campos; ni la espada ni la refriega recorrerán la tierra; ni tampoco habrá de nuevo guerra sobre la tierra ni sequía, ni volverá el hambre, ni el granizo que destroza los frutos." (20)

El hombre ya no come el pan con el sudor de su frente, sino que se alimenta con el maná cubierto de rocío que Dios generosamente le proporciona. El trabajo (concebido como una maldición divina por el primer pecado y no como una conquista humana sobre la naturaleza), cesa de ser ese paliativo doloroso al que el ser humano debió recurrir para obtener el alimento, luego que el Creador lo expulsara del Edén. Por ello, todos los hijos de Adán se ven ahora libres del castigo que se le impuso a su padre, y vuelven a ser nutridos por el Señor:

"Ya nadie trazará profundo surco con curvo arado; los bueyes no hundirán en la tierra el hierro enderezador; ya no habrá sarmientos ni espigas, sino que todos a una comerán con blancos dientes el maná cubierto de rocío." (21)

4.4. La consagración de la paz: la amistad entre el lobo y el cordero

De todos los males que engendró la acción libre de los mortales, el homicidio (convertido más tarde en guerra, y finalmente en la locura de la autoaniquilación), ha sido el causante del mayor sufrimiento: en él se fundaron los grandes Imperios que hicieron la historia y deshicieron al hombre. Pero a partir del momento decisivo en que el Inmortal restaura el eón, la paz natural del Paraíso Terreno vuelve a imperar sobre un mundo regenerado, y la discordia que se abatió sobre los seres mortales desde que la primera pareja perdió la gracia de Dios, se convierte en armonía infinita:

"Los lobos y los corderos en los montes juntos comerán el pasto, las leopardas se alimentarán junto con los cabritos, los osos se albergarán con los terneros que viven de los pastos y el carnívoro león comerá paja en el pesebre como la vaca, y los niños, aun los más pequeños, los llevarán atados, pues hará inocuas a las fieras sobre la tierra. Las serpientes, junto con los áspides, dormirán con las criaturas y no les harán daño, pues la mano de Dios estará sobre ellas." (22)

La reconciliación se completa cuando la serpiente, aquel pérfido animal que había tentado

(19) "Oráculos Sibílinos", Libro III, vv. 743 y ss.

(20) "Oráculos Sibílinos", Libro III, vv. 749-754.

(21) "Oráculos Sibílinos", Libro VII, vv. 146-149.

(22) "Oráculos Sibílinos", Libro III, vv. 788-795.

a Eva, provocando el pecado original y el comienzo de todos los males, duerme ahora y para siempre junto a los hijos de los bienaventurados.

4.5. El sueño de la igualdad

La restauración de una vida edénica acaba con las diferencias que a lo largo de la historia crearon desigualdades antinaturales e indignas: ya no existe más la propiedad, y los frutos de la tierra pertenece al pueblo de los santos, quienes:

"Compartirán los recursos sin dividir las riquezas, pues allí ya no habrá ni pobres ni ricos, ni amos ni esclavos, ni grandes ni pequeños, ni reyes ni caudillos. En común y unidos vivirán todos. Ya nadie volverá a decir nunca 'llegó la noche', ni 'mañana', ni 'sucedió ayer'. Ya no habrá que ocuparse de los días numerosos, de la primavera, del invierno, del verano o del otoño, ni del matrimonio, de la muerte, las ventas o las compras, ni de la salida o la puesta del sol, pues El hará que sea como un día sin fin." (23)

Todas las jerarquías y rangos que crea la civilización, son definitivamente abolidos; la complejidad de la vida social, las estratificaciones superpuestas a través de los siglos, constituyen una perversa ilusión de progreso, que se desvanece por completo cuando adviene el Reino de justicia; en él, ya nada significan los atavíos lujosos creados por la cultura, puesto que los hombres recuperan la pureza natural de su desnudez:

"La noche es igual para todos, los que poseen riquezas y los pobres; desnudos nacieron de la tierra, y al volver desnudos de nuevo a la tierra, ponen cumplido final al curso de su vida. Allí no hay esclavos ni amos, ni tiranos, ni reyes, ni caudillos de muchos humos, ni oradores judiciales, ni magistrados que juzguen por dinero [...]" (24)

Además, la prosperidad de la que gozan los elegidos, ya no es fruto del trabajo humano, sino de una prodigalidad ilimitada de la tierra; esta riqueza sin fin, compartida por todos, es santa y justa, porque no nace de la explotación; en la nueva tierra son plenamente dichos aquellos seres desgraciados que, desde la primera hasta la última generación, fueron los que construyeron, con sus sufrimientos, la efímera gloria de los poderosos:

"... los profetas de Dios poderoso [...] serán los jueces de los mortales y sus reyes justos. Habrá también riqueza justa entre los hombres. Así, en efecto, será el juicio del gran Dios y también su poder." (25)

4.6. El principio y el fin

Dentro de la tradición de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, la recuperación del Paraíso y de la inmortalidad, se cierra con el acto inverso que dio origen a su pérdida, y que fue la causa de la dolorosa experiencia de la historia humana; según el Libro I de Henoc, cuando el "tiempo limitado" llega a su término, el Creador le concede a los mortales los frutos del Arbol Edénico de la Vida:

"— Este alto monte que has visto, cuya cima parece el trono del Señor, es su trono, donde se sentará el Santo y Grande Señor de la gloria, el Rey Eterno, cuando descienda a favorecer la tierra. Y este árbol aromático ningún ser humano tiene potestad para tocarlo hasta el gran juicio; cuando Dios haya tomado venganza de todo y lo conduzca hasta su

(23) "Oráculos Sibilinos", Libro II, vv. 322-329.

(24) "Oráculos Sibilinos", Libro VIII, vv. 107 y ss.

(25) "Oráculos Sibilinos", Libro III., vv. 780-784.

consumación eterna, entonces este árbol será dado a los justos y humildes. Vida se dará a los elegidos por sus frutos, y será trasplantado al norte, a lugar santo, en la casa del Señor, Rey Eterno. Entonces [los hombres] se alegrarán con júbilo y se regocijarán; en el lugar santo entrarán con su aroma en sus huesos y vivirán sobre la tierra... como vivieron tus padres en sus días, sin que les alcance pesar, dolor, tormento ni castigo." (26)

Por haber comido del fruto de este árbol, Adán y Eva perdieron la eternidad; pero por haber padecido la historia y por haber triunfado sobre ella, los hijos piadosos de la primera pareja, conquistan, desde ahora y para siempre, la existencia sin límites de la edad dorada.

(26) "Libro I de Henoc", 25. 3-7.

FUENTES

1. Fuente principal:

"Oráculos Sibílinos", en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento". Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo III.

2. Fuentes complementarias:

- (1) "Libro de los Jubileos", en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento", Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo III.
- (2) "Libro de los Secretos de Henoc", en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento", Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo IV.
- (3) "Libro Hebreo de Henoc", en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento", Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo IV.
- (4) "Libro I de Henoc", en: DIEZ MACHO, Alejandro, (Dir.) "Apócrifos del Antiguo Testamento", Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, Tomo IV.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

- (1) ARMSTRONG, Karen, "Una Historia de Dios", Barcelona, Paidós, 1995.
- (2) BENAVIDES LUCAS, Manuel, "Filosofía de la historia", Madrid, Editorial Síntesis, 1995.
- (3) BERDIAEFF, Nicolás, El Sentido de la Historia. (Ensayo filosófico de los destinos de la Humanidad), Barcelona, Araluce, 1936.
- (4) COHN, Norman, "En Pos del Milenio", Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- (5) ———, "El cosmos, el caos y el mundo venidero", Barcelona, Crítica, 1995.
- (6) CRUZ, Manuel, "Filosofía de la historia", Barcelona, Paidós, 1991.
- (7) ELIADE, Mircea "El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis", México, Fundación de Cultura Económica, 1994.
- (8) ———, "El mito del eterno retorno", Barcelona, Altaya, 1994.
- (9) ———, "Tratado de Historia de las Religiones", México, Fundación de Cultura Económica, 1992.
- (10) GARCIA VENTURINI, Jorge L., "Filosofía de la historia", Madrid, Ed. Gredos, 1972.
- (11) KOSELLECK, Reinhardt, "Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos", Barcelona, Ed. Paidós, 1993.
- (12) LING, Trevor, "Las grandes religiones de Oriente y Occidente. Desde la Prehistoria hasta el auge del Islam", Madrid, Ediciones Istmo, 1968.
- (13) LÖWITZ, Karl, "El sentido de la historia", Madrid, Aguilar, 4ª ed., 1973.
- (14) MC DANNELL, Colleen, LANG, Bernhard, "Historia del Cielo", Madrid, Taurus, 1990
- (15) MINOIS, Georges, "Historia de los Infiernos", Barcelona, Ediciones Paidós, 1994
- (16) PERICOT, Luis et alii, "Las grandes religiones", Barcelona, Editorial Mateu, 1965. Vol I y II.
- (17) PUECH, Henri-Charles et alii, "Historia de las religiones antiguas I", México, Siglo XXI Editores, S.A., 1977, 2ª ed., Vol I.
- (18) ROLDAN, Concha, "Entre Casandra y Clío", Madrid, Ediciones Akal, 1997.
- (19) SAWICKI, Francisco, "Filosofía de la historia", Buenos Aires, Capitel, 1948.
- (20) SICHRE, Bernard, "Historias del Mal", Barcelona, Editorial Gedisa, 1996.

INDICE DE ILUSTRACIONES

<i>Cheryl Yambrach Rose:</i>	
"La eremita de Shasta"	8
Obra de <i>Peter Birkhäuser</i>	9
<i>Pierre-Yves Tremois:</i>	
"Poura Naissance du Surhomme"	20
<i>William Blake:</i>	
"Adán y Eva en el Edén"	21
<i>William Blake:</i>	
"Elías en el carro de fuego"	30
<i>David Humbert:</i>	
"El diluvio"	31
<i>Georgi Golojvastov:</i>	
"El secreto de la inmortalidad"	44
<i>Francisco de Goya y Lucientes:</i>	
"El gigante"	45
Reconstrucción escenográfica de la parte norte del Foro, ejecutada por Augusto Carelli para la Exposición Augusta realizada en Roma en 1938	52
<i>Monsù Desiderio:</i>	
"Una ola invade una ciudad destruida"	53
<i>Salvador Dalí:</i>	
"Santiago el Grande"	70
<i>Joseph Gandy:</i>	
"Visión del Paraíso"	71
<i>John Marin:</i>	
"La destrucción de Tiro"	84
<i>John Martin:</i>	
"El gran día de su ira"	85
<i>Gustave Doré:</i>	
"La Visión del Paraíso de Dante"	92
<i>William Blake:</i>	
"¡Ah, como soñé con cosas imposibles!"	93

ILUSTRACIONES DE LA PORTADA

<i>Franz von Stuck:</i> "La Guerra"	
<i>Thomas Cole:</i> "La trayectoria del Imperio: la destrucción"	

INDICE DE ILUSTRACIONES

1	Carlos Larraín
2	"La columna de Sotomayor"
3	Osvaldo Latorre
4	"El gran día de su vida"
5	Francisco Larraín
6	"El gran día de su vida"
7	Francisco Larraín
8	"El gran día de su vida"
9	Francisco Larraín
10	"El gran día de su vida"
11	Francisco Larraín
12	"El gran día de su vida"
13	Francisco Larraín
14	"El gran día de su vida"
15	Francisco Larraín
16	"El gran día de su vida"
17	Francisco Larraín
18	"El gran día de su vida"
19	Francisco Larraín
20	"El gran día de su vida"
21	Francisco Larraín
22	"El gran día de su vida"
23	Francisco Larraín
24	"El gran día de su vida"
25	Francisco Larraín
26	"El gran día de su vida"
27	Francisco Larraín
28	"El gran día de su vida"
29	Francisco Larraín
30	"El gran día de su vida"
31	Francisco Larraín
32	"El gran día de su vida"
33	Francisco Larraín
34	"El gran día de su vida"
35	Francisco Larraín
36	"El gran día de su vida"
37	Francisco Larraín
38	"El gran día de su vida"
39	Francisco Larraín
40	"El gran día de su vida"
41	Francisco Larraín
42	"El gran día de su vida"
43	Francisco Larraín
44	"El gran día de su vida"
45	Francisco Larraín
46	"El gran día de su vida"
47	Francisco Larraín
48	"El gran día de su vida"
49	Francisco Larraín
50	"El gran día de su vida"
51	Francisco Larraín
52	"El gran día de su vida"
53	Francisco Larraín
54	"El gran día de su vida"
55	Francisco Larraín
56	"El gran día de su vida"
57	Francisco Larraín
58	"El gran día de su vida"
59	Francisco Larraín
60	"El gran día de su vida"
61	Francisco Larraín
62	"El gran día de su vida"
63	Francisco Larraín
64	"El gran día de su vida"
65	Francisco Larraín
66	"El gran día de su vida"
67	Francisco Larraín
68	"El gran día de su vida"
69	Francisco Larraín
70	"El gran día de su vida"
71	Francisco Larraín
72	"El gran día de su vida"
73	Francisco Larraín
74	"El gran día de su vida"
75	Francisco Larraín
76	"El gran día de su vida"
77	Francisco Larraín
78	"El gran día de su vida"
79	Francisco Larraín
80	"El gran día de su vida"
81	Francisco Larraín
82	"El gran día de su vida"
83	Francisco Larraín
84	"El gran día de su vida"
85	Francisco Larraín
86	"El gran día de su vida"
87	Francisco Larraín
88	"El gran día de su vida"
89	Francisco Larraín
90	"El gran día de su vida"
91	Francisco Larraín
92	"El gran día de su vida"
93	Francisco Larraín
94	"El gran día de su vida"
95	Francisco Larraín
96	"El gran día de su vida"
97	Francisco Larraín
98	"El gran día de su vida"
99	Francisco Larraín
100	"El gran día de su vida"

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
IMPRESA **mastergraf**
CABILDO 2011 - FONOFAX: 41 79 92
DEPÓSITO LEGAL 307.178 - COMISION DEL PAPEL
EDICIÓN AMPARADA AL DECRETO 218/96

